

*Buenos
Días,
Espíritu
Santo*

BENNY HINN



Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. U.S.A
© Derechos reservados

Primera edición 1990
Traducido al español por: Priscila M. Patacsil

© 1990 por Benny Hinn
Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro
puede ser reproducida, excepto en pequeñas anotaciones para
reparo, sin el permiso escrito del autor.

Publicado originalmente en inglés con el título:
"Good Morning, Holy Spirit"
Thomas Nelson Publishers,
Nashville, Tennessee

Citas bíblicas tomadas de la Santa Biblia, Revisión 1960,
© Sociedades Bíblicas en América Latina
Usada con permiso
Otras citas marcadas VA son tomadas de la
Revisión de 1909

Printed in Colombia.
Impreso en Colombia.

ISBN 1-56063-081-7
Producto 498414

Dedicatoria

A la persona del Espíritu Santo
quien es la única razón de mi existencia
y
a mis hijas, Jessica y Natasha,
quienes, si el Señor tardara,
llevarán este mensaje a su generación

Contenido

1	“¿Puedo conocerte realmente?”	9
2	Desde Jaffa hasta lo último de la tierra	23
3	“Tradición, tradición”	39
4	De persona a persona	53
5	“¿Qué voz escuchas tú?”	67
6	Espíritu, alma y cuerpo	81
7	Viento para tu barco	93
8	Una entrada poderosa	107
9	Lugar para el Espíritu	123
10	“Tan cerca como tu aliento”	135
11	“¿Por qué estás llorando?”	145
12	El cielo en la tierra	159

Reconocimientos

Agradezco a Neil Eskelin por su consulta y trabajo editorial en la preparación de este manuscrito.

También deseo darle las gracias a mi amorosa madre por sus oraciones y a Sheryl Palmquist, Chris Hinn, Nancy Pritchard, Sammy Hinn, Gene Polino, y el personal del Centro Cristiano de Orlando por su ayuda con este proyecto.

Mi gratitud especial a mi querida esposa, Suzanne, por su amor y apoyo continuo.

***"¿Puedo
conocerte
realmente?"***

Tres días antes de la Navidad de 1973. El sol todavía estaba saliendo en aquella mañana fría y nebulosa de Toronto.

De repente El estaba allí. El Espíritu Santo entró en mi cuarto. El era tan real para mí aquella mañana como lo es para usted el libro que tiene en sus manos.

En las ocho horas siguientes, tuve una experiencia increíble con el Espíritu Santo. Cambió el curso de mi vida. Lágrimas de asombro y gozo rodaron por mis mejillas al abrir las Escrituras, y El me dio las respuestas a mis preguntas.

Parecía que mi cuarto se había elevado al hemisferio del cielo. Y yo quería quedarme allí para siempre. Había acabado de cumplir veintiún años, y esta visitación fue el mejor regalo de cumpleaños o Navidad que jamás yo haya recibido.

Al final del pasillo estaban mi mamá y mi papá. Ellos posiblemente nunca entenderían lo que le estaba pasando a su Benny. En realidad, si ellos hubieran sabido lo que yo estaba experimentando, podría haber sido el punto de rompimiento de una familia que ya estaba al borde de

desmoronarse. Por casi dos años —desde el día que yo le di mi vida a Jesús— no había comunicación entre mis padres y yo. Era horrible. Como el hijo de una familia inmigrante de Israel, yo había humillado la familia rompiendo la tradición. Ninguna otra cosa en mi vida había sido tan devastadora.

En mi cuarto, sin embargo, había puro gozo. Sí, era inefable. Sí, ¡estaba lleno de gloria! Si se me hubiera dicho sólo cuarenta y ocho horas antes lo que estaba a punto de pasarme, yo habría dicho: “De ninguna manera”. Pero desde ese mismo momento, el Espíritu Santo se hizo vida en mí. Ya El no era la lejana “tercera persona” de la Trinidad. El era real. Tenía personalidad.

Y ahora yo lo quiero compartir contigo.

Mi amigo, si estás listo para comenzar una relación personal con el Espíritu Santo que sobrepasa todo lo que has soñado posible, continúa leyendo. Si no, déjame sugerirte que cierres la cubierta de este libro para siempre. Así es. ¡Cierra el libro! Porque lo que estoy a punto de compartir transformará tu vida espiritual.

De repente te sucederá a ti. Puede que sea cuando estés leyendo. Quizás cuando estés orando. O cuando vayas de camino a tu trabajo. El Espíritu Santo va a responder a tu invitación. El va a llegar a ser tu amigo más íntimo, tu guía, tu consolador, el compañero de toda tu vida. Y cuando tú y El se encuentren, dirás: “¡Benny! ¡Déjame decirte lo que el Espíritu ha estado haciendo en mi vida!”

EL PODER DE DIOS REVELADO

Una noche corta en Pittsburgh

Un amigo mío, Jim Poynter, me había pedido que fuera con él en un ómnibus fletado a Pittsburgh, Pensilvania. Había conocido a este ministro metodista libre en la iglesia que yo asistía. El grupo iba a una reunión de una evangelista que sanaba, Kathryn Kuhlman.

Sinceramente, sabía muy poco de su ministerio. Yo la había visto en televisión, y ella me había disgustado totalmente. Pensé que hablaba gracioso y lucía un poco extraña. Así que no estaba lleno de expectación.

Pero Jim era mi amigo, y yo no quería defraudarlo.

En el ómnibus le dije a Jim: “Jim tú jamás sabrás el mal rato que tuve con mi padre sobre este viaje”. Después de mi conversión, mis padres hicieron todo lo que pudieron para que yo no fuera a la iglesia. ¿Y ahora un viaje a Pittsburgh? Estaba fuera de la posibilidad, pero refunfuñando me dieron permiso.

Salimos de Pittsburgh el jueves a media mañana. Y lo que pudo haber sido un viaje de siete horas se tardó más por una abrupta tormenta de nieve. No llegamos a nuestro hotel hasta la una de la mañana.

Entonces Jim dijo: “Benny, tenemos que levantarnos a las cinco”.

“¿Cinco de esta mañana?” pregunté yo. “¿Para qué?”

El me dijo que si no estábamos a las puertas del edificio para la seis, no conseguiríamos asiento.

Bueno, yo no lo podía creer. ¿Quién ha oído jamás de estar parado en el frío helado antes de salir el sol para ir a la iglesia? Pero él dijo que eso era lo que teníamos que hacer.

El frío era glacial. A las cinco me levanté y me puse toda la ropa que pude encontrar: botas, guantes. Parecía un esquimal.

Llegamos a la Primera Iglesia Presbiteriana, en el centro de Pittsburgh, mientras todavía estaba oscuro. Pero lo que me asombró fue que cientos de personas ya estaban allí. Y las puertas no se abrían hasta dos horas más tarde.

Ser pequeño tiene algunas ventajas. Yo comencé a abrirme paso más y más hacia las puertas —y halando a Jim detrás de mí. Aun había gente durmiendo en los escalones del frente. Una mujer me dijo, “Ellos han estado aquí toda la noche. Es así cada semana”.

Cuando estaba parado allí, de repente comencé a vibrar —como si alguien hubiera agarrado mi cuerpo y comenzado a sacudirlo.

Por un momento pensé que el frío glacial me había

invadido. Pero yo estaba vestido con ropas dobles, y ciertamente no sentía frío. Un sacudimiento incontrolable vino sobre mí.

Nunca antes nada como eso me había pasado. Y yo no paraba. Estaba demasiado avergonzado para decírselo a Jim, pero yo podía sentir mis huesos crujiendo. Lo sentía en mis rodillas. En mi boca. “¿Qué me estaba pasando? —me preguntaba—. ¿Es éste el poder de Dios?” Yo no entendía.

Corriendo a través de la iglesia

Para entonces las puertas estaban a punto de abrirse, y la multitud presionaba hacia adelante hasta que apenas yo podía moverme. Aún la vibración no paraba.

Jim me dijo: “Benny, cuando esas puertas se abran, corre tan rápido como puedas”.

“¿Por qué?” pregunté.

“Si no corres, ellos correrán sobre ti”. El había estado allí antes y sabía qué esperar.

Bueno, nunca pensé que estaría en una carrera yendo a la iglesia, pero allí estaba yo. Y cuando aquellas puertas se abrieron, salí como un corredor olímpico. Pasé a todo el mundo: mujeres ancianas, hombres jóvenes, a todos ellos. De hecho, llegué a la fila del frente y traté de sentarme. Un ujier me dijo que la primera fila estaba reservada. Más tarde supe que el personal de la señorita Kuhlman escogía las personas que se sentaban al frente. Ella era tan sensible al Espíritu que quería sólo los que la apoyaban con oración positiva al frente de ella.

Con mi problema de tartamudo severo, sabía que sería en vano discutir con el ujier. La segunda fila ya estaba llena, pero Jim y yo encontramos lugar en la tercera fila.

Pasaría otra hora en lo que comenzaba el servicio, así que me quité mi abrigo, mis guantes, y mis botas. Mientras descansaba, me di cuenta de que estaba temblando más que al principio. No paraba. Las vibraciones iban a través de mis brazos y piernas como si yo estuviera conectado a alguna clase de máquina. La experiencia era extraña para mí. Para ser sincero, yo estaba asustado.

Mientras tocaban el órgano, todo lo que yo podía pensar era en el temblor de mi cuerpo. No era una sensación de “enfermedad”. No era como si yo estuviera contrayendo un catarro o virus. De hecho, mientras seguía, más hermoso era. Era una sensación rara que no parecía física del todo.

En ese momento, casi de ninguna parte, apareció Kathryn Kuhlman. En un instante, la atmósfera de ese edificio se cargó. Yo no sabía qué esperar. Yo no sentía nada alrededor de mí. Ni voces. Ni ángeles celestiales cantando. Nada. Todo lo que sabía era que había estado temblando por tres horas.

Luego, al comenzar los cantos, me hallé a mí mismo haciendo algo que nunca lo esperé. Yo estaba en pie. Mis manos estaban levantadas, y lágrimas corrían por mis mejillas mientras cantábamos “Cuán grande es El”.

Era como si yo hubiera explotado. Nunca antes habían salido lágrimas de mis ojos tan rápido. ¡Hablar de éxtasis! Fue un sentimiento de gloria intensa.

Yo no estaba cantando en la forma que normalmente canto en la iglesia. Cantaba con todo mi ser. Y cuando llegamos a las palabras, “Mi corazón entona la canción”, literalmente las canté con el alma.

Yo estaba tan absorto en el Espíritu de ese himno, que tomó unos minutos para que me diera cuenta de que mi temblor había parado completamente.

Pero la atmósfera de aquel servicio continuaba. Pensé que yo había sido totalmente arrebatado en un éxtasis. Estaba adorando más allá de todo lo que jamás había experimentado. Era como estar cara a cara con la verdad espiritual pura. No sé si alguien más lo sintió o no, pero yo lo sentí.

En mi joven experiencia cristiana, Dios había tocado mi vida, pero nunca como El me estaba tocando ese día.

Como una ola

Mientras estaba parado allí, adorando al Señor, abrí mis ojos para mirar alrededor, porque súbitamente sentí una corriente. Y yo no sabía de donde venía. Era suave, lenta, como una brisa.

Miré los vitrales en las ventanas. Pero todas estaban cerradas. Y eran demasiado altas para permitir tal corriente.

La brisa rara que sentí, sin embargo, era más como una ola. La sentí bajar en un brazo y subir en el otro. De hecho, la sentía moverse.

¿Qué estaba pasando? ¿Tendría yo alguna vez el valor para decirle a alguien lo que sentía? Pensarían que perdí la razón.

Por lo que pareció diez minutos, las olas de aquel viento continuaron lavándome. Y luego sentí como si alguien hubiera cubierto mi cuerpo con una cubierta pura —una frazada de afecto.

Kathryn comenzó a ministrar a la gente, pero yo estaba tan absorto en el Espíritu que realmente no me importaba. El Señor estaba más cerca de mí de lo que jamás había estado.

Sentí que necesitaba hablar con el Señor, pero todo lo que podía decir era: “Querido Jesús, por favor, ten misericordia de mí”. Lo dije otra vez: “Jesús, por favor, ten misericordia de mí”.

Me sentí tan indigno.

Me sentí como Isaías cuando entró en la presencia del Señor.

¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos (Isaías 6:5).

La misma cosa pasó cuando la gente vio a Cristo. Inmediatamente vieron su propia suciedad, su necesidad de limpieza.

Eso fue lo que me pasó a mí. Fue como si una luz gigantesca estuviera alumbrando sobre mí. Todo lo que yo podía ver eran mis debilidades, mis faltas y mis pecados.

Una y otra vez decía: “Querido Jesús, por favor, ten misericordia de mí”.

Entonces oí una voz que yo sabía tenía que ser el Señor. Era tan gentil, pero era inconfundible. Me dijo: “Mi misericordia es abundante en ti”.

Mi vida de oración hasta ese momento era la de un

cristiano promedio. Pero ahora no sólo yo estaba hablando con el Señor. El estaba hablando conmigo. Y ¡oh, qué comunión fue esa!

Poco me daba cuenta de que lo que me estaba pasando en la tercera fila en la Primera Iglesia Presbiteriana de Pittsburgh era sólo la prueba de lo que Dios había planeado para el futuro.

Aquellas palabras sonaron en mis oídos. “Mi misericordia es abundante en ti”.

Me senté llorando y gimiendo. No había nada en mi vida que se comparara a lo que yo sentía. Yo estaba tan lleno y transformado por el Espíritu que no me importaba nada más. No me importaba si una bomba nuclear cayera en Pittsburgh y todo el mundo volara. En ese momento sentí lo que la Palabra describe, como “paz... que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7).

Jim me había hablado de los milagros en las reuniones de la señorita Kuhlman. Pero yo no tenía idea de lo que estaba a punto de ver en las próximas tres horas. Gente sorda, de repente oía. Una mujer se levantó de su silla de ruedas. Había testimonios de sanidad de tumores, artritis, dolores de cabeza, y más. Aun sus críticos más severos han reconocido las sanidades genuinas que ocurrieron en sus reuniones.

El servicio fue largo, pero parecía un momento fugaz. Nunca en mi vida había sido yo tan movido y tocado por el poder de Dios.

¿Por que ella lloraba?

Mientras continuaba el servicio y yo oraba silenciosamente, todo se paró de momento. Yo pensé: “Por favor, Señor, permite que esta reunión nunca termine”.

Miré hacia arriba para ver a Kathryn con su cabeza entre las manos al comenzar a sollozar. Ella lloró, y sollozó tan alto que todo se quedó quieto. La música se paró. Los ujieres se quedaron pasmados donde estaban.

Todos tenían sus ojos puestos en ella. Y en cuanto a mí, yo no tenía idea de por qué ella lloraba. Nunca antes había visto a un ministro hacer eso. ¿Por qué ella lloraba?

(Me dijeron más tarde que ella nunca había hecho eso antes, y miembros del personal todavía hoy lo recuerdan).

Continuó por lo que pareció ser como dos minutos. Luego echó su cabeza hacia atrás. Allí estaba ella, a sólo unos cuantos pies en frente de mí. Sus ojos estaban encendidos. Ella estaba *vehemente*.

En aquel instante, con un denuedo que yo nunca antes había visto en ninguna persona, señaló con su dedo hacia el frente con un tremendo poder y emoción —aun dolor. Si el diablo mismo hubiera estado allí, ella lo hubiera echado a un lado con sólo una palmada.

Fue un momento de dimensión increíble. Todavía llorando, ella miró a la audiencia y dijo en intensa agonía: “Por favor”. Parecía estirar la palabra, “Po-or f-a-a-vor, *no contristen al Espíritu Santo*”.

Ella estaba implorando. Si puedes imaginarte a una madre implorando a un asesino que no le dispere a su bebé, así era. Ella imploró y pidió.

“Por favor”, sollozó, “no contristen al Espíritu Santo”.

Aun ahora puedo ver sus ojos. Era como si estuvieran mirando directamente hacía mí.

Y cuando lo dijo, uno podía dejar caer un alfiler y oírlo. Yo tenía miedo de respirar. No movía un músculo. Estaba agarrado del banco frente a mí, preguntándome qué pasaría después.

Luego ella dijo: “¿No entienden? ¡El es todo lo que yo tengo!”

Yo pensé, ¿“De qué está hablando ella?”

Luego continuó su ruego apasionado, diciendo: “¡Por favor! No lo hieran. El es todo lo que tengo. ¡No hieran a Aquel a quien amo!”

Nunca olvidaré esas palabras. Todavía puedo recordar la intensidad de su respiración cuando ella las dijo.

En mi iglesia, el pastor hablaba del Espíritu Santo. Pero no así. Sus referencias tenían que ver con los dones o lenguas o profecía —no de “El es mi amigo más personal, más íntimo, más amado”. Kathryn Kuhlman me estaba hablando acerca de una persona que era más real que tú o yo.

Luego ella señaló con su dedo directamente hacía mí, y dijo con gran claridad: “¡El es más real que ninguna otra cosa en este mundo!”

Yo tengo que tenerlo

Cuando ella me miró y dijo esas palabras, algo literalmente me asió por dentro. Realmente me asió. Yo grité y dije: “Yo tengo que tenerlo”.

Francamente, yo pensaba que todo el mundo en aquel servicio se sentiría exactamente en la misma forma que yo me sentía. Pero Dios tiene una forma de tratar con nosotros como individuos, y yo creo que aquel servicio fue para mí.

Por favor entiéndeme, como un cristiano más bien nuevo, yo no podía comenzar a comprender qué estaba pasando en aquel servicio. Pero no podía negar la realidad y el poder que sentí.

Y al concluir el servicio, miré a la mujer evangelista y vi lo que parecía ser una nube alrededor y sobre ella. Al principio pensé que mis ojos me estaban engañando. Pero allí estaba. Y su rostro brillaba como una luz a través de aquella nube.

Yo no creo ni por un momento que Dios estaba tratando de glorificar a la señorita Kuhlman. Pero sí creo que El usó aquel servicio para revelarme Su poder.

Cuando se terminó el servicio, la multitud salió, pero yo no quería moverme. Había llegado corriendo, pero ahora sólo quería sentarme y reflexionar en lo que acababa de pasar.

Lo que yo había sentido en aquel edificio era algo que mi vida personal no me ofrecía. Yo sabía que cuando regresara a mi hogar, la persecución continuaría.

Mi autoestima estaba prácticamente destruída por el impedimento de mi habla. Aun cuando era un niño en los colegios católicos, mi impedimento me dejaba con casi nadie con quien hablar.

Aun cuando llegué a ser cristiano, tuve muy pocos amigos. Todo lo que tenía en la vida era Jesús. Y nada más en la vida tenía mucho significado. Yo no tenía un futuro prometedor. Mi familia prácticamente me había dado la espalda. Oh, yo sé que me amaban, pero mi decisión de

servir a Cristo había creado un abismo que era demasiado profundo.

Me senté allí. Después de todo, ¿quién desea ir al infierno después de haber estado en el cielo?

Pero no había alternativa. El ómnibus estaba esperando y yo tenía que regresar. Me detuve al fondo de la iglesia por un momento más, pensando: “¿Qué quería decir ella?” ¿Qué estaba diciendo cuando habló sobre el Espíritu Santo?”

Durante el viaje de regreso a Toronto continuaba pensando: “Yo no sé lo que ella quiso decir”. Aun le pregunté a algunos en el ómnibus. Ellos no me lo podían decir porque tampoco lo entendían.

No es necesario decir, que cuando llegué al hogar, estaba totalmente exhausto. Con falta de dormir, horas en la carretera, y una experiencia espiritual que era como una montaña rusa, mi cuerpo estaba listo para descansar.

Pero no pude dormir. Mi cuerpo estaba cansado hasta los huesos, pero mi espíritu todavía estaba agitado como una serie interminable de volcanes dentro de mí.

CONOCIENDO LA PRESENCIA DE DIOS

¿Quién me está halando?

Mientras descansaba en mi cama, sentí como que alguien me sacaba del colchón y me arrodillaba. Era una sensación rara, pero la sentía tan fuerte que no la podía resistir.

Allí estaba yo, en la oscuridad de aquel cuarto, de rodillas. Dios no había terminado conmigo todavía, y yo respondí a Su guianza.

Yo sabía lo que deseaba decir, pero no sabía claramente cómo decirlo. Lo que deseaba era lo que aquella sierva de Dios en Pittsburgh tenía. Pensé, “Yo deseo lo que tiene Kathryn Kuhlman”. Lo deseaba con cada átomo y fibra de mi ser. Tenía hambre de lo que ella estaba hablando —aunque yo no lo entendía.

Sí, yo sabía lo que deseaba decir pero no sabía decirlo. Así que decidí pedirlo en la única forma que yo sabía —en mis propias palabras simples.

Deseaba dirigirme al Espíritu Santo, pero nunca antes lo había hecho. Pensé: “¿Estoy yo haciendo esto correctamente?” Después de todo; nunca había hablado al Espíritu Santo. Nunca pensé que El era una persona a quien uno se podía dirigir. No sabía como empezar la oración, pero yo sabía lo que estaba dentro de mí. Todo lo que deseaba era conocerlo en la forma que ella lo conocía.

Y así fue como oré: “Espíritu Santo, Kathryn Kuhlman dice que tú eres su amigo” —continué despacio—, “yo creo que no te conozco. Aunque hasta hoy, yo pensaba que sí. Pero después de esa reunión me doy cuenta de que no. No creo que te conozco”.

Y luego, como un niño, con mis manos alzadas, le pregunté: “¿Puedo conocerte? ¿Realmente puedo conocerte?”

Me pregunté: “¿Lo que yo estoy diciendo es correcto? ¿Debería yo hablar al Espíritu Santo así?” Luego pensé, “Si soy honesto en esto, Dios me mostrará si estoy bien o mal”. Si Kathryn estaba mal, yo quería saberlo.

Después que hablé al Espíritu Santo, nada parecía suceder. Comencé a preguntarme a mí mismo: “¿Hay realmente tal experiencia como conocer al Espíritu Santo? ¿Puede suceder verdaderamente?”

Mis ojos estaban cerrados. Entonces, como por una corriente eléctrica, todo mi cuerpo comenzó a vibrar —exactamente como en las dos horas que esperé para entrar en la iglesia. Era el mismo temblor que había sentido durante la otra hora después que estuve dentro.

Había vuelto, y yo pensé: “Oh, está sucediendo otra vez”. Pero ahora no había multitudes. Ni ropa gruesa. Yo estaba en mi cuarto cómodo en mi pijama —vibrando de pies a cabeza.

Tenía temor de abrir los ojos. Ahora era como si todo lo que había pasado en el servicio viniera de nuevo en un momento. Yo estaba temblando, pero al mismo tiempo volví a sentir esa cubierta cálida del poder de Dios que me envolvía.

Me sentí como si hubiera sido trasladado al cielo. Por supuesto no lo había sido, pero, sinceramente, no creo que el cielo pueda ser mayor que eso. De hecho, pensé: “Si abro los ojos me veré en Pittsburgh o dentro de las puertas de perla”.

Bueno, después de un rato, abrí los ojos, y para mi sorpresa estaba allí en mi mismo cuarto. El mismo piso, el mismo pijama; pero todavía estaba temblando con el poder del Espíritu de Dios.

Cuando finalmente me acosté a dormir aquella noche, todavía no me daba cuenta de lo que había comenzado en mi vida.

Las primeras palabras que hablé

Temprano, bien temprano en la mañana siguiente, yo estaba completamente despierto. Y no podía esperar para hablar con mi nuevo amigo.

Aquí están las primeras palabras de mi boca: “¡Buenos días, Espíritu Santo!”

Al mismo momento que yo hablé aquellas palabras, la atmósfera gloriosa volvió a mi cuarto. Ahora, aunque yo no estaba vibrando o temblando, todo lo que sentía era Su presencia envolviéndome.

Al momento que dije, “Buenos días, Espíritu Santo”, yo sabía que El estaba presente conmigo en el cuarto. No solamente fui llenado con el Espíritu aquella mañana, también cada vez que pasaba tiempo en oración, recibía una llenura fresca.

La experiencia de la que hablo iba *más allá* del hablar en lenguas. Sí, *yo hablé* en lenguaje celestial, pero era mucho más que eso. El Espíritu Santo se hizo real, vino a ser mi amigo. Mi compañero, mi consejero.

La primera cosa que hice aquella mañana fue abrir la Biblia. Yo quería estar seguro. Y mientras abría la Palabra, sabía que El estaba allí conmigo como si estuviera sentado a mi lado. No, no vi su cara o su rostro. Pero sabía dónde El estaba. Y comencé a conocer Su personalidad.

Desde ese momento en adelante para mí la Biblia tomó una nueva dimensión. Yo decía: “Espíritu Santo, muéstramelo en la Palabra”. Yo deseaba saber por qué El

había venido, y El me guio a estas palabras: “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Corintios 2:12).

Cuando le pregunté por qué quería ser mi amigo. El me llevó a las palabras de Pablo: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Corintios 13:14).

La Biblia cobró vida. Nunca yo había entendido el impacto de esas palabras, “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

Una y otra vez, El confirmaba en la Palabra lo que El estaba haciendo en mi vida. Por más de ocho horas aquel primer día, luego día a día, le llegaba a conocer más y más.

Mi vida de oración comenzó a cambiar. “Ahora”, dije yo, “Espíritu Santo, como tú conoces al Padre tan bien, ¿me puedes ayudar a orar?” Y cuando comencé a orar, llegó un momento donde súbitamente el Padre era más real de lo que había sido antes. Fue como si alguien hubiera abierto una puerta y dicho, “Aquí está El”.

Mi Maestro, mi Guía

La realidad de la paternidad de Dios se hizo más clara que lo que yo había conocido antes. No fue por leer un libro, o seguir una fórmula —A, B, C. Fue sólo pidiéndole al Espíritu Santo que me abriera la Palabra. Y El lo hizo.

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:14-15).

Comencé a comprender todo lo que Jesús dijo acerca del Espíritu Santo. El era mi consolador, mi maestro, mi guía. Entendí por primera vez lo que Jesús quiso decir cuando le dijo a Sus discípulos: “Sígueme”. Luego un día El dijo: “No me sigáis, porque a donde yo voy vosotros no podéis venir”. El les dijo: “Pero el Espíritu Santo, El os guiará”.

¿Qué estaba haciendo? Cristo les estaba dando a ellos otro líder. Otro a quien seguir.

Mi estudio de las Escrituras siguió día tras día por semanas —hasta que todas mis preguntas fueron contestadas. Todo ese tiempo yo estaba conociendo mejor al Espíritu Santo. Y esa comunión nunca ha cesado hasta el día de hoy. Me di cuenta de que El estaba aquí conmigo. Y mi vida entera ha sido transformada. Creo que la tuya también lo será.

Hoy cuando me levanto, digo otra vez: “Buenos días, Espíritu Santo”.



Capítulo 2

Desde Jaffa hasta lo último de la tierra

Fue en diciembre de 1952 en Jaffa, Israel.

Clemence Hinn, a punto de dar a luz su segundo hijo, estaba en el hospital, mirando, a través de la ventana de su cuarto de maternidad, una vista hermosa. Las aguas azul oscuro del Mediterráneo se extendían interminablemente. Pero el corazón de esta mujercita de descendencia armenia estaba turbado. Ella estaba destruida por la amargura, el temor, y la vergüenza.

A distancia, ella podía ver el grupo de rocas negras en el mar, las rocas de Andrómeda. La leyenda griega dice que la dama Andrómeda estaba encadenada a una de ellas cuando Perseo bajó volando en su caballo alado, hirió al monstruo marino, y la rescató.

Clemence deseaba que alguien de alguna manera bajara y la salvara de otro año de humillación y desgracia. Ella era una mujer ortodoxa griega devota, pero no sabía mucho acerca del Señor. En aquel cuarto humilde del hospital, sin embargo, trató de negociar con El.

Mientras estaba parada al lado de la ventana, sus ojos penetraron el cielo, y ella dijo mentalmente: “Dios, sólo tengo una petición. Si me das un niño, yo te lo devolveré a ti”.

Lo volvió a repetir: “Por favor, Señor. Si me das un niño, te lo devolveré a ti”.

Seis bellas rosas

El primer niño nacido a Costandi y Clemence Hinn fue una niña encantadora, llamada Rose. Pero en la testaruda cultura del Oriente Medio —y especialmente en la tradición de los antepasados de Hinn— el primogénito debía haber sido un hijo y heredero.

La familia de Costandi, emigrantes a Palestina de Grecia, comenzaron a perseguir a Clemence por su fracaso en producir un niño. “Después de todo”, bromeaban ellos, “todas tus cuñadas tienen niños”. Se reían y se mofaban de ella hasta hacerla llorar, y ella sentía la vergüenza en el matrimonio que sus padres tan cuidadosamente habían arreglado.

Sus ojos estaban todavía húmedos al quedarse dormida. Y durante la noche tuvo un sueño que todavía recuerda: “Yo vi seis rosas —seis rosas bellas en mi mano” —dijo ella. “Y yo vi a Jesús entrar en mi cuarto. El vino a mí y me pidió una de ellas. Y yo le di una rosa”.

Al continuar el sueño, un joven bajito, delgado, de pelo negro —ella recuerda cada detalle de su rostro— vino hacía ella y la envolvió en un lienzo grueso.

Cuando despertó, se preguntó a sí misma: “¿Qué significa ese sueño? ¿Qué podrá ser?”

El día siguiente, 3 de diciembre de 1952, nací yo.

Nuestra familia, con el tiempo, iba a tener seis niños y dos niñas pero mi madre nunca olvidó su pacto con Dios. Más tarde me contó su sueño —y que yo era la rosa que ella le entregó a Jesús.

Yo fui bautizado en la iglesia ortodoxa griega por el patriarca de Jerusalén, llamado Benedictus. De hecho, durante la ceremonia el me dio su nombre.

Haber nacido en la Tierra Santa quiere decir que uno ha nacido en una atmósfera donde la religión arroja una sombra amplia inescapable. A la edad de dos años fui matriculado en una institución preescolar católica, y formalmente fui educado por monjas —y más tarde por monjes— por catorce años.

Para mí, Jaffa era una ciudad bella. De hecho, eso es lo que la palabra significa —bella. Jaffa en árabe, Jope en griego, o Yafo en hebreo. En cualquiera de los tres idiomas el significado es el mismo.

De niño me gustaba oír los relatos de la historia que me rodeaba. Jaffa fue fundada antes de escribirse la historia. Se menciona como una ciudad cananea en la lista del tributo del faraón Tutmosis III, en el siglo quince A. C.; aun antes de Josué pelear la batalla de Jericó. Y fue donde el rey fenicio Hiram de Tiro descargaba la madera de cedro para el templo del rey Salomón.

Aunque es fascinante, la historia no ha favorecido a mi lugar de nacimiento. Jaffa fue invadida, capturada, destruida, y vuelta a edificar una y otra vez. Simón el Macabeo, Vespasiano, los Mamelucos, Napoleón, y Allenby, todos ellos se la han disputado.

Sólo seis años antes de yo nacer, Jaffa pasó a ser parte de una nueva nación, el estado profético de Israel. Pero la comunidad misma no era judía.

El alcalde Hinn

Mi padre fue el alcalde de Jaffa durante mi niñez. El era un hombre fuerte, medía alrededor de seis pies y dos pulgadas, y pesaba doscientas cincuenta libras, y era un líder natural. Era fuerte en todo sentido —física, mental y volitivamente.

Su familia vino de Grecia a Egipto antes de establecerse en Palestina. Pero ser “de cualquier otro lugar” era común allí. La Jaffa de mi niñez era en realidad una ciudad internacional.

Bajando por la calle Raziel hasta la plaza de la Torre, donde está la torre del reloj del Jubileo de Abdul Hamid, la cárcel de paredes de piedra, y la Gran Mezquita, construida en 1810, yo podía oír a la gente hablar en francés, búlgaro, árabe, yidish, y otras lenguas. Y en los kioscos y cafés al aire libre, podía tomar una muestra de baklava, zlabiya, felafe, sum-sum, y docenas de otras golosinas.

Así que allí estaba yo, nacido en Israel, pero no judío. Criado en una cultura árabe, pero no árabe de origen. Asistiendo a un colegio católico, pero criado como ortodoxo griego.

Los idiomas son fáciles en esa parte del mundo. Yo creía que para todo el mundo era normal que hablase tres o cuatro idiomas. En nuestro hogar se hablaba árabe, pero en el colegio las hermanas católicas enseñaban en francés, excepto por el Antiguo Testamento que se estudiaba en hebreo antiguo.

Durante mi niñez, los cien mil habitantes de Jaffa colindaban con la creciente población de los judíos de Tel Aviv al norte. Hoy la metrópolis tiene el nombre oficial de Tel Aviv-Jaffa. Unas cuatrocientas mil personas viven en el área.

En realidad, Tel Aviv comenzó como un experimento judío en 1909, cuando sesenta familias compraron treinta y dos acres de terreno arenoso al norte de Jaffa y se trasladaron al lugar. Estaban cansados de las apiñadas y ruidosas vecindades árabes donde vivían. La expansión continuó, hasta que Tel Aviv vino a ser la ciudad más grande en Israel.

Aunque mi padre no era judío, los líderes israelitas confiaban en él. Y ellos estaban contentos de tener a alguien en Jaffa que pudiera relacionarse con una comunidad tan internacional. Nosotros estábamos orgullosos de su círculo de amigos, que incluía a muchos líderes nacionales. A él se le pidió que fuera embajador de Israel en naciones extranjeras, pero decidió quedarse en Jaffa.

Sin embargo, había poco tiempo para la familia. De hecho, no puedo decir, realmente, que yo conocía a mi papá en aquel tiempo. Parecía que él siempre estaba asistiendo a una función oficial o una reunión importante.

El no era una persona expresiva, sólo estricta —y raras veces tenía demostraciones físicas de afecto. (Mi madre, sin embargo, suplía todo eso). Eso también era parte de la cultura. ¡Los hombres eran hombres!

Vivíamos cómodamente. La posición de papá en el gobierno hizo posible que tuviéramos un hogar en los suburbios. Era un hogar maravilloso, que tenía una tapia alrededor con vidrios arriba para seguridad. Mi mamá era una ama de casa en todo el sentido de la palabra; criar aquella prole de pequeños Hinn era un trabajo de tiempo completo.

Un capullo católico

Al continuar mi educación, yo me consideraba ser católico. El proceso comenzó bien temprano. El colegio preescolar a que asistí era más como un convento. La misa se celebraba regularmente. Mis padres no protestaron porque una educación privada católica era considerada la mejor disponible.

Durante la semana estudiaba con monjas, y los domingos iba a la iglesia ortodoxa griega con mamá y papá. Pero eso no se consideraba un problema principal en la políglota Jaffa. Lealtad a una iglesia en particular no parecía tan importante.

¿Era yo católico? Absolutamente. El catolicismo era mi vida de oración. Ocupaba mi tiempo y atención cinco días a la semana. Vino a ser mi mentalidad. Prácticamente yo vivía en el convento encerrado, y en aquel capullo yo llegué a estar alejado del mundo.

También estaba separado del mundo de una manera desafortunada. Desde temprana edad tuve la aflicción de la tartamudez. A la más mínima presión social o nerviosismo comenzaba a tartamudear, y era casi insoportable. Se me hacía difícil hacer amigos. Algunos niños se burlaban de mí, otros permanecían alejados.

Yo sabía muy poco de eventos mundiales —sólo lo que mis maestras deseaban que yo supiera. Pero era un experto en la vida católica. Al continuar la escuela, asistí al College de Frere (Colegio de Hermanos), y fui enseñado por frailes.

Aun siendo un niño pequeño, yo era extremadamente religioso. Oraba y oraba —probablemente más que lo que muchos cristianos oran hoy. Pero todo lo que yo sabía orar era el Ave María, el Credo, la Oración del Señor, y otras oraciones prescritas.

Sólo raras veces hablaba realmente con el Señor. Cuando tenía alguna petición específica, la mencionaba. De otra manera mi vida de oración era bien organizada. Muy rutinaria.

La máxima parecía ser, “Debes sentir dolor cuando oras”. Y esto era fácil. No había prácticamente ningún lugar para arrodillarse excepto en la roca blanca de Jeru-

salén que estaba dondequiera. La mayoría de los hogares son hechos de ella. Y las escuelas a las que yo asistía no tenían alfombra, sólo pisos de roca blanca.

Realmente llegué a creer que si uno no sufre con su súplica, el Señor no le escucha, que el sufrimiento era la mejor manera de ganar el favor de Dios.

Aunque prácticamente ninguna espiritualidad acompañaba a la enseñanza, todavía aprecio el fundamento que recibí en la Biblia. A menudo pienso, ¿A cuántos niños se les enseña el Antiguo Testamento en hebreo? Y nuestros viajes literalmente hacían viva la Palabra de Dios.

Una vez viajamos al Neguev, donde nos paramos al lado de los pozos que Abraham había cavado y aprendimos acerca de él. Aquella experiencia quedará conmigo para siempre.

Su túnica era más blanca que lo blanco

Muchas veces en mi vida Dios me ha hablado en visión. Solamente sucedió una vez durante mis años en Jaffa, cuando era un niño de once años.

Realmente creo que fue en aquel momento cuando Dios comenzó a moverse en mi vida. Puedo recordar la visión como si hubiera sucedido ayer. Yo vi a Jesús entrar a mi cuarto. El tenía puesta una túnica que era más blanca que lo blanco y un manto rojo oscuro sobre la túnica.

Vi su pelo. Miré a sus ojos. Vi las señales de los clavos en sus manos. Lo vi todo.

Tú tienes que entender que yo no conocía a Jesús. No le había pedido que viniera a mi corazón. Pero en cuanto lo vi, lo reconocí. Sabía que era el Señor.

Cuando sucedió, yo estaba dormido, pero, de repente, mi cuerpecito fue arrebatado en una sensación increíble que sólo se puede describir como “eléctrica”. Sentí como si alguien me hubiera conectado a un enchufe eléctrico. Sentía un adormecimiento como si agujas —un millón de ellas— entraran a través de mi cuerpo.

Y luego el Señor se paró frente a mí mientras yo estaba en un sueño bien profundo. Me miró directamente con los ojos más bellos que he visto. Sonrió, y Sus brazos se abrieron. Yo podía sentir su presencia; fue maravillosa y nunca la olvidaré.

El Señor no me dijo nada, sólo me miró, y luego desapareció.

Inmediatamente me hallé bien despierto. En ese momento, a penas podía entender lo que estaba pasando; pero no fue un sueño. Aquella clase de sentimientos no ocurren en un sueño. Dios me permitió experimentar una visión que crearía una impresión indeleble en mi vida joven.

Al despertarme, la sensación maravillosa todavía estaba allí. Abrí los ojos y miré alrededor, pero este sentimiento intenso, poderoso estaba todavía en mí. Me sentí totalmente paralizado, no podía mover un músculo, ni una pestaña; estaba completamente petrificado allí. Pero todavía yo estaba en control de mis facultades. Este sentimiento extraño me sobrecogió, pero no me dominó.

En realidad, sentí que podía decir: “No, yo no deseo esto”, y la experiencia se hubiera ido; pero no dije nada. Mientras estaba allí, despierto, el sentimiento permaneció conmigo, luego lentamente se fue.

En la mañana, le conté a mi mamá la experiencia, y todavía ella recuerda sus palabras. Ella dijo: “Entonces, tú tienes que ser un santo”.

Cosas así no le ocurren a la gente de Jaffa, ya sean católicos u ortodoxos griegos. Por supuesto, yo ciertamente no era “santo”, pero mi madre creía que si Jesús venía a mí, El tenía que estar designándome para un llamamiento más alto.

Mientras Dios estaba tratando con mi vida, había otros factores que cambiarían para siempre el futuro de nuestra familia.

LO ULTIMO DE LA TIERRA

De Gaza a las alturas de Golán

Viviendo en Israel durante los años sesenta, yo podía sentir la creciente tensión política. Las incursiones árabes a Israel ocurrían casi a diario a lo largo de las fronteras con Egipto,

Jordania y Siria. Y el ejército israelita se desquitaba regularmente, con sus propias incursiones a territorio árabe.

En mayo de 1967, Israel y los tres países árabes alertaron a sus fuerzas armadas para una posible guerra. A petición de Egipto las tropas de las Naciones Unidas salieron del Corredor de Gaza y de la Península del Sinaí.

Luego, el 5 de junio de 1967, los aviones de Israel bombardearon campos de aviación en Egipto, Jordán, y Siria. Se llamó la guerra de los Seis Días. En menos de una semana, los israelitas destruyeron la fuerza aérea árabe casi completamente. Las tropas israelitas ocuparon el Corredor de Gaza, la Península del Sinaí, la Cisjordania, y las alturas de Golán en Siria. De repente, Israel controlaba un total del territorio árabe como de tres veces el área del mismo Israel.

Nunca olvidaré el día, temprano en 1968, cuando mi padre reunió la familia y nos dijo que estaba haciendo planes para que emigráramos. El dijo: "Por favor no discutan esto con nadie, porque puede haber algunos problemas con nuestras visas de salida".

Al principio, el plan era mudarnos a Bélgica. Papá tenía algunos parientes allí, y la idea de mudarnos a un país de habla francesa sonaba emocionante. Después de todo, esa era la lengua de mi educación.

Entonces una mañana un agregado de la embajada canadiense vino a nuestro hogar y nos enseñó una película corta de la vida en Canadá. Toronto parecía una ciudad muy próspera. Papá tenía dos hermanos allí, pero dudábamos de que calificaran financieramente para ser nuestros garantes.

Los interrogantes que rodeaban nuestra salida parecían aumentar cada día. En una ocasión mi padre nos dijo que pudiera ser que no estuviéramos listos para salir del país en los próximos cinco años.

Yo hice un trato con Dios

Para ese tiempo todos estábamos tan ansiosos de salir, que yo me arrodillé —en aquella roca de Jerusalén— e hice un voto a Dios: "Señor", oré, "si tú nos sacas, te daré la botella más grande de aceite de oliva que pueda encontrar". Y

añadí: "Cuando lleguemos a Toronto, la llevaré a la iglesia y te la presentaré con acción de gracias".

En mi crianza, negociar con Dios no era raro. Y el aceite de oliva era caro y precioso. Así que hice el voto.

Después de algunas semanas, un joven de la embajada canadiense llamó a mi padre para decirle: "Señor Hinn, hemos logrado la salida —no me pregunte cómo—. Todos sus papeles están en orden, y pueden salir cuando ustedes estén listos".

No llevó mucho tiempo. Vendimos casi todas nuestras posesiones y nos preparamos para una vida nueva en Norteamérica.

Durante aquellos últimos días en la Tierra Santa, yo tenía el presentimiento de que algo grande estaba a punto de ocurrir. Sabía que estaba dejando una ciudad especial, pero sentía que lo mejor para mí estaba por venir.

Fue del puerto de la antigua ciudad de Jope —mi Jaffa— de donde salió Jonás. Y el resultado fue la salvación de Nínive.

Y cuántas veces yo había subido a la Ciudadela, el monte alto frente al puerto. Cerca del faro hay una iglesia franciscana construida en 1654. Al lado de ella está el lugar de la casa de Simón el curtidor, donde el apóstol Pedro se quedó por algún tiempo y tuvo una visión que cambió el mundo. Oyó la voz de Dios diciéndole que recibiera a los gentiles, tanto a los judíos en la iglesia. Pedro respondió: "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia" (Hechos 10:34-35).

Desde aquel mismo momento, el mensaje de Cristo se extendió desde Jope a Cesarea y hasta el fin del mundo —beneficiando a toda la humanidad.

Mientras íbamos por la carretera de Haganah al aeropuerto de Lod, yo me preguntaba: "¿Volveré a ver este lugar?" Pensé en aquellas monjas católicas que tan amorosamente me habían enseñado. ¿Había visto yo sus rostros por última vez?

Por la ventana del avión miré por última vez a Tel Aviv, una inmensa expansión de cubos de color gris blanquecino. Detrás de mí había millas de naranjales de

color verde oscuro. Las colinas de Judea languidecían en la distancia.

Al dirigirnos sobre las aguas del Mediterráneo, miré hacia abajo y dije un último adiós a Jaffa. Había un nudo en mi garganta. Yo tenía catorce años, y era el único hogar que había conocido.

Helado en el kiosco

La llegada de la familia Hinn a Toronto en julio de 1968 no fue un evento anunciado. Y así era como mi padre lo deseaba. Ningún comité nos dio la bienvenida. Y él no tenía promesa de trabajo.

Llegamos con la ropa que traímos puesta, unas cuantas posesiones en las maletas, y un poco de dinero de lo que habíamos vendido en Jaffa. Era suficiente para vivir algunos días.

Nuestra nueva vida comenzó en un apartamento alquilado.

¡Qué impacto aquel de aterrizar de súbito en una cultura “extranjera”! Yo podía tartamudear en varios idiomas, pero el inglés no era uno de ellos. “Uno, dos, tres” era todo lo que sabía decir. Pero papá había estudiado suficiente inglés como para llenar una solicitud de empleo. Y resultó. El aceptó el reto de llegar a ser, de todas las cosas, un vendedor de seguros.

Yo no sé si fue la carga de tener que criar una familia grande o su confianza natural en tratar con la gente, pero mi papá llegó a prosperar inmediatamente en su nueva profesión. En pocos meses nos mudamos a nuestro propio hogar. Todos estábamos tan orgullosos de esto.

La vida cambió rápidamente para mí. En vez de asistir a un colegio privado católico, fui a una escuela pública —la Escuela Secundaria Georges Vanier. Y como la mayoría de los niños en la escuela tenían trabajo de media jornada, eso era lo que yo quería hacer.

Vivíamos en la sección North York de Toronto, y no muy lejos el nuevo centro comercial de Fairview se había abierto. Yo solicité empleo en un pequeño kiosco que vendía hamburguesas y helado. Aunque no tenía

experiencia previa de trabajo, me aceptaron. Y todos los días después del colegio allá iba yo.

Un sábado, fui a un mercado y le pregunté al gerente: “¿Dónde puedo encontrar buen aceite de oliva? Yo necesito la botella o recipiente más grande que usted tenga”. Por supuesto que él encontró uno grande.

Al día siguiente, caminé orgullosamente a la iglesia ortodoxa griega y cumplí mi voto a Dios. Lo coloqué al frente del altar y silenciosamente, dije: “Gracias, Señor. Gracias por traernos salvos a nuestro nuevo hogar”.

Mi corazón estaba tan lleno como aquel frasco de aceite.

En el kiosco hice mi trabajo. Debido a mi tartamudez, no conversaba mucho, pero velozmente echaba el helado en aquellos barquillos. Trabajé con un compañero llamado Bob.

¿Habría perdido Bob la razón?

Nunca olvidaré el día en 1970 cuando fui a trabajar y encontré que Bob había hecho algo muy extraño. En todas las paredes de aquel pequeño kiosco había puesto pedazos de papel con versículos de la Escritura. Yo pensé que había perdido la razón.

Yo sabía que él era cristiano —él me lo había dicho. ¿Pero no iba esto demasiado lejos? Me dije a mí mismo: “¿Por qué está haciendo esto? ¿Será por mí? Probablemente yo conozca las Escrituras mejor que él”.

Finalmente le pregunté: “¿Cuál es el propósito de todos esos pedazos de papel?” Instantáneamente comenzó a testificarme. Pensé que nunca pararía. Y cuando terminó, decidí mantenerme lo más lejos que pudiera de este compañero loco.

Por mucho tiempo traté de evadirlo. Pero era casi imposible. Después de todo, teníamos que trabajar juntos. Una y otra vez él traía el tema de la religión. Pero era más que eso: él quería hablar sobre el “nuevo nacimiento”, una frase que no estaba en mi vocabulario limitado —tampoco en mi punto de vista de la Escritura.

Finalmente Bob dejó de trabajar en el kiosco, pero muchos de sus amigos estaban en mi colegio. Y por los

próximos dos años yo hice todo lo que pude por evadirlos. Pensé: "Son un montón de cosas raras". Se veían extraños. Hablaban extraño. Eran completamente opuestos a las monjas que me habían enseñado.

Durante mi último año en Georges Vanier, por segunda vez en mi vida, tuve un encuentro con el Señor. El vino a mi cuarto y me visitó. En esta ocasión fue en la forma de un sueño inolvidable.

En Jaffa cuando yo tenía once años, la visión de Jesús de pie frente a mí había dejado una impresión indeleble. Pero ahora en Toronto, no estaba envuelto en el estudio de la Escritura. Todavía iba a la iglesia. Pero lo que estaba a punto de ocurrirme vino cuando menos lo esperaba. Fue totalmente inesperado, y fui petrificado por la experiencia.

Permíteme decir exactamente lo que pasó en mi cuarto aquella noche fría en febrero de 1972.

En el sueño, yo me encontré descendiendo por una escalinata larga, oscura. Era tan inclinada que pensé que me caía. Y me llevaba a un abismo profundo sin fin.

Estaba atado con una cadena a un prisionero frente a mí y a otro prisionero detrás de mí. Yo estaba vestido con la ropa de un preso. Había cadenas en mis pies y alrededor de mis muñecas. Hasta donde yo podía ver al frente y detrás de mí, había una interminable línea de cautivos.

Luego, en aquella niebla de aquel abismo semi oscuro, vi docenas de hombrecitos que se movían alrededor. Eran como enanos con orejas en una forma rara. Yo no podía ver sus rostros, y sus formas eran casi invisibles. Pero nos halaban hacia abajo como un hato de ganado para el matadero —o aun peor.

Súbitamente, apareciendo no sé de dónde, estaba el ángel del Señor. Oh, fue maravilloso verlo. El ser celestial revoloteaba al frente de mí, sólo a unos pasos.

Nunca en mi vida he visto tal cosa —ni aun en sueño. Un ángel resplandeciente y bello en medio de aquel abismo negro y oscuro.

Al yo mirar de nuevo, el ángel hizo un movimiento con su mano para que yo fuera hacía él. Entonces me miró a los ojos y me llamó. Mis ojos fueron cautivados por los

suyos, y comencé a caminar hacia él. Instantáneamente, aquellas cadenas cayeron de mis manos y pies. Ya yo no estaba atado a mis compañeros presos.

Rápidamente, el ángel me llevó a través de una puerta abierta, y al momento de caminar en la luz, el ser celestial me tomó de la mano y me dejó en Don Mills Road (el nombre de una calle) en la misma esquina del colegio Georges Vanier. Me dejó a sólo unas pulgadas de la pared del colegio, al lado de la ventana.

En un segundo, el ángel se había ido, y me desperté y de prisa fui al colegio para estudiar en la biblioteca, antes que comenzaran las clases.

Casi no podía pestañear

Al estar sentado allí, ya sin pensar acerca del sueño, un pequeño grupo de estudiantes vino a mi mesa. Inmediatamente los reconocí. Eran los que habían estado molestándome con toda esa plática de "Jesús".

Me pidieron que me uniera a ellos en la reunión de oración de la mañana. El salón estaba al salir de la biblioteca. Pensé: "Bueno, me los quitaré de encima. Una reunicioncita de oración no me va a hacer daño".

Yo dije: "Está bien", y caminaron conmigo al salón. Era un grupo pequeño, sólo doce o quince muchachos. y mi silla estaba en el centro.

De repente, todos entero levantaron las manos y comenzaron a orar en algún idioma extraño. Yo ni aun cerré mis ojos. Casi no podía pestañear. Allí había estudiantes de diecisiete, dieciocho, diecinueve años —muchachos que había conocido en clase— alabando a Dios con sonidos ininteligibles. Nunca había oído hablar en lenguas, y estaba pasmado. Pensar que aquí estaba Benny, en un colegio público, en una propiedad pública, sentado en medio de un grupo de fanáticos. Era más de lo que yo podía comprender.

Yo no oré. Sólo observaba.

Lo que pasó después era más de lo que jamás hubiera podido imaginar. Me sobrevino un ansia repentina de orar. Pero realmente no sabía qué decir. "Dios te salve María", parecía inapropiado para lo que yo estaba sintiendo. Nunca

me habían enseñado la “oración del pecador” en ninguna de mis clases de religión. Todo lo que podía recordar de mis encuentros con la “gente de Jesús” era la frase, “Tú tienes que conocer a Jesús”. Aquellas palabras parecían fuera de lugar para mí, porque yo creía que lo conocía.

Fue un momento embarazoso. Nadie estaba orando conmigo ni aun *por* mí. Sin embargo, estaba rodeado por la atmósfera espiritual más intensa que jamás había sentido. ¿Era yo un pecador? No lo creía. Yo era un niño bueno católico, que oraba todas las noches y confesaba los pecados ya sea que lo necesitara o no.

Pero en aquel momento cerré los ojos y dije cinco palabras que cambiaron mi vida para siempre. En voz alta dije: “Señor Jesús, ven otra vez”.

No sé por qué las dije, pero eso fue todo lo que salió de mi boca. Repetí aquellas palabras una y otra vez. “Señor Jesús, ven otra vez. Señor Jesús, ven otra vez”.

¿Pensaba que El había dejado mi casa o salido de mi vida? Realmente yo no sabía. Pero cuando dije esas palabras una cierta sensación vino sobre mí —volví a sentir el adormecimiento que sentí cuando tenía once años. Era menos intenso, pero podía sentir el voltaje de aquella misma fuerza, que salía a través de mí.

Lo que realmente sentí, sin embargo, fue que aquel arranque de poder me estaba limpiando —instantáneamente, de adentro hacia afuera. Me sentí absolutamente limpio, inmaculado, y puro.

De repente, vi a Jesús con mis propios ojos. Ocurrió en un momento. Allí estaba El, Jesús.

Las ocho menos cinco

Los estudiantes a mi alrededor no podían saber lo que estaba pasando en mi vida. Todos estaban orando. Luego, uno por uno, comenzaron a salir del salón para sus clases.

Eran las ocho menos cinco de la mañana. Por ese tiempo yo estaba sentado allí llorando. No sabía qué hacer o decir.

En aquel momento, no lo entendía, pero Jesús se hizo tan real para mí como el piso que estaba debajo de mis pies.

Realmente yo no oré, sino esas cinco palabras. Pero sabía, sin lugar a dudas, que algo extraordinario había pasado en aquella mañana de febrero.

Casi se me hizo tarde para la clase de historia. Era una de mis asignaturas favoritas; estábamos estudiando la revolución china. Pero ni siquiera podía escuchar al maestro. No recuerdo nada de lo que se dijo. La sensación que comenzó aquella mañana no me dejaba. Cada vez que cerraba los ojos, allí estaba El —Jesús. Y cuando los abría todavía El estaba allí. La visión del rostro del Señor no me dejaba.

Todo el día lo pasé llorando. Y la única cosa que podía decir era: “Jesús, yo te amo... Jesús, yo te amo”.

Al salir del colegio y comenzar a caminar por la acera hacía la esquina; miré a la ventana de la biblioteca, y entonces, me di cuenta de todo el asunto.

El ángel, el sueño, todo fue real otra vez.

¿Qué estaba Dios tratando de decirme?

¿Qué le estaba pasando a Benny?



"Tradición, tradición"

Entré en mi cuarto, y como magnetizado, fui atraído hacia aquella Biblia grande negra. Era la única Biblia en nuestro hogar. Mamá y papá no tenían ninguna. Yo no tenía idea de dónde había venido, pero había sido mía hasta donde yo podía recordar.

Las páginas casi no se habían abierto desde nuestra llegada a Canadá, pero ahora oré: "Señor, tienes que mostrarme lo que me pasó hoy". Abrí la Escritura y comencé a devorarla como un hombre hambriento a quien se le acaba de dar un trozo de pan.

El Espíritu Santo vino a ser mi maestro. En ese tiempo yo no lo sabía, pero es exactamente lo que milagrosamente comenzó a suceder. Tú ves, los muchachos en la reunión de oración no dijeron: "Aquí está lo que dice la Biblia". Ellos no me dijeron nada. En realidad, no tenían idea de lo que había ocurrido durante las veinticuatro horas pasadas. Y, por supuesto, yo no le dije una palabra de ello a mis padres.

Comencé leyendo los Evangelios. Me encontré a mí mismo diciendo en voz alta, "Jesús, ven a mi corazón. Por favor, Señor Jesús, ven a mi corazón".

En pasaje tras pasaje de las Escrituras veía el plan de

salvación que se abría. Era como si nunca antes hubiera leído la Biblia. Oh, amigo, está era viva. Las palabras fluían del manantial, y bebí libremente de ella.

Finalmente, a las tres o cuatro de la mañana, con una paz suave que nunca antes había conocido, me quedé dormido.

PERTENECIENDO

El día siguiente en la escuela yo busqué a aquellos “fanáticos” y les dije: “Oigan, me gustaría que me llevaran a la iglesia de ustedes”. Ellos me hablaron de una fraternidad semanal a la que asistían y me ofrecieron llevarme, dos días más tarde.

Aquel jueves en la noche me encontré en “Las Catacumbas”. Así ellos la llamaban. El servicio era igual que la reunión de oración de aquella mañana en el colegio —la gente levantaban las manos, adorando al Señor. En esta ocasión me uní a ellos.

“Jehová jire, mi proveedor, Su gracia es suficiente para mí”, cantaron una y otra vez. Me gustó aquella canción desde el primer momento que la oí, y me gustaba aun más cuando supe que fue escrita por la esposa del pastor, Merla Watson. Su esposo era el pastor de este rebaño tan extraordinario.

Las Catacumbas no era una iglesia típica. La gente que asistía era una multitud de cristianos exhuberantes que se reunían todos los jueves por la noche en la Catedral de San Pablo, una iglesia anglicana en el centro de Toronto.

Estos eran días del “Movimiento de Jesús” cuando los llamados “Hippies” se estaban salvando más rápido de que lo que les llevaba cortarse el pelo. Imagínate, yo tampoco había visto una silla de barbero en largo tiempo.

Miré alrededor. El lugar estaba llenos de jóvenes como yo. Era digno de verse. Saltaban para arriba y para abajo, danzando y cantando alegres al Señor. Era difícil para mí creer que un lugar como aquel existiera en verdad. Pero de alguna manera, desde aquella primera noche, yo sentí que pertenecía a aquel grupo.

“Sube allá”

Al concluir la reunión, Merv Watson dijo: “Quiero que todos ustedes, los que desean hacer una confesión pública de sus pecados, pasen al frente. Vamos a orar con ustedes mientras le dicen a Cristo que venga a su corazón”.

Yo comencé a estremecerme y a temblar. Pero pensé: “Yo no tengo que ir allá, porque ya estoy salvo”. Sabía que el Señor se había hecho cargo de mi vida a las ocho menos cinco del lunes en la mañana. Y ese día era jueves.

En unos segundos me encontré caminando hacia el frente por el pasillo tan rápido como pude. No sabía del todo por que lo hacía. Pero algo dentro de mí me estaba diciendo: “Sube allá”.

Fue en aquel momento, en un servicio carismático en una iglesia anglicana, que este pequeño buen católico de un hogar de la iglesia ortodoxa hizo una confesión pública de su aceptación de Cristo. “Jesús”, dije yo, “te pido que seas el Señor de mi vida”.

La Tierra Prometida no se podía comparar a esto. Cuánto mejor estar donde Jesús estaba, que donde el había estado.

Aquella noche cuando llegué al hogar, estaba tan lleno de la presencia del Señor, que decidí decirle a mi mamá lo que había pasado (No tuve el valor de decirselo a mi papá).

“Mamá, tengo que compartir algo contigo”, le susurré. “¡He sido salvado!”

En un momento decayó su semblante. Me miró y dijo claramente, “¿Salvado de qué?”

“Confía en mí” —le dije. “Tú entenderás”.

El viernes en la mañana y todo el día —en la escuela, en el kiosco, en todo lugar adonde iba, una visión continuaba delante de mí. Me veía predicando. Era increíble, pero no la podía dejar. Veía las multitudes. Y allí estaba yo, con un traje, mi cabello bien arreglado y limpio, predicando con vehemencia.

Aquel día encontré a Bob, mi amigo “raro”, que una vez había cubierto las paredes del kiosco con versículos de la Escritura. Yo le conté sólo un poco de lo que había pasado esa semana. Y le dije que aun me veía predicando.

“Bob”, le dije, “todo el día ha sido así. No puedo sacar de la mente la visión de verme predicando a grandes multitudes al aire libre; en estadios, en iglesias, en salas de conciertos”. Comenzando a tartamudear, le dije: “Veo gente, hasta donde pueden llegar mis ojos. ¡Estaré perdiendo la razón! ¿Qué tú crees que quiere decir esto?”

“Puede ser sólo una cosa” —me dijo él. “Dios te está preparando para un gran ministerio. Yo creo que es maravilloso”.

ECHADO FUERA

Yo no recibí ese mismo estímulo en el hogar. Por supuesto, no les podía decir lo que, en realidad, el Señor estaba haciendo. La situación era terrible.

Humillación y vergüenza

Toda mi familia comenzó a molestarme y a ridiculizarme. Era horrible. Lo esperaba de mi padre, pero no de mi madre. Cuando yo estaba creciendo, ella había mostrado tanto afecto. También mis hermanos y hermanas. Pero ahora me trataban con menosprecio —como un intruso, que no pertenecía a la familia.

“¡Tradición! Tradición!” —dice una canción. Si un oriental rompe la tradición, ha cometido un pecado imperdonable. Dudo que en el oeste entiendan jamás la seriedad de eso. El trae humillación sobre la familia. Y eso no se puede perdonar.

Mi familia me dijo: “Benny, tú estás arruinando el nombre de nuestra familia”. Me rogaron que no deshonrara su reputación. Mi padre había sido alcalde —y me lo recordaba. El nombre de la familia estaba en “juego”.

Por favor entiéndanme cuando digo esto, pero los ortodoxos griegos, y gente de la iglesia “alta” del Oriente son tal vez la gente más difícil de traer a un cristianismo “personal”.

Cuando yo me convertí en un cristiano nacido de nuevo, eso fue en realidad una vergüenza para ellos. ¿Por

qué? Porque creen que son los cristianos verdaderos, y que tienen los documentos históricos para probarlo. Ellos han sido cristianos por más tiempo que ningún otro pueblo.

Pero aquí está el problema, yo he sido criado con él: Su fe es larga en forma ritual y dogma, pero corta en la unción de Dios. Falta el poder. Y como resultado, prácticamente no comprenden el significado de oír del Señor o ser guiado por el Espíritu.

Llegó a ser obvio que si yo iba a permanecer en el hogar, tendría que cerrar la puerta a conversaciones sobre Cristo.

Nada, sin embargo, podía extinguir el fuego de mi nueva fe. Yo era como una ascua encendida que nunca dejaba de arder.

Temprano en la mañana mi Biblia estaba abierta. El Espíritu Santo continuaba revelandome la Palabra. Pero eso no era suficiente. Cada noche que me podía “escapar” de la casa, yo estaba en el servicio de la iglesia, fraternidad de jóvenes, o reunión de oración. Y los jueves en la noche regresaba a Las Catacumbas.

Nunca podré borrar de mi memoria el día que mencioné a “Jesús” en mi hogar. Mi padre vino hacia mí y me dio en la cara. Sentí el dolor. No, no era la roca de Jerusalén ahora. Era un dolor diferente. Pero el dolor que sentía era por mi familia. Yo los amaba tanto y agonizaba por su salvación.

En realidad, fue culpa mía. Mi papá me había advertido: “Tú mencionas el nombre de Jesús otra vez, y desearás no haberlo hecho”. Gruñía con odio mientras me amenazaba con echarme fuera de la casa.

Yo comencé a hablarle del Señor a mi hermanita, Mary. De alguna manera mi papá se enteró, y su ira se manifestó de nuevo. Me prohibió que jamás le volviera a hablar a ella de cosas espirituales.

Tiempo para el psiquiatra

Aun mis hermanos me perseguían. Ellos me ponían todos los nombres bajo el cielo —y algunos debajo de la tierra. Yo seguí así por mucho tiempo. En mi cuarto oraba:

“Señor, tendrá fin esto? ¿Llegarán ellos algún día a cono-
certe?”

Llegó un momento en que no podía hablar con nin-
gún miembro de mi familia. Yo no tenía que buscar la
definición de *ostracismo*, pues lo estaba experimentando.

Trajeron a mi abuela desde Israel sólo para que me
dijera que yo estaba loco. “Eres una vergüenza para el
nombre de la familia” —me dijo ella. “¿No entiendes la
vergüenza que estás causando?”

Mi padre hizo una cita para que yo viera a un
psiquiatra. Evidentemente, creyó que yo había perdido la
razón. ¿Y cuál fue la conclusión del doctor? “Puede ser
que su hijo esté pasando por algo. El saldrá de eso”.

Su próxima táctica fue conseguirme un trabajo que
me mantuviera tan ocupado que no tuviera tiempo para este
“Jesús”. Fue a ver a uno de sus amigos y le dijo: “Me
gustaría que le ofrecieras un trabajo a mi hijo Benny”.

Papá me llevó a su negocio y esperó en el automóvil
mientras yo entraba. El hombre era uno de los seres más
rudos, duros, de espíritu perverso que jamás he conocido.
Era obvio que yo no podía trabajar para tal persona.

Volví al auto de mi padre y le dije: “Padre, nunca
podría tenerlo como mi jefe”.

En verdad, ese día lo sentí por mi padre. El estaba en
un aprieto. Me dijo: “Benny, ¿qué tú quieres que yo haga
por ti? dímelo. Yo haré cualquier cosa que me pidas si por
favor dejas este Jesús tuyo”.

“Papá” —le dije yo—, “tú me puedes pedir todo lo
que quieras pero yo moriría antes de dejar lo que he encon-
trado”.

Era una escena fea. El cambió de un padre amistoso
a un extraño sarcástico. Todo lo que él tenía que ofrecer
era otro torrente de odio, otro azotamiento con la lengua.

El año siguiente —casi por dos años— mi padre y yo
apenas tuvimos comunicación. En el comedor él no me
miraba. Yo era totalmente pasado por alto. Finalmente se
hizo insoportable para mí aun sentarme y ver las noticias de
la noche junto con mi familia.

¿Qué hacía? Me quedaba en mi cuarto. Pero miran-
do atrás, puedo ver que el Señor sabía exactamente lo que

estaba haciendo. Pasé cientos de horas —miles— a solas
con Dios. Mi Biblia siempre estaba abierta. Oraba y
estudiaba; adoraba. Me banquetaba con el maná celestial
que necesitaría en los años venideros.

“Yo tengo que obedecer al Señor”

Ir a la iglesia era un problema gigante. Cómo deseaba yo
ir, pero mi padre decía: “¡Absolutamente no!” una y otra
vez. En realidad, esa era prácticamente la única conversa-
ción que teníamos —discusiones acerca de la casa del
Señor.

Los orientales consideran increíble que se desobe-
dezca a los padres. Para este tiempo yo tenía casi veintiún
años. Y vívidamente, recuerdo la noche en que me atreví a
decirle a mi padre: “Yo te obedeceré en cualquier cosa que
tú desees, pero en lo de ir a la iglesia no te obedeceré. *¡Yo
tengo que obedecer al Señor!*”

El se quedó petrificado. Como si le hubieran dado un
tiro. Y pareció encolerizarse más.

Por respeto hice todo lo que pude por ser obediente.
Yo le preguntaba “¿Puedo ir a la iglesia esta noche?” El
decía no, y yo iba a mi cuarto y oraba: “Por favor, Señor,
por favor cambia su manera de pensar”.

Entonces yo bajaba las escaleras y le preguntaba otra
vez: “¿Puedo ir?”

“No” —refunfuñaba él. Y yo volvía a subir.

Poco a poco, él comenzó a ceder. Los Catacumbas
alquilaron otro edificio para tener servicios los domingos, y
allí estaba yo. Los estudios bíblicos eran los jueves y
viernes, y la reunión de jóvenes los sábados por la noche.
Estas reuniones llegaron a ser toda mi vida.

Dos años después de mi conversión, mi crecimiento
espiritual estaba como un cohete moviéndose en órbita. Al
final de 1973, Merv y Merla Watson me invitaban a unirme
a ellos en la plataforma para ayudarlos a dirigir la alabanza
y la adoración. Pero yo no podía hablar en público.

Jim Poynter, el pastor lleno del Espíritu, de la Iglesia
Metodista Libre, me había visto allí. Y un día paró en el
kiosco sólo para hablar sobre las cosas del Señor. Ahí fue
donde me invitó a ir con él a la reunión de Kuhlman en
Pittsburgh.

Mi encuentro personal con el Espíritu Santo después de esa reunión fue asombroso. Pero me llevó algunos días darme cuenta de las dimensiones de la revelación de Dios a mí.

Por este tiempo cambié de trabajo. Acepté una posición de oficinista en la junta del colegio católico en Toronto. Estoy seguro de que ellos a veces tenían interrogantes acerca de mí. Yo tenía una sonrisa en mi rostro sólo de pensar acerca de lo que Dios estaba haciendo en mi vida.

Tan pronto como terminaba mi trabajo, me iba a la casa y subía rápidamente las escaleras que conducían a mi cuarto y comenzaba a hablar con El. "Oh, Espíritu Santo, estoy tan contento de regresar aquí a solas contigo". Sí, El siempre estaba conmigo, pero mi cuarto llegó a ser un lugar sagrado, especial. A veces, cuando yo no estaba trabajando me quedaba en la casa todo el día, sólo para tener comunión personal con El.

¿Qué estaba yo haciendo? Teniendo *comunión*. *Comunión con el Espíritu*. Y cuando no estaba en el trabajo o en mi cuarto, trataba de ir a la iglesia. Pero no le decía a nadie lo que me estaba pasando.

Cuando salía de la casa en la mañana, El salía conmigo. En realidad sentía a alguien a mi lado. En el ómnibus sentía la urgencia de comenzar a hablar con El, pero no quería que la gente pensara que yo estaba loco. Aun en el trabajo, había ocasiones cuando yo le susurraba cosas a El. En el almuerzo, El era mi compañero. Pero día tras día, cuando llegaba a la casa, subía a saltos aquellas escaleras, cerraba la puerta de mi cuarto, y decía: "Ahora estamos solos". Y mi viaje espiritual continuaba.

Unción en el automóvil

Permíteme explicar que muchas veces yo no estaba consciente de Su presencia. Sabía que El estaba conmigo, pero me había acostumbrado tanto a El, que no sentía la electricidad de aquellos tiempos especiales.

Pero otros lo sentían. Muchas veces cuando mis amigos venían a verme, ellos comenzaban a llorar por la presencia del Espíritu Santo.

Una vez Jim Poynter llamó para decirme: "Quiero recogerte y llevarte a una iglesia metodista donde yo estoy cantando. Tú puedes cantar conmigo si quieres". Yo no era cantante, pero lo ayudaba de vez en cuando.

Aquella tarde yo estaba otra vez absorto en la unción del Espíritu de Dios. Entonces oí a Jim tocar la bocina. Al bajar las escaleras corriendo e ir hacia el auto, sentí realmente la presencia del Señor que corría conmigo.

Al momento de sentarme en el asiento del frente y cerrar la puerta, Jim comenzó a llorar. El comenzó a cantar el coro, ¡Aleluya! Aleluya! Se volvió a mí y dijo: "Benny, puedo sentir al Espíritu Santo en este automóvil".

"Por supuesto, Su presencia está en este auto" —dije yo, "¿En que otro lugar puede estar?" Para mí había llegado a ser la norma. Pero Jim casi no podía manejar. El continuaba llorando delante del Señor.

Una vez, mi madre estaba limpiando el pasillo, mientras yo estaba en mi cuarto hablando con el Espíritu Santo. Cuando salí, ella cayó hacia atrás. Algo la había empujado contra la pared. Yo dije: "¿Qué te pasa, mamá?" Ella respondió: "No sé". Bueno, la presencia del Señor por poco la tira al piso.

Mis hermanos le dirán del tiempo cuando ellos se acercaban a mí y no sabían lo que estaba pasando —pero sentían algo raro.

Al pasar el tiempo perdí el deseo de salir con los jóvenes de la iglesia para divertirnos. Yo sólo deseaba estar con el Señor. Muy a menudo yo decía: "Señor, prefiero tener esto que cualquier cosa que el mundo pueda ofrecer". Ellos podían tener sus juegos, su entretenimiento, su balompié —yo no lo necesitaba.

"Lo que yo quiero es lo que tengo ahora mismo", le dije al Señor. "Cualquier cosa que esto sea, yo no lo dejaré ir". Comencé a entender mejor el deseo del apóstol Pablo por "la comunión del Espíritu Santo".

Henry, Mary, Sammy, y Willie

Ahora aun los miembros de mi familia estaban haciendo preguntas. El Espíritu del Señor permeaba nuestro hogar

en tal forma que mis hermanos y hermanas comenzaron a sentir hambre espiritual.

Uno por uno, venían a mí y comenzaban a hacer preguntas. Decían: “Benny, yo te he estado observando. Este Jesús es real, ¿No es cierto?”

Mi hermana Mary le dio su corazón al Señor. Y dentro de los próximos meses mi hermanito Sammy se salvó. Luego vino Willie.

Todo lo que yo podía hacer era gritar, “¡Aleluya!” Estaba sucediendo —y todavía yo no había comenzado a predicar.

Para este tiempo mi padre estaba casi a punto de ingresar en un manicomio. ¿Estaba él perdiendo toda su familia para este Jesús? El no sabía cómo manejar la situación. Pero yo no tenía duda de que mi mamá y mi papá podían ver la transformación que ya se había efectuado en dos de mis hermanos y en Mary.

Cuando yo le di mi vida al Señor, tuve unos encuentros maravillosos con El. Pero eran nada comparados con mi caminar diario con el Espíritu Santo. Ahora el Señor *realmente* visitaba mi cuarto. La gloria llenaba el lugar. Algunos días pasaba de rodillas adorando al Señor ocho, nueve, o diez horas consecutivas.

En el año 1974, se desató un fluir interminable del poder de Dios en mi vida. Yo sólo decía: “Buenos días, Espíritu Santo”, y todo comenzaba de nuevo. La gloria del Señor se quedaba conmigo.

Un día, en abril, yo pensé: “Tiene que haber una razón para esto”. Pregunté: “Señor, por qué estás haciendo todo esto por mí?” Yo sabía que Dios no le da a la gente paseos espirituales para siempre.

Entonces al comenzar a orar, aquí está lo que Dios me reveló. Yo vi alguien de pie frente a mí. Estaba totalmente en llamas, moviéndose sin control; sus pies no estaban tocando el piso. La boca de este ser estaba abriéndose y cerrándose — como lo que la Palabra describe como “crujir de dientes”.

En ese momento el Señor me habló en voz audible. Me dijo: “Predica el evangelio”.

Mi respuesta, por supuesto fue: “Pero Señor, no puedo hablar”.

Dos noches después el Señor me dio un segundo sueño. Vi aun ángel que tenía una cadena en su mano, atada a una puerta que parecía llenar todo el cielo. La abrió, y allí había gente hasta donde yo podía ver. Almas. Todas se estaban moviendo hacia un grande y profundo valle —y el valle era un infierno rugiente de fuego.

Era atemorizador. Vi miles de personas caer en el fuego. Los que iban al frente de la muchedumbre estaban resistiéndose a seguir, pero la aglomeración de la humanidad detrás de ellos los empujó a las llamas.

De nuevo, el Señor me habló. Bien claro dijo: “Si no predicas, serás responsable por cada uno que se caiga”. Instantáneamente, me di cuenta de que todo lo que pasaba en mi vida era con un propósito —para que predicara el evangelio.

Sucedió en Oshawa

La comunión seguía. La gloria continuaba. La presencia del Señor no se iba; en verdad, se intensificaba. La Palabra se hizo más real. Mi vida de oración llegó a ser más poderosa.

Finalmente, en noviembre de 1974, yo no podía evadir el tema más. Le dije al Señor: “Yo predicaré el evangelio con una condición: que tú estés conmigo en cada servicio”. Y entonces le recordé: “Señor, tú sabes que no puedo hablar”. Yo me preocupaba continuamente por mi problema del habla y por el hecho de que yo iba a sentirme avergonzado.

Era imposible, sin embargo, borrar de mi mente la imagen del hombre ardiendo, y la voz del Señor cuando dijo: “Si no predicas, por todo el que caiga tú serás responsable”.

Yo pensé: “Tengo que comenzar a predicar”. Pero, ¿dar algunos tratados no será suficiente? Luego, una tarde, la primera semana de diciembre, yo estaba visitando el hogar de Stan y Shirley Phillips en Oshawa, como a treinta millas al este de Toronto.

“¿Puedo decirles algo? —pregunté. Nunca antes me había sentido guiado a contarle a nadie la historia completa acerca de mis experiencias, sueños, y visiones. Por cerca

de tres horas, derramé mi corazón sobre cosas que sólo el Señor y yo sabíamos.

Antes de terminar, Stan me interrumpió y dijo: “Benny, esta noche tienes que venir a nuestra iglesia y compartir esto”. Ellos tenían una fraternidad llamada Shilo —como trescientas personas en la iglesia *Trinity Assembly of God* (Asambleas de Dios Trinidad), en Oshawa.

Me habría gustado que me hubieras visto. Mi pelo estaba largo hasta los hombros, y yo no estaba vestido para ir a la iglesia, porque la invitación había sido totalmente inesperada.

Pero el 7 de diciembre de 1974, Stan me presentó al grupo, y por primera vez en mi vida me paré delante de un púlpito a predicar.

Al instante en que abrí mi boca, sentí que algo tocó mi lengua y la soltó. Sentía como adormecimiento, y comencé a proclamar la Palabra de Dios con absoluta fluidez.

Aquí está lo sorprendente. Dios no me sanó cuando estaba sentado en la audiencia. El no me sanó cuando iba hacia la plataforma. El no me sanó cuando me paré detrás del púlpito. Dios hizo el milagro cuando yo abrí mi boca.

Cuando mi lengua se soltó, yo dije: “¡Eso es!” La tartamudez había desaparecido. Toda. Y nunca más ha vuelto.

Mis padres no sabían que yo había sido sanado porque teníamos muy poca comunicación en la casa. Y por supuesto, había habido tiempos cuando yo podía hablar sin que se notara el problema, y eso por un breve lapso —antes que volviera la tartamudez otra vez.

Pero yo sabía que había sido sanado. Y mi ministerio comenzó a crecer rápidamente. Parecía como si cada día me invitaran a una iglesia o fraternidad para ministrar. Me sentí en el centro de la perfecta voluntad de Dios.

“Yo voy a morir”

Por los próximos cinco meses yo era un predicador pero mi madre y mi padre no lo sospechaban. Mantenerlo en secreto por tanto tiempo constituyó un milagro. Mis

hermanos lo sabían, pero no se atrevían decirlo a papá, porque ellos sabían que sería el final de Benny.

En el *Toronto Star* en abril de 1975, apareció un anuncio con mi retrato. Yo estaba predicando en una iglesia pentecostal en la parte oeste del pueblo, y el pastor deseaba atraer algunos visitantes.

Dio resultado. Costandi y Clemence vieron el anuncio.

Yo estaba sentado en la plataforma aquel domingo en la noche. Durante el servicio de alabanza miré, y apenas podía creer lo que veía. Allí estaban mi madre y mi padre, y eran llevados a sus asientos por un ujier, a sólo unas cuantas filas frente a la plataforma.

Yo pensé: “Esto es lo que faltaba. Voy a morir”.

Mi buen amigo Jim Poynter estaba sentado a mi lado en la plataforma. Volviéndome a él le dije: “¡Ora, Jim! ¡Ora!” El se sorprendió cuando le dije que mamá y papá estaban allí.

Mil pensamientos pasaron por mi mente, y no era el menor: “Señor, yo sabré que estoy realmente sanado si no tartamudeo esta noche”. No puedo recordar otra ocasión en que yo estuviera tan nervioso durante un servicio, y la ansiedad siempre me hacía tartamudear.

Al comenzar a predicar, el poder de la presencia de Dios comenzó a fluir a través de mí, pero no podía mirar en la dirección donde estaban mis padres —ni siquiera para un vistazo. Todo lo que yo sabía era que mi preocupación acerca de tartamudear era innecesaria. Cuando Dios me sanó, la sanidad fue permanente.

Hacia el final del servicio comencé a orar por aquellos que necesitaban sanidad. Oh, el poder de Dios llenó aquel lugar.

Mientras la reunión estaba finalizando, mis padres se pararon y salieron por la puerta de atrás.

Después del servicio le dije a Jim: “Tienes que orar. ¿Te das cuenta de que en las próximas horas se decidirá mi destino? Puede que tenga que dormir en tu casa esta noche”.

Aquella noche manejé alrededor de Toronto sin rumbo fijo. Yo deseaba esperar hasta por lo menor las dos de la

madrugada para llegar a casa. Para esa hora yo sabía que mis padres estarían acostados.

Realmente yo no deseaba enfrentarlos. Pero más adelante hablaré sobre eso.



Capítulo 4

De persona a persona

¿Estás listo para conocer íntima y personalmente al Espíritu Santo? ¿Deseas escuchar su voz? ¿Estás preparado para conocerlo como una *persona*?

Eso fue exactamente lo que me pasó a mí, y drásticamente transformó mi vida. Fue una experiencia intensamente personal, y basada en la Palabra de Dios.

Puede que tú te preguntes; “¿Fue el resultado de estudio bíblico sistemático?” No, sucedió cuando invité al Espíritu Santo a ser mi amigo personal. A ser mi guía constante. A tomarme de la mano y guiarme “a toda verdad”. Lo que El te descubra y revele en la Escritura dará vida a tu estudio de la Biblia.

Lo que estoy a punto de compartir contigo comenzó en el momento que el Espíritu Santo entró en mi cuarto en diciembre de 1973, y nunca ha cesado. Aquí está la única diferencia: *Yo lo conozco infinitamente mejor hoy que cuando lo conocí por primera vez.*

Comencemos con lo básico. El Espíritu Santo cambió mi vida. El estaba conmigo desde el momento que yo le pedí a Cristo que viniera a mi corazón y nací de nuevo.

Luego vino el tiempo cuando recibí el bautismo en el Espíritu Santo. Fui “lleno” con el Espíritu. Hablé en

lenguas. El impartió Su presencia y Sus dones. Algunas personas han recibido la misma experiencia y se detienen ahí. No se dan cuenta de que lo que pasó en pentecostés fue sólo *uno* de los dones del Espíritu.

Pero lo que yo deseo que tú sepas es esto: más allá de la salvación, más allá de estar bautizado en agua, más allá de la llenura del Espíritu, la "tercera Persona de la Trinidad" está esperando por ti para que lo conozcas personalmente. El anhela una relación de toda la vida. Y eso es lo que tú estás a punto de descubrir.

LLEVADOS A COMUNION

Vamos a suponer que marcaste mi número telefónico dos años atrás y nos familiarizamos a través de él; y que continuamos nuestra comunicación de esta forma y nunca nos hubiésemos encontrado, ¿qué sabrías tú realmente acerca de mí?

Tú dices: "Yo conocería el tono de tu voz a través del teléfono". Y eso sería todo. No me reconocerías si me vieras en la calle.

Pero llega el día de encontrarnos cara a cara. De repente extiendes tu mano para estrechar la mía. Ves cómo luzco, el color de mi pelo y de mis ojos, qué clase de ropa uso. Quizás vamos a comer fuera, y tú sabes si me gusta el café o el té.

Tú aprendes volúmenes acerca de las personas cuando las conoces personalmente.

Fin de la lucha

Cuando el Espíritu Santo y yo nos encontramos, eso fue lo que comenzó a suceder. Empecé a descubrir cosas acerca de Su personalidad que me cambiaron como cristiano. La salvación me transformó como persona. Pero el Espíritu tuvo un efecto tremendo en mi andar en la vida cristiana.

Al comenzar a conocer al Espíritu Santo, me volví sensible a El y aprendí lo que lo contrista —y lo que le

agrada. Lo que le gusta, lo que no le gusta. Lo que lo enfada y lo que lo alegra.

Llegué a entender que la Biblia misma fue escrita por el Espíritu Santo. El usó hombres de todas las áreas de la vida, pero cada uno de ellos fue guiado por el Espíritu.

Por mucho tiempo yo luchaba por entender la Biblia. Entonces vino el día que levanté mis ojos y dije: "Maravilloso Espíritu Santo, ¿me puedes decir lo que quieres decir con esto?" Y El habló. El me reveló la Palabra.

El Señor usó una reunión de Kathryn Kuhlman para prepararme para lo que estaba a punto de ocurrir. Pero jamás la señorita Kuhlman se sentó conmigo a hablarme sobre el Espíritu Santo. Todo lo que aprendí fue de El. Y es por eso que es fresco, es nuevo, y es *mío*.

Cuando regresé a casa, de aquella reunión en Pittsburgh, caí de rodillas. Fui sincero y transparente cuando dije: "Precioso Espíritu Santo, yo deseo conocerte". Nunca olvidaré lo nervioso que estaba. Pero desde aquel día he llegado a conocerlo como un hermano. Verdaderamente, El es un miembro de la familia.

QUIEN ES EL

Te preguntas, "¿Quién es el Espíritu Santo?" Yo deseo que sepas que El es la persona más bella, mas preciosa, más amorosa en la tierra. Dios el Hijo no está en la tierra. Dios el Padre no está en la tierra. Ellos ambos están en el cielo en este mismo instante.

¿Quién está en la tierra? Dios *el Espíritu Santo*. Para Dios el Padre, el Espíritu Santo vino a hacer Su obra a través del Hijo que resucitó. Cuando Dios el Hijo se fue. Dios el Espíritu Santo vino, y todavía El está aquí haciendo Su obra.

Piense en esto: Cuando Dios el Hijo se fue, no se llevó a Juan y a Pedro con El. El dijo: "Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir... (Juan 13:33).

Pero cuando Dios el Espíritu Santo se vaya, y muchos creyentes creemos que va a suceder muy pronto, El va a llevarse a los redimidos del Señor con El. A esto lo llaman el Rapto. Seremos arrebatados con El para encontrar al Señor en el aire.

¿Quién es el Espíritu Santo? En un tiempo yo creía que El era como el vapor, a veces flotando alrededor, que nunca podría conocerlo. Yo aprendí que no sólo El es real, sino que tiene una personalidad.

¿Qué hay por dentro?

¿Qué me hace a mí una persona? ¿Es mi cuerpo físico? Creo que no. Estoy seguro de que tú has estado en un funeral y has visto un cadáver en un ataúd. ¿Has estado mirando a una persona? ¡No! Lo que ves es un cuerpo muerto.

Tienes que darte cuenta de que lo que hace a una persona no es el cuerpo. En vez de eso, la persona es lo que sale del cuerpo. Emociones, voluntad, intelecto, sentimientos. Estas son algunas de las características que hacen a una persona y le dan la personalidad.

Los que me escuchan predicar no están mirando a Benny Hinn. Ellos sólo ven mi cuerpo. Yo vivo dentro de mi cuerpo físico. Es la persona de *adentro* lo que es importante.

El Espíritu Santo es una persona. Igual que tú, El puede sentir, percibir, y responder. El se duele. El tiene la habilidad de amar y la habilidad de odiar. El habla, y tiene Su propia voluntad.

Pero exactamente, ¿quién es El? *El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios el padre y el Espíritu de Dios el Hijo.* El es el poder de la Deidad —el poder de la Trinidad.

¿Cuál es su obra? La obra del Espíritu es traer el mandamiento del Padre y la ejecución del Hijo.

Para entender la obra del Espíritu Santo necesitamos entender la obra del Padre y del Hijo. *Dios el Padre es el que da el mandamiento.* El es el que siempre ha dicho: “Sea hecho”. Desde el principio, ha sido Dios, quien da las órdenes.

Por otro lado, es Dios el Hijo *que ejecuta el mandamiento del Padre.* Cuando Dios el Padre dijo: “Sea la luz”, Dios el Hijo vino y lo hizo, Dios el Espíritu Santo *trajo* la luz.

Permíteme ilustrarlo en esta forma. Si yo te pido: “Por favor, enciende la luz”, tres fuerzas estarían envueltas. Primero, yo sería el que daría la orden. Segundo, tú serías el que iría al interruptor y lo enciendes. En otras palabras, tú eres el ejecutor de la orden. Pero finalmente, ¿quién trae la luz? No soy yo, ni tú. Es el poder —la electricidad— lo que produce la luz.

El Espíritu Santo es el poder de Dios. El es el poder del Padre y del Hijo. El es quien ejecuta la obra del Hijo. Sin embargo es una persona. El tiene emociones, que se expresan en una forma única entre la Trinidad.

Se me ha preguntado: “Benny, ¿no estás olvidando la importancia de Cristo en todo esto?” ¡Nunca! ¿Cómo podré olvidar al que me amó y murió por mí? Pero hay tanta gente enfocando al Hijo que se olvidan del Padre —el que los amó y envió a Su Hijo. Yo no puedo olvidarme del Padre ni del Hijo. Pero *no puedo comunicarme con el Padre o con el Hijo sin el Espíritu Santo* (Vea Efesios 2:18).

COMUNION

Durante uno de mis primeros encuentros con el Espíritu Santo tuve una experiencia que me hizo llorar. Tan simple como que estoy hablando contigo, le pregunté: “¿Qué se supone que yo haga contigo? ¿Me puedes decir, por favor, a qué te pareces?” Honestamente, yo era como un niño tratando de aprender; y sentí que El no se enfadaría con mis preguntas sinceras.

La reunión de comunión

Aquí está la respuesta que el Espíritu Santo me dio: “Yo soy el que tengo comunión contigo”. Y con la velocidad de

un chazquido de dedos, el versículo vino delante de mí: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Corintios 13:14).

Yo pensé: “¡Eso es! El Espíritu Santo es el que se comunica, que tiene comunión conmigo. Entonces yo pregunté, “¿Cómo puedo tener comunión contigo, pero no con el Hijo?” Y El respondió: “Así es exactamente como debe ser. Yo estoy aquí para ayudarte en tus oraciones al Padre. Y estoy aquí para ayudarte a orar al Hijo”.

Inmediatamente, todo mi concepto de la oración cambió. Fue como si me hubieran dado una llave de oro que abría las puertas del cielo. Desde aquel momento, tuve un amigo personal que me ayuda a hablar con el Padre en el nombre de Jesús. Literalmente, El me llevó a arrodillarme y fue fácil comunicarme con el Padre.

¡Qué comunión! Eso es lo que el Espíritu Santo espera — su *comunión*!

¡Permíteme explicarlo! No hay súplicas ni peticiones en la comunión como las hay en oración. Si yo pregunto: “¿Por favor, me puedes traer algún alimento?” Eso es una petición. Pero la comunión es mucho más personal: “¿Cómo estás hoy? ¡Vamos a desayunar juntos!” Eso es comunión.

Recuerda, no hay peticiones egoístas en la comunión — sólo amistad, amor, y comunión. Así fue conmigo. Yo comencé a esperar por el Espíritu Santo antes de orar. Yo decía: “Precioso Espíritu Santo, vendrías ahora, a ayudarme a orar?”

La Biblia dice: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:26-27).

Cuando no sabemos qué decir, El viene en nuestra ayuda.

Y aquí está el próximo principio que aprendí. *El Espíritu Santo es el único maestro de la Biblia.* “Y nosotros

no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Corintios 2:12-13).

ACOMPAÑADO POR EL ESPIRITU

De mi primer encuentro con el Espíritu Santo, comencé a conocer que El era el gran maestro —el que me guiaría a “toda verdad”. Es por eso que le pregunté: “¿Por favor, me puedes decir qué significa esta Escritura?”

Pero todavía yo deseaba aprender: “¿Quién eres Tú? ¿Y por qué eres tan diferente?” Yo decía: “Me gustaría saber a qué te pareces”.

Gentil, sin embargo poderoso

Aquí está lo que vi. Lo que El me reveló fue que El es una persona poderosa y como un niño al mismo tiempo. Me dijo: “Cuando hieres a un niño éste se alejará de ti; cuando amas a un niño, se sentirá bien cerca de ti”. Y así fue como comencé a acercarme a El. Yo sentí que El era bondadoso, y sin embargo poderoso también. Como un niño, El siempre desea estar muy cerca de aquellos que lo aman.

¿Has visto a un niño, o una niña, asido de la falda de su mamá o los pantalones de su papá? Dondequiera que van los padres, el niño se agarra de ellos y los sigue. Es una señal segura de que los niños son amados y cuidados. Así es con El Espíritu Santo. El está cerca de aquellos que lo aman.

¿Cómo fue posible que el gran evangelista Charles Finney pudiera predicar el evangelio y la gente “caer bajo el poder”, confesando sus pecados? ¿Cuál fue el poder que cayó cuando Juan Wesley se paró en las sepulturas y abrió su boca para predicar? Fue la persona del Espíritu Santo que *acompañó* su ministerio.

En la ciudad de Nueva York, Kathryn Kuhlman acababa de predicar en una convención de Los Hombres de Negocio del Evangelio Completo. La llevaron por la cocina a un ascensor para evadir la multitud. Los cocineros en sus gorros y delantales blancos, no tenían idea de que se estaba llevando a cabo una reunión y nunca habían oído de la señorita Kuhlman. Ellos ni aun sabían que ella estaba pasando por allí, y lo próximo que pasó fue que cayeron al piso. ¿Por qué? Kathryn no oró por ellos; sólo caminó por allí. ¿Qué pasó? Cuando ella salió de la reunión parecía como si el poder de la presencia del Espíritu la acompañaba.

¿Quién es el Espíritu Santo? Es el poder del Señor.

Ese poder llegó a ser más evidente para mí cuando comencé a orar en mi cuarto —solo. Día tras día, hora tras hora, levantaba mis manos y decía: “Precioso Espíritu Santo, vendrías ahora mismo a hablar conmigo?” ¿A quién otro me volvería yo? Mi familia estaba contra mí. Mis amigos eran pocos. Sólo El. Sólo el Espíritu Santo.

Hubo ocasiones cuando El vino como un viento. Como una brisa fresca en un día de verano. El gozo del Señor me llenaba hasta que ya no podía contenerlo. Mientras hablábamos yo decía: “Espíritu Santo, te amo y anhelo Tu comunión”. Y encontré que ésta era mutua. El anhelaba mi comunión, también.

¡La comida puede esperar!

Una vez en Inglaterra, me estaba quedando en el hogar de una familia cristiana. Mi cuarto estaba en la parte superior de la casa. Una noche yo estaba absorto en el Espíritu, teniendo el mejor tiempo en el mundo en conversación con El. La mujer de la casa llamó: “Benny, la comida está lista”.

Pero yo estaba rebosando, y no quería dejar aquello. Ella volvió a llamar: “La comida está lista”. Y mientras estaba a punto de salir, sentí que alguien me tomó de la mano y dijo: “Cinco minutos. Sólo cinco minutos más”. El Espíritu Santo anhelaba mi comunión.

Tú preguntas: “¿De qué hablaban ustedes?” Yo le hacía preguntas.

Por ejemplo, un día le pregunté: “¿Cómo Tú puedes ser distinto del Padre y del Hijo?” E inmediatamente El me mostró a Esteban cuando era apedreado y me dijo: “Esteban vio al Padre y al Hijo y yo estaba en él”. Tres individuos distintos.

El Espíritu Santo fue quien le dio a Esteban el poder para soportar el sufrimiento; Jesús era el que esperaba la llegada de Esteban y el Padre era el que estaba sentado en el trono. Puedes leer esto en Hechos 7:54-56.

Y el Espíritu Santo me mostró más.

El fue quien le dio a Moisés el poder para libertar a los hijos de Israel.

El era el poder en la vida de Josué.

El era la fuerza detrás del viento que dividió el Mar Rojo.

El era la fuerza poderosa que derrumbó las murallas de Jericó.

El era la energía detrás de la piedra con que David hizo caer a Goliat.

El Espíritu Santo. El era la fuerza en la vida de Samuel, en Elías —y en Cristo el Señor.

Jesús era un hombre total, sin embargo la Escritura es clara que El no se movía sin el Espíritu Santo. El no predicaría sin el Espíritu Santo. El no ponía sus manos sobre los enfermos sin el Espíritu Santo. “El Espíritu del Señor está sobre mí”, dijo El, al comenzar Su ministerio, “Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres...” (Lucas 4:18).

¿Qué pasó cuando Jesús regresó al Padre? De repente los discípulos tenían tal comunión con el Espíritu, que su vocabulario completo cambió. Ellos comenzaron a decir que “el Espíritu y nosotros” eran testigos de Su resurrección. El vino a ser parte de cada acción de sus vidas. Ellos estaban en comunión total —trabajando juntos para el Hijo.

¿Qué había en la vida del apóstol Pablo que le dio poder para soportar el sufrimiento? ¿Y qué había en la vida de Pedro que aun su sombra sanaba a los enfermos? Era el toque del Espíritu.

David Wilkerson relata que fue a ver a una mujer de

Dios llamada la Madre Basilea Schlink. El dijo que al momento de entrar en la sala, él pudo sentir la presencia del Señor. ¿Por qué? Porque ella amaba al Espíritu Santo. Y los que lo aman conocen Su presencia.

¿Reconoces tú esa voz?

Cuando Jesús estaba en la tierra y los discípulos tenían un problema, ¿a quién se volvían? Ellos iban al Hijo y preguntaban: “¿Qué haremos?” Y El los instruía. Pero cuando Cristo regresó al Padre, no los dejó solos. Jesús les dijo: “El Espíritu Santo os guiará. El os consolará. El os aconsejará y os recordará las cosas que yo os he dicho. El os hablará de mí”.

Pedro y Juan ahora decían: “Maravilloso Espíritu Santo”. Pablo habló de Su “comunióón”.

Después que Pedro tuvo su visión en la casa de Simón el curtidor en Jope,... “le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado” (Hechos 10:19-20).

Pedro reconocía la voz del Espíritu Santo. Y ese fue el principio de la predicación del evangelio a los gentiles.

¿Cómo se convirtió el eunuco etíope? “Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro” (Hechos 8:29). *Felipe reconoció la voz del Espíritu*. No fue Dios el Padre que le habló —tampoco Dios el Hijo. Fue Dios el Espíritu Santo. El es una persona con voluntad, y en ese momento estaba haciendo la obra del Padre. Yo creo que el pecado más grande en contra del Espíritu Santo es contristarle, lo cual incluye negar Su poder y presencia. En ningún lugar en la Escritura puedes hallar las palabras, “No contristéis a Dios el Padre”, o “No contristéis a Dios el Hijo”. Pero a través de la Biblia tú encuentras, “No contristéis al Espíritu”.

Dios le dijo a los hijos de Israel en el desierto: “vosotros hicisteis enojar *mi Espíritu*”. El no dijo: “Vosotros me habéis contristado”. Dios el Hijo miró a los fariseos y dijo: “A todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado” (Lucas 12:10).

La persona del Espíritu Santo es distinta en la Deidad. El es tierno. Es sensible, Pero porque Jesús nos lo dio a ti y a mí, El no nos va a dejar.

El Espíritu Santo es un caballero. El no entra en tu cuarto hasta que lo invites. El no se sienta mientras no se lo pidas. Y El no te habla hasta que tú le hables a El.

¿Por cuánto tiempo esperará? Hasta que tú le hables a El. Pueden ser meses —aun años. El sólo esperará y esperará. Mi amigo, tú nunca conocerás Su poder; nunca conocerás Su presencia hasta que vayas y te sientes a Su lado y digas: “Maravilloso Espíritu Santo, dime todo acerca de Jesús”.

Yo apenas podía sostener el teléfono

Después de terminar una plática radial en Florida, la mujer que me entrevistó me dijo: “Benny, yo he sido cristiana por mucho tiempo, pero falta algo en mi vida”.

“¿De qué tiene usted hambre?” —le pregunté.

Ella dijo: “Yo necesito la realidad de Dios en mi vida”.

Yo le pregunté si ella conocía a Dios el Espíritu Santo. “Yo conozco a Jesús” —dijo ella.

“El Espíritu Santo es una persona” —le dije. “¿Cómo me sentiría yo si usted estuviera aquí sentada y no me hiciera caso? Cuando nos conocimos, yo esperaba que usted hablara conmigo. Y así es con el Espíritu Santo”.

“Nunca había pensado de eso en esa manera” —dijo ella.

“Cuando esté sola esta noche, hable con El” —le dije. “Es tan simple como eso”. Yo sabía que ella encontraría la realidad que estaba buscando.

“¿Qué acerca de Jesús?” —preguntó ella.

Yo le dije, “Sólo siéntese y espere por El; El es quien glorifica a Jesús. No, usted no se está olvidando de Jesús. Después de todo, fue Cristo quien le dió el Espíritu Santo. Sólo haga lo que Jesús dijo”.

Al día siguiente recibí una llamada telefónica de la animadora de plática radial más emocionada que te puedas imaginar. “¿Sabe lo que me pasó anoche?” —preguntó

ella, hablando tan rápido que tuve que detenerla. “Benny, el Espíritu Santo, me habló”.

Lo que me dijo me estremeció todo. Apenas podía sostener el teléfono. Ella comenzó a llorar al decirme lo que el Espíritu le había dicho: “Yo he buscado en todo el mundo y no hay nadie como Jesús”. Y ella me dijo las palabras que había oído: “Ven, Señor Jesús. Ven, Señor Jesús”.

Inmediatamente me recordé de las palabras, El Espíritu y la esposa dicen: Ven” (Apocalipsis 22:17).

Aquí está una de las lecciones más importantes que yo haya aprendido. *Una persona que conoce la presencia del Espíritu Santo siempre glorificará y magnificará a Jesús.*

Cuando tú conoces el Espíritu en verdad, glorificarás a Jesucristo el Hijo de Dios, porque el Espíritu Santo dentro de ti glorifica a Dios el Hijo. Es automático. Sólo Jesús es glorificado en una vida llena del Espíritu.

Cada acción de tu vida refleja de qué llenas tu vida. Si tú llenas tu vida de periódicos, hablarás noticias. Si de novelas, hablarás de novelas. Pero si estás lleno del Espíritu y Su presencia te absorbe, buscarás a Jesús y no glorificarás a ningún otro sino a Jesús.

Si Dios el Padre y Dios el Hijo demostraron su amor por el Espíritu Santo, ¿cómo nosotros podemos hacer menos?

Dios lo amó tanto que castigó a los hijos de Israel por su desobediencia; “por lo cual se les volvió enemigo” (Isaías 63:10). Dios no permitía que un sacrificio, o aun las oraciones de Moisés pudieran obtener perdón para el pecado contra el Espíritu Santo.

El alto costo de mentir

La experiencia de Ananías y Safira está clara en lo que les pasa a los que desprecian al Espíritu. La pareja vendió una propiedad y sólo dio una pequeña porción de lo que pertenecía a Dios. Pedro dijo: “Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?” (Hechos 5:3). Ananías murió al instante. A las pocas horas

su esposa vino y Pedro le preguntó: “Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad?”

Y ella dijo: “Sí, en tanto”.

Y Pedro le dijo: “¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti. Al instante ella cayó a los pies de él, y expiró” (Hechos 5:7-10).

Pecar contra el Espíritu es peligroso. Si tú no entiendes la obra del Espíritu, no hables de ella; es mejor quedar callado. En mis propios servicios yo oro que todo lo que yo haga sea en Su perfecta voluntad. El Espíritu Santo es el que me llamó, y El es el que controla mis reuniones. En otras palabras, El es el principal del servicio.

Tú necesitas pedirle que se haga cargo de tu vida también.

¿Por qué? Porque El es el que ha sido enviado para estar contigo —y en ti— para siempre. Puedes conocerlo y tener comunión con El. Y mientras más comunión tengas con El, más grande viene a ser Jesús para ti; y más amoroso también. Cristo dijo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26).

Así que si deseo saber acerca de Jesús, tengo que ir al Espíritu Santo. Jesús lo dijo. Y El sabía lo que estaba diciendo.

En el Antiguo Testamento, Moisés podía ir al Padre. En el Nuevo Testamento, los discípulos podían hablar con el Hijo. Pero cuando tú y yo tenemos una necesidad, ¿a dónde debemos volvernos? Al Espíritu Santo. El es una persona, y El está esperando ahora mismo que tú lo recibas en tu vida.

Buscando Su presencia tú descubrirás el secreto de los grandes hombres y mujeres de Dios. David dijo: “No me eches de delante de ti, y no quites de mi tu santo Espíritu” (Salmo 51:11). El sabía muy bien lo que había pasado cuando el Espíritu dejó a Saúl.

Pablo nos dijo que anduviéramos en el Espíritu, viviéramos en el Espíritu, oráramos en el Espíritu. Pedro y Felipe hablaron con El; y también Cristo.

Es tiempo de comenzar

Tú preguntas, "¿Cómo comienzo?" Realmente es muy simple. Puedes comenzar diciendo: "Espíritu Santo, ayúdame a orar ahora". Eso es exactamente lo que El desea que hagas. La Biblia dice que El ora por ti "con gemidos indecibles". Y cuando tú empiezas, sentirás que tu carga es quitada. Tendrás un compañero de oración que te guiará directo al trono de Dios.

El Espíritu Santo es una persona muy amable. El desea ser tu amigo más querido, y El está esperando para llevarte más cerca de Jesús. Cristo dijo: "Porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré" (Juan 16:7). Luego El dijo del Espíritu: "El os guiará a toda la verdad y me glorificará; porque tomará de lo mío; y os lo hará saber" (Juan 16:13-14). Y no sólo eso —El te preparará para la venida del Señor, para que estés listo cuando suceda.

El Espíritu Santo está esperando. El desea que comiences una nueva relación —de persona a persona.



"¿Qué voz escuchas tú?"

"Benny, quiero que dejes de hablar de Jesús en esta casa. ¿Entiendes?" Nunca puedo olvidar la voz airada de mi padre, que estaba furioso por mi conversión. Después de mi encuentro con el Espíritu Santo, su ira fue aun peor.

Pero yo comencé a oír otra voz. Era el sonido del Espíritu, y El me dio un amor por mi padre, que sobrepasaba todo lo que yo había conocido cuando niño o adolescente. No importaba lo que mi padre dijera, yo podía mirarlo con perfecta paz. Y parecía que mientras más airado se ponía, más amor el Espíritu me daba.

Tres cosas ocurrieron cuando el Espíritu Santo entró en mi vida.

Primero, la Palabra del Dios viviente vino a ser vida absoluta para mí. Ya no leía más un poquito de Mateo y un poquito de los Salmos. Abría la Biblia y sentía como si yo estuviera dentro de ella —viéndola "vivir y en colores vivos". La voz del Espíritu Santo me llevó a una gran aventura por las Escrituras.

Segundo, mi vida de oración cambió completamente. Las horas de orar, bostezar, y repetir habían terminado. El Espíritu Santo y yo estábamos conversando. El hacía a Dios real. El me dio poder y denuedo que me hizo sentir de diez pies de alto.

Y tercero, El transformó mi vida cristiana diaria. En realidad comenzaba a cantar y no sabía por qué, hasta que leí las palabras: “Antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones” (Efesios 5:18-19).

Lo que comenzó a pasarme no era natural —era *sobrenatural*. El Espíritu había tomado control. El comenzó a bautizarme con amor por la gente —y especialmente por mi propio padre. Fue exactamente como lo declara la Palabra: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

Yo llegué a ser una persona tan cambiada que mis instintos y reacciones naturales fueron reemplazados por la guía del Espíritu. Yo aprendí lo que quería decir “crucificar la carne”. Y me di cuenta de que yo no podía hacerlo por mí mismo. “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:13-14).

SU VOZ

¿Cómo eres guiado por el Espíritu? *Tú te familiarizas con Su voz*. La reconoces. Respondes a ella. Y mientras más comunión tienes con El, más profunda llega a ser la relación.

En el principio

Desde el principio del tiempo, Dios hizo clara la persona y el poder del Espíritu Santo. En realidad, el Espíritu Santo es la manifestación de la Deidad en la Escritura. “Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2).

Cuando Dios creó a Adán del polvo de la tierra, El comenzó dándole forma al barro. Aquel barro estaba

absolutamente muerto hasta que vino el aliento de vida. La Biblia dice que Dios “sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7).

El aliento de Dios es el Espíritu Santo. Job lo describe así: “El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4).

Al momento de Dios soplar en Adán, éste vivió. Cuando Adán abrió sus ojos, el primer contacto que tuvo fue con el Espíritu Santo. Porque El era el soplo que fluía del cuerpo de Adán y permaneció sobre él. Adán se incorporó completamente lleno de la presencia de Dios.

La Escritura me dice que Dios el Espíritu Santo era el poder de la creación. “Su Espíritu adornó los cielos” (Job 26:13).

Lo que es más emocionante, sin embargo, es que Dios desea tomar ese mismo Espíritu y dártelo a ti. En realidad, El desea “derramarlo” en ti:

Hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia
(Isaías 32:15-16).

¡Que promesa tan maravillosa! Dios desea derramar Su Espíritu sobre ti. El desea soplar Su Espíritu en ti. ¡El desea que tú, al igual que Adán, vivas!

El darme cuenta de que el aliento de Dios es el Espíritu de Dios fue para mí descubrir un tesoro enterrado. ¿Has oído alguna vez la voz del Todopoderoso hablándote? Mucha gente la ha oído. Pero, exactamente, ¿quien estaba hablando? ¿La voz de quién escuchaste?

Yo creo que escuchaste al Espíritu Santo. El es el que comunica la voz de Dios. La descripción de Dios el Padre está en Job:

Oíd atentamente el estrépito de su voz, y el sonido que sale de su boca. Después de ella brama el sonido, trueno él con voz majestuosa; y aunque sea oída su voz, no los detiene. Trueno Dios maravillosamente con su voz; el

hace grandes cosas, que nosotros no entendemos (Job 37:2, 4-5).

El poder de la voz de Dios era más de lo que el pueblo de Israel podía entender.

Una voz desde el cielo

¿Cómo habló Dios a Moisés? A través de un ángel. En el Nuevo Testamento, fueron sólo tres ocasiones en que Dios habló en realidad. Primero, El le habló a Jesús: “Y hubo una voz del cielo, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17).

Luego Jesús mismo le pidió al Padre que “glorificara Su nombre”. Y aquí está lo que pasó: “Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (Juan. 12:28). La multitud que lo oyó decía que había sido “un trueno” (v. 29).

La única otra vez que Dios habló directamente fue cuando las nubes rodearon a los discípulos en el Monte de la Transfiguración y El dijo: “Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oí” (Mateo 17:5). De nuevo, la voz de Dios produjo un resultado asombroso. “Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo” (v.v. 6-8).

Tú dices: “Benny, yo pensaba que Dios hablaba a través de toda la Palabra”. Exactamente. Pero el que estaba hablando era el Espíritu Santo.

Permíteme darte un ejemplo. La voz que fue oída por los profetas fue la del Espíritu —no la voz del Hijo o del Padre.

Isaías habla acerca de oír la voz del Señor diciendo:

Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad (Isaías 6:9-10).

Pero, ¿quién estaba realmente hablando? ¿Era en realidad la voz del Señor? O era la voz de Jehová en la tierra —el Espíritu Santo? Para saber esto, miremos a esa misma Escritura como fue repetida en el libro de los Hechos.

Pablo, en Roma, bajo la supervisión de un guardia predicó que:

Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo y diles: De oído oiréis, y no entenderéis; Y viendo veréis, y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyeron pesadamente, y sus ojos han cerrado, para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane (Hechos 28:25-27).

¿Quién realmente habló estas palabras? Lo que Isaías le atribuyó al Señor, Pablo clarificó como hablado por el Espíritu Santo.

Recuerda que el Nuevo Testamento explica el Antiguo. Aquí hay otro ejemplo. En Jeremías leemos: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:33).

El profeta escribe, “dice Jehova”, pero para entender la verdadera fuente de la Escritura, necesitas leer en el libro de Hebreos: “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré” (Hebreos 10:15-16).

¿Quién lo dijo? *El Espíritu Santo*. El lo había dicho antes (v. 15).

¿Quién es “Jehová?”

Un cambio profundo tomo lugar en mi vida espiritual cuando me di cuenta de que el Espíritu Santo era Dios. Millones de personas —y yo estaba entre ellas— de alguna

manera crecen creyendo que El es menos que igual a las otras personas de la Trinidad. De alguna manera estamos indoctrinados que porque El es tercero El realmente no es Dios.

Tú tienes que llegar a esta verdad: *El Espíritu Santo es Dios*. El no es menos Dios que Jesús. El no es menos Dios que el Padre. El es tan Dios como el Padre y el Hijo.

Jehová es el nombre del ser trino —no sólo el de uno de ellos. El Padre es llamado Jehová. El Hijo es llamado Jehová. El Espíritu Santo es llamado Jehová.

Cuando Dios el Padre habla, habla por medio de la voz del Espíritu Santo. Cuando Jesús envió los Once, les dijo: “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mateo 10:19-20).

Una y otra vez en Apocalipsis se nos exhorta: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice...” (Apocalipsis 2:7, 11, 17).

Aun Cristo mismo no habla sin el Espíritu Santo. En Hechos leemos que El fue llevado al cielo, “después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido” (Hechos 1:2). Y en Hebreos encontramos que Cristo se ofreció a sí mismo a Dios “mediante el Espíritu” (Hebreos 9:14).

¿Se está aclarando? *El Espíritu Santo es el que comunica el cielo en tu corazón*. El es la voz de Dios para ti. Tú dices: “Bueno, yo sé que era Dios hablándome”. Por supuesto era Dios. Era Dios el Espíritu Santo. Diciéndolo en otra forma, es el Padre, mediante el Hijo, hablando por el Espíritu.

De lo que ya has aprendido, te puedes imaginar qué pasaría si Dios el Padre te hablara audiblemente. Tú no podrías soportarlo. Yo dudo que tú estés aun preparado para oír la voz de Jesús, descrita como “el sonido de muchas aguas” (Apocalipsis 1:15). Cuando Juan lo oyó, cayó a Sus pies, “como muerto” (v. 17).

El Espíritu Santo, sin embargo toma la voz del Padre y la del Hijo y las hace suaves, amables, y perfectamente claras.

En el momento que me di cuenta de que el Espíritu Santo era Dios —y comencé a adorarlo y tratarlo como Dios— mi vida comenzó a cambiar. Ya no vi más al Espíritu Santo como menor, más débil, un ser nebuloso parado en un rincón. Ahora no solamente Dios y el Padre y Dios el Hijo reciben mi adoración. Ahora yo adoro un Dios en tres personas.

Permíteme decirlo otra vez. *El Espíritu Santo es Dios*—igual en majestad, poder, gloria, y eternidad. El es Dios.

¿Qué dijo Jesús acerca del Espíritu? Dijo que cuando El viniera, “No hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere” (Juan 16:13). ¿Qué oye El? El precioso Espíritu Santo oye al Padre hablar directamente a ti. Pero cuando El habla, no dice: “El Padre dice”. El dice: “Yo digo”. ¿Por qué? Porque el Padre, el hijo y el Espíritu Santo siempre actúan en armonía.

Como el sol en el cielo

Es muy fácil limitar la Deidad o dividir la Deidad fuera de la Escritura. Los cristianos nuevos a menudo preguntan: “Cómo puede Dios ser uno y tres al mismo tiempo?” Dios es uno. Pero Dios es tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y como este libro es sobre el Espíritu Santo, yo los distingo a propósito para mostrar el ser trino.

Dios es como el sol en el cielo. Si tú miras su brillo ves un sol. En realidad, sin embargo, es un sol trino que mantiene vivo nuestro planeta. Hay tres elementos distintos: el sol, la luz, y el calor.

Y así es con la Trinidad. El Padre es como el sol completo, Jesús es la luz, y el Espíritu Santo es el calor que tú sientes. Cuando estás en la presencia del Padre, ¿qué sientes? El calor, la energía, y el poder del Espíritu Santo. Si miras el rostro del Padre, ¿a quién ves? “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”, Jesús le dijo a Felipe. (Juan 14:9).

Yo me emociono al pensar en el tiempo cuando entre al cielo. La Deidad estará allí. Cuando me pare frente a Dios mismo veré a los tres —Al Espíritu, al Hijo y al Padre.

¿A qué se parece Dios? No hay un lugar en la Palabra de Dios donde se describa al Padre en detalle. “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hechos 7:55).

Esteban vió a Jesús claramente, pero cuando vio al Padre sólo pudo ver la “gloria” que lo rodeaba. Sí, Dios el Padre tiene una forma pero ningún hombre sabe su parecer (Filipenses 2:6), pero el Hijo vino a revelarlo.

Si miras de cerca lo que Cristo dijo, entenderás cómo el Espíritu abarca la Deidad. Jesús dijo, “Nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Y la Escritura enseña que somos atraídos a Cristo por el Espíritu. En otras palabras, *tú necesitas tener al Espíritu si deseas la Deidad*. Cuando tú abrazas al Espíritu Santo, estás abarcando también al Padre y al Hijo.

Nunca olvidaré el día que el Espíritu Santo me reveló que Su Señorío es igual al de Jesús. Me mostró en la Escritura que El es llamado *Señor*.

Pablo, escribiendo a la iglesia en Corinto, dice: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Correcto. Todos confesamos que Jesús es Señor —pero lo mismo es el Espíritu Santo. ¡*El es el Espíritu de Jesús!*

El Espíritu Santo es omnipresente, pero desafortunadamente la libertad no se encuentra en ningún otro lugar. Algunas iglesias parecen más una prisión hostil que una casa de alabanza. ¿Por qué? Porque el Espíritu no es Señor en esa congregación.

Nunca olvides: ¡*El Señor es el Espíritu!* En el próximo versículo Pablo escribe: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (v. 18).

¿Como tú lo sabes?

Lo próximo, que necesitas entender es que la Trinidad es la gloria de Dios; Dios el Padre es la gloria de Dios; Dios el Hijo es la gloria de Dios; y Dios el Espíritu Santo es la

gloria de Dios. ¿Pero quién manifiesta esa gloria? Es el Espíritu Santo. Esa es parte de Su obra.

Déjame hacer otra pregunta. ¿Sabes tú que has sido salvado de tu pecado? Bueno, ¿cómo lo sabes? ¿Oíste una voz celestial? ¿Apareció Jesús en un cuerpo físico y te dijo: “Tú estás salvo?”

¿Cómo sabes tú que has pasado de muerte espiritual a la vida? Lo sabes porque el Espíritu te lo dijo. Tú lo sabes tan bien que morirías por eso. ¿Por qué? Porque cuando el Espíritu Santo habla, El habla directo a tu ser —dentro de tu misma sangre y tuétanos.

Exactamente de la misma manera, nosotros sabemos que Jesús está vivo. No porque hemos visto Su rostro, pero sabemos que El está vivo por Su Espíritu. Y ese mismo Espíritu es la tercera persona de la Trinidad.

Alguien recientemente me preguntó, “Benny: ¿Cómo tú sabes que eres salvo?” Todo lo que pude decir fue: “Yo sé que yo sé, que yo sé, que yo sé, que yo sé”. Esa es la fortaleza, la seguridad, que el Espíritu Santo me ha dado.

El Espíritu no es sólo la voz que tú oyes; El es también el poder fuerte que sientes. El profeta Miqueas dijo: “Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová, y de juicio y de fuerza” (Miqueas 3:8). *El Espíritu Santo es el poder de la Deidad*. Aun el ángel se lo dijo a María cuando estaba a punto de concebir a Jesús. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lucas 1:35). El es ese poder preeminente.

El Espíritu Santo es también tu gran defensor. Por ejemplo: ¿Quién crees tú que te protege de los ataques de Satanás? Es el Espíritu Santo. “Porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él” (Isaías 59:19). Cuando lees ese versículo conocido, llegas a la conclusión que el enemigo viene como un río. Pero yo tengo noticias para ti: El río es el Espíritu Santo, no el diablo. Ves, en hebreo no hay comas. Pero los traductores han puesto una coma después de río, e hicieron al enemigo más poderoso de lo que es realmente. El hebreo dice que cuando el enemigo viene “como río el Espíritu viene contra él”.

“¡Sígueme!”

¿Quién te mantiene salvo? El Espíritu Santo. Esa es la tarea que Cristo le asignó. A menudo lo llamamos Jesús, pero en realidad es el Espíritu de Jesús. De nuevo, sólo los separamos para discusión para que podamos entenderlos mejor porque ellos en realidad son un Ser. Porque *donde está el Espíritu Santo, está Jesús —y el Padre*. Cuando el Espíritu Santo te habla, los tres están hablando, pero es al Espíritu Santo al único que oyes. El Espíritu Santo es el que tú sientes. El Espíritu Santo es el que te guía en la voluntad del Padre.

Cuando por primera vez oí las palabras de Jesús, “Sígueme”, me preguntaba cómo eso sería posible. ¿Se esperaba de sus seguidores que resucitaran con El en la Ascensión? Por supuesto que no. Cuando Cristo regresó al Padre El envió el Espíritu Santo, diciendo: “El os guiará” (Juan 16:13). Jesús estaba diciendo: “Dejen de seguirme a mí. Yo me voy, pero les estoy enviando el Espíritu Santo. Ustedes tienen que seguirlo a El ahora”. Así que ¿por qué decimos: “Yo sigo a Jesús!” cuando la única guía que tenemos es el Espíritu Santo?

SIGUIENDO SU VOZ

Desde el momento de mi primer encuentro con el Espíritu, sabía que tenía que seguir Su voz. Sólo había dos opciones. O seguía el sonido de un mundo carnal, o lo seguía a El. “Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5).

Es tan básico como la vida misma. Si deseas la carne, seguirás a la carne; pero si tu corazón anhela el Espíritu, serás atraído hacia El como por un imán. Comienza con deseo. Para mí, yo tenía una gran pregunta, “¿Cómo puedo conocerte en verdad?” Esa pregunta era el clamor de mi corazón. Mi gran hambre era conocer al Espíritu Santo personalmente. No fui decepcionado.

Pablo dice: “Andad en el Espíritu, y no satisfacéis los

deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gálatas 5:16-18).

Una cosa sorprendente le pasó al apóstol Pablo y a sus compañeros durante sus viajes misioneros. Ellos fueron a Frigia y a Galacia, “y les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia. Y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió” (Hechos 16:6-7). Así es. Ellos estaban tan a tono con la voz del Espíritu que probablemente dijeron: “Bueno, si El no va, nosotros tampoco iremos”.

Pero quizás las palabras más reveladoras del relato son aquellas que dicen que les fue prohibido “por el Espíritu Santo”. Cuando Cristo regresó al Padre, El Espíritu Santo comenzó a hacer la obra de Cristo en la tierra.

¿Has comenzado a reconocer Su voz? Pablo lo hizo. Durante aquel mismo viaje el Espíritu, por medio de una visión le mostró al apóstol un hombre de un país lejano de pie delante de él rogándole: “Pasa a Macedonia y ayúdanos” (v. 9). Pablo salió enseguida.

Tu conciencia lo confirma

¿Cómo habla el Espíritu Santo? El da testimonio a tu conciencia. En la epístola de Pablo a la iglesia en Roma, él dice: “Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo” (Romanos 9:1).

Nunca debes dudar de la guía del Espíritu Santo. En tiempos cuando tu “hombre interior” esté turbado, no te muevas. Si tú intentas ser tu propio guía, ciertamente caerás. Escucha Su voz cuando El habla a tu alma.

Durante un programa de construcción de la iglesia se me preguntó, “¿Cómo sabes que estás haciendo lo correcto?” La respuesta fue la misma que cuando se me preguntó acerca de mi salvación. “Yo sé que, yo sé que, yo sé que, yo sé que”. El Señor, mediante el Espíritu Santo, me dijo que comenzara a edificar. Cada decisión en mi vida está basada en esa voz interior.

Los mundanos no tienen la más mínima noción de las cosas del Espíritu. Eso es porque están espiritualmente ciegos. Pero tú sí puedes tener conocimiento. ¿Por qué? Porque entiendes cómo el Espíritu opera y estás aprendiendo a reconocer Su voz.

Es de la misma manera que sabemos que el cielo es real aunque nunca hayamos entrado por las puertas de perlas. Ha sido hecho real para nosotros por el Espíritu. Leer sobre el cielo en la Palabra es maravilloso, pero si el Espíritu no da luz sobre ella no veremos la realidad. Incontables millones han leído la Biblia y todavía están sujetos a la condenación eterna. ¿Por qué? La Palabra no entró en sus corazones.

Aquí está la respuesta. El te ha dado el entendimiento de un nuevo pacto “no de la letra sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica” (2 Corintios 3:6).

Yo me asombro de que alguien pueda leer la Escritura y decir: “No. Yo no creo que El dice eso”. O: “El no hizo ese milagro”. O: “El no nació de la virgen María”. El problema es simple; ellos están pensando con una mente carnal.

Pero tú puedes discutir el mismo asunto con seguridad absoluta. No fue lo que leíste; sino lo que el Espíritu Santo te reveló al leer. ¡Y tú darías tu vida por eso!

Si verdaderamente deseas entender cómo el Espíritu Santo habla, lee y relee estas palabras profundas: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). ¿Cómo sabemos que es la verdad? *Su Espíritu da testimonio a nuestro espíritu*. Volvemos a lo mismo, *tú sabes que tú sabes*.

El Espíritu Santo es Dios el testigo. ¿Qué dijo Pedro cuando los apóstoles fueron llamados ante el Sanedrín? “Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:32). Es esa confirmación continua lo que te mantiene en el centro de la voluntad de Dios.

Si hubo un versículo en particular que el Espíritu Santo me reveló y que cambió mi vida, fue este: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del

Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Corintios 13:14).

El Espíritu trajo este versículo delante de mí una y otra vez. Y mientras más lo estudiaba, más emocionado me sentía. De repente, supe que el Espíritu Santo estaba para mí—ahora.

Aquí está lo que el Espíritu Santo me mostró: ¿Cuándo conocimos “la gracia del Señor Jesucristo”? Cuándo El murió por nosotros. ¿Cuándo conocimos “el amor de Dios?” Cuando vimos la cruz. Ambos se refieren al pasado. Pero después leemos: “La comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros”. Yo dije: “Eso es. ¡El Espíritu Santo está aquí para comunicarse conmigo y para estar conmigo, ahora!”

¿Qué comunión!

¿Qué quiere decir la Escritura cuando habla de “comunión”? Hay siete significados.

Primero, la palabra comunión quiere decir *presencia*. En anhelo de Dios el Padre en cuanto a ti es que la dulce presencia del Espíritu Santo esté contigo.

Segundo, quiere decir *compañerismo*. Tú no necesitas orar al Espíritu Santo; simplemente eres compañero de El. Y debes buscar esa comunión como buscarías agua en el desierto.

El tercer significado es, *compartir mutuamente*. Tú derramas tu corazón y El derrama el Suyo. Tú compartes tu gozo y El comparte el Suyo. “Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros” escribieron los apóstoles a los creyentes en Antioquía (Hechos 15:28). Ellos estaban compartiendo—aun escribiendo cartas—juntos.

Cuarto, comunión quiere decir —*participación mutua*. El Espíritu Santo viene a ser tu socio. La Escritura, está llena de frases como “obrando con ellos” y, “el Espíritu y nosotros”, que hacen claro que la obra del Espíritu es con la participación tuya.

Quinto, quiere decir *intimidación*. Tú nunca experimentarás una experiencia profunda de amor con Cristo hasta que la experimentes con el Espíritu Santo, que trae

esa intimidad. No hay otra forma. Dios ha “derramado” Su espíritu en nuestros corazones “por el Espíritu Santo que nos ha dado” (Romanos 5:5). Tú no puedes amar a Dios sin el Espíritu Santo.

Sexto, la palabra comunión quiere decir *amistad*. El Espíritu anhela ser tu amigo más íntimo, alguien con quien puedas compartir los secretos más profundos de tu corazón.

Y séptimo, comunión quiere decir *camaradería*. En griego la palabra significa comandante. El es como un capitán, un gobernador, o un jefe —pero uno que es amante, amistoso. Así como El instruyó a los apóstoles adónde debían y adónde no debían ir, tienes que permitirle a El gobernar tus asuntos personales. Recuerda, desde que Cristo se fue, El Espíritu Santo está “en control” en la tierra.

¿Estás escuchando su voz? ¿Estás listo para tener comunión con El?

Cuando yo comencé a tener comunión con el Espíritu Santo, hablaba con El día y noche. No pasaba un día sin que le dijera: “Espíritu Santo, precioso Espíritu Santo”. Y comenzábamos nuestro tiempo de oración y comunión.

Oh, el sonido de Su voz.



Espíritu, alma y cuerpo

Satanás, el gran engañador, ha hecho una labor increíble. El ha convencido al mundo —aun a ministros consagrados del evangelio— de que el Espíritu Santo no es nada más que una influencia o un poder especial. Este engaño es de primera importancia para Satanás, porque él sabe que cuando tú descubras la personalidad y realidad del Espíritu, tu vida será cambiada dramáticamente.

Sólo mira la historia. Cada gran avivamiento fue acompañado por una revelación del Espíritu Santo. Aun Martín Lutero le da crédito por la gran Reforma a la obra del Espíritu. El dijo que Gálatas era su libro de la Escritura favorito por el versículo que dice: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16).

Pero hoy poca gente sabe el significado de “andar” en el Espíritu. La raíz de la palabra significa al unísono, uno con, o conectado a —aun comunión con. Es sorprendente, pero personas que han sido criadas en una iglesia “llena del espíritu” me han preguntado: “¿Se supone que yo hable al Espíritu?”

Recientemente fui invitado a hablar en una iglesia histórica pentecostal grande, y la congregación se sorprendió cuando dije: “Ustedes son los que han redescubierto el

Espíritu Santo, pero lo han puesto en una jaula". Yo expliqué: "Ustedes pensaron que los católicos no podían tenerlo a El. Pensaron que los bautistas no podían tenerlo. Pero yo tengo noticias para ustedes. El ha saltado sobre las verjas de ustedes a San Miguel, a la Primera Bautista, Metodista Unida, y a todas las demás iglesias".

Millones de personas han sido tocadas por el Espíritu, pero su crecimiento espiritual ha sido impedido por el clero que, por algunas razones, escogió subordinar a la tercera persona de la Trinidad.

Desafortunadamente la Iglesia de Jesucristo ha ignorado lo que yo estoy compartiendo contigo. El hecho de que estás leyendo este libro, sin embargo, me dice que tú tienes hambre personal de conocer el Espíritu Santo. Tú puedes ser "lleno" del Espíritu y tener un encuentro innegable con El, pero un entendimiento profundo del Espíritu Santo no se consigue de la noche a la mañana. A mí me ha tomado años y años de Su guianza y revelación en la Escritura. Y todavía estoy aprendiendo cada día.

LA DEIDAD

Lo que estoy a punto de compartir contigo concierne a la Deidad me da un cuadro completamente nuevo del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Yo hallé que Dios es espíritu eterno sin forma material, pero El a menudo se revela a Sí mismo mediante forma humana y otras características humanas.

Dios el Padre

¿Qué acerca de las formas en que Dios frecuentemente aparecía al hombre? Cuando Ezequiel tuvo su visión de Dios en 593 A. C., lo describió sentado sobre una expansión que separaba a las criaturas de la gloria del Señor. El vio "la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él" (Ezequiel 1:26). ¿Cuál era la apariencia de Dios el Padre? Como la de un hombre.

Tú dices, "A mí me han enseñado que Dios es Espíritu". Sí, pero El es espíritu con forma misteriosa, no alguna nube que flota en el espacio. El apóstol Juan, en Apocalipsis lo describe como la brillantez reflejada de piedras preciosas. El dijo: "Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspé y de cornalina" (Apocalipsis 4:2-3).

Los profetas describen las características de Dios con gran detalle. Isaías dice: "Sus labios lleno de ira, y su lengua como fuego que consume. Su aliento, cual torrente que inunda" (Isaías 30:27-28).

Y Dios revela el hecho de que El puede ver. "Hicieron lo malo delante de mis ojos" (Isaías 66:4).

Para mi asombro, hallé que Dios se describe como teniendo la semejanza de dedos, manos y rostro. Después que el Señor habló a Moisés en el Monte Sinaí, El le dio las tablas de piedra, "escritas con el dedo de Dios" (Exodo 31:18). Entonces el Señor le dijo a Moisés: "No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá" (Exodo 33:20).

El aun le habló a Moisés de Su "espalda": "Y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después quitaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro" (v.v. 22-23).

Si Dios se revela a Sí mismo sólo como un espíritu invisible, ¿cómo fue posible que Adán y Eva oyeran Sus pisadas? "Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día" (Génesis 3:8).

Dios también tiene un corazón: "Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón".

Como un "fuego abrasador"

Ahora miremos al Hijo. Antes del Señor Jesús venir a la tierra, El, con Dios el Padre, tenía sólo una forma inmaterial. Su cuerpo terrenal de carne, sangre, y huesos lo

obtuvo cuando nació como un bebé en Belén. Y, como tú, El creció y llegó a ser un hombre.

Si yo preguntara: ¿Del Padre, Hijo, y Espíritu Santo, cuál es una persona en verdad? —la mayoría diría que el Hijo. Podemos identificarnos con Cristo, porque El tomó la forma de un ser humano. De hecho, si no crees que Cristo vivió, murió, y resucitó de los muertos, es imposible para ti ser un cristiano. Eso es el fundamento que hace posible tu salvación.

La Biblia es clara cuando dice que Jesús —parte de la Deidad— tiene un alma. En Getsemaní, antes de la crucifixión, El dijo a Sus discípulos: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Marcos 14:34).

Tenemos una descripción física de Cristo que nos da la imagen de El. Sabemos, por ejemplo, que El tenía barba y posiblemente el pelo como era la costumbre entre los judíos de esa época. En la profecía del Antiguo Testamento concerniente a los sufrimientos del Mesías, el Señor dice: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba” (Isaías 50:6).

Hoy, Cristo en Su cuerpo resucitado se sienta a la derecha del Padre. ¿Y a qué se parece El? Juan, en Apocalipsis, vio una visión de El: “Uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con una cinta de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego... y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Apocalipsis 1:13-14, 16). “Tenía en la cabeza “una corona de oro” (Apocalipsis 14:14). “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apocalipsis 19:16).

No es Dios el Padre de quien Juan está hablando. Es el “Hijo del Hombre”. Y Su cuerpo humano glorificado es diferente de la forma divina de Dios el Padre.

Una mente propia

¿Pero qué acerca del Espíritu Santo? ¿Tiene El una mente, una voluntad, y emociones? Ciertamente. Es un tema que

la mayoría de los ministros tienen miedo, pero yo he experimentado la persona del Espíritu Santo.

Indiscutiblemente, todos estamos de acuerdo en que El es un “Espíritu”. Esto es parte de Su nombre. ¿Pero qué sobre Su ser interior? ¿Es El realmente una “persona?”

Primero, el Espíritu Santo tiene una mente propia. Hablando del Espíritu Santo, el apóstol Pablo dice: “Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:27). La mente del Espíritu es individual, no la misma mente que la del Padre y del Hijo.

El también tiene emociones. El tiene sentimientos profundos que le permiten contristarse y amar: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30).

Su corazón puede ser tocado, y tiene la capacidad de expresar amor. Pablo, escribiendo a los cristianos en Roma, dijo: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios” (Romanos 15:30). ¿Te puedes imaginar que se pueda amar sin emoción?

LA PERSONA DEL ESPIRITU

¿Qué acerca de la *voluntad* del Espíritu Santo? Quizás nunca antes habías considerado que el Espíritu Santo pueda hacer sus propias decisiones. Ciertamente que El puede, pero Sus decisiones están siempre en armonía con las del Padre y las del Hijo. Hablando de dones espirituales, Pablo escribió: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). En otras palabras, el Espíritu Santo hace la decisión.

Palomas y ovejas

Es el asunto del “cuerpo” del Espíritu Santo que causa mucha confusión. Un hombre me dijo recientemente:

“Benny, el cuerpo del Espíritu Santo es realmente el de una paloma. Es así como descendió del cielo”. Yo respondí, “Si eso es verdad, entonces tienes que creer que Jesús fue realmente un corderito. Es así como El se presenta en Apocalipsis”.

En el libro de Apocalipsis Juan el apóstol oyó a un anciano decir: “No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá... ha vencido” (Apocalipsis 5:5). El se volvió, esperando ver un león rugiente, y vio un cordero inmolado. Ahora bien, Jesús fue al cielo con un cuerpo físico, con huellas de clavos en sus manos. Pero el símbolo que Juan vio fue un cordero. ¿Por qué? Porque el cordero simbolizaba al Cordero de Dios —Jesucristo.

El Espíritu Santo fue visto por Jesús inmediatamente después de Su bautismo: “Los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él” (Mateo 3:16). Tal como se pueden ver al Padre y al Hijo, también se puede ver así al Espíritu Santo. Pero Su descenso como una bella paloma no quiere decir que El vuela de un lugar a otro en el cielo como una paloma. Tampoco Jesús se pasea en el cielo con el cuerpo de un cordero.

En Apocalipsis el Espíritu Santo se vio de nuevo como “siete lámparas” de fuego ardiente (Apocalipsis 4:5). Si el Espíritu vino como una paloma en Mateo, no puedes esperar que tenga un cuerpo compuesto de siete candelabros o siete cirios ardientes. El Espíritu Santo no es una paloma, ni tampoco es siete lámparas. Un cordero, una paloma, una lámpara —*son símbolos*, no formas físicas de cuerpos.

Oír, hablar, ver

La Escritura, sin embargo, me dice que el Espíritu Santo se puede comunicar, aunque El no tiene oídos o boca. El ciertamente puede oírnos y hablarnos: “Hablará todo lo que oyere” (Juan 16:13). Y tenemos que escucharlo: “Oiga lo que el Espíritu dice” (Apocalipsis 2:7). Y aunque El no tiene ojos como los míos, “el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10). Ya que tú, fuiste creado con oídos, boca, y ojos, ¿no esperarías que el

Creador —Padre, Hijo, y Espíritu Santo— sea capaz de entender y hablar contigo?

Yo también creo que el Espíritu Santo puede hacer conocer Su presencia mediante formas corporales, y aún permanecer sin limitaciones y totalmente omnipresente. La Biblia dice claramente: “El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2).

Ahora bien, la Biblia no me dice a qué “se parece”. Se me dice un poco de cómo el Padre se revela a Sí mismo. Y se me da alguna descripción de Cristo. Pero detalles concernientes a la manera en que el Espíritu Santo se nos revela a Sí mismo son raros en la Escritura. Algunas veces El se ve pero no se oye; otras veces se oye pero no se ve. En cualquier momento, sin embargo, puede revelar Su presencia y mensaje mediante cualquier forma que El escoja.

Una apariencia impactante

“¿A qué Dios el Padre, en ocasiones, se parece?” Aunque nunca lo he visto hacer una aparición visible, física, yo creo que — como en el caso del Espíritu Santo— El puede hacerse ver como se veía Jesús en la tierra. De hecho, muchos rasgos del carácter divino se dan a conocer mejor mediante la naturaleza humana, que fue creada a imagen de Dios (Génesis 1:26-27; Santiago 3:9).

Hebreos habla de Cristo como “siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). Yo sólo puedo llegar a una conclusión: Cuando vemos a Jesús, también vemos al Padre. Y yo creo que Jesús revela al Espíritu Santo como revela al Padre. Mire a Jesús y verá al Espíritu también.

Algún día, no muy lejano, me voy a cerciorar. Y creo que tú también estás planeando estar allí.

De nuevo, el Espíritu Santo no es una brisa celestial o una nube gaseosa flotando dentro y fuera de tu vida. El es Dios, y reside en nosotros —igual al Padre y al Hijo en la Trinidad. Pablo, escribiendo a la iglesia en Corinto, dijo: “No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el

cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16-17). El está diciendo que el Espíritu vive en el templo de Dios. Nosotros somos ese templo, y el Padre y el Espíritu son iguales en nosotros.

Coigual con el Padre y el Hijo

El Espíritu Santo no es simplemente una persona, distinta del Padre y distinta del Hijo. El es mucho más. El es Dios, coigual con el Padre y Cristo.

Primero, encontramos que el *Espíritu Santo es omnipresente*. En otras palabras, El puede estar en todo lugar al mismo tiempo. Los “espíritus” como tales no son omnipresentes, pero el Espíritu Santo lo es. El es tan real en Los Angeles como lo es en Leningrado; tan vivo, tan lleno de gloria.

Algunos tienen problemas innecesarios con Satanás. Piensan que el diablo es omnipresente. Permíteme asegurarte que no lo es. Satanás no puede estar en todos los lugares al mismo tiempo. ¿Por qué? Porque los ángeles no pueden estar en todos los lugares al mismo tiempo, y el diablo es un ángel. Los arcángeles Miguel y Gabriel no son omnipresentes, y Satanás tampoco lo es.

La omnipresencia del Espíritu Santo se describe en los Salmos:

*¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y adónde huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí estás tú;
Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí,
allí tú estás.
Si tomare las alas del alba
Y habitare en el extremo del mar,
Aun allí me guiará tu mano,
Y me asirá tu diestra (Salmo 139:7-10).*

Pero El no sólo es omnipresente; el *Espíritu Santo es omnipotente* —todopoderoso. El ángel le dijo a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lucas 1:35). El poder del “Altísimo” habla del Espíritu de Dios. Ese mismo poder

del Altísimo es el Espíritu Santo, y El es omnipresente. Todo glorioso. Todopoderoso, ¡Dios omnipotente!

El Espíritu Santo es omnisciente también. El todo lo sabe. Yo me emociono cuando leo las palabras,

Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:9-11).

¡Piensa en esto! El Espíritu Santo en realidad escudriña la mente de Dios. El descubre lo que hay allí y te lo presenta a ti. El dice: “Aquí está lo que he hallado” ¿Cómo puede El escudriñar “las cosas profundas de Dios”? Porque El es omnisciente.

Hay algo más que necesitas saber acerca de Satanás. El no puede leer tu mente. Los ángeles no pueden leer tu mente, y el diablo es un ángel; si pudiera leer tu mente sería un espíritu omnisciente. Ese lugar está reservado para el Padre y el Espíritu Santo. Satanás no puede leer tu mente.

¿Debe El ser adorado?

Aquí hay una pregunta importante que tengo que contestar. Si el Espíritu Santo es omnipresente, si es omnipotente, si es omnisciente, ¿debemos adorarlo como Dios? ¿Merece El nuestra alabanza y adoración?

Los cristianos tienen un problema principal cuando se presenta el tópico de la adoración al Espíritu. Es un tópico que prefieren no discutir. Y si les preguntas: ¿Por qué no adoran al Espíritu Santo? Ellos no parecen hallar una respuesta. Oh, dirán algo como: “Bueno, no se espera que lo hagamos”.

Para ser sincero, yo tenía el mismo problema. ¿Por qué? Porque el diablo me engañó como ha engañado a tantos. Yo pensaba: “¿Cómo puedo adorarlo? Eso no es lo que me han enseñado”.

El Espíritu Santo, sin embargo, es mucho más que un pájaro que vuela en el espacio que te da la experiencia pentecostal. Si El es todo lo que hemos estado diciendo —igual al Padre y al Hijo— entonces hay que adorarlo. Después de todo, ¿no adoramos al Padre? ¿Y no adoramos al Hijo?

Te preguntarán: “¿Cómo debe adorarse al Espíritu Santo?” Bueno, ¿cómo adoras tú a Dios el Padre? ¿Y cómo adoras al Hijo? No debe haber diferencia. Debes derramar sobre El tu devoción y amor.

La Biblia nos dice que la Deidad —Padre, Hijo, y Espíritu— existe por sí misma: “Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14).

Cuando aprendemos acerca de los ángeles, vemos que ellos sólo están presentes por la existencia de Jesús. Pero tengo noticias para ti. A Dios el Espíritu Santo se le puede atribuir el “Yo soy”, tanto como a Dios el Padre, y Dios el Hijo.

Aceite, agua, nubes y luz

Desde mi primer encuentro con el Espíritu Santo, he experimentado una realidad creciente de Su presencia. Cada pasaje de la Escritura, cada encuentro, y cada revelación hace mi andar en el Espíritu más completo.

Recientemente, durante un tiempo de estudio en la Palabra, le dije a mi esposa: “Sabes, yo siento la presencia de Dios en todo mi ser”. Aquí está lo que me conmovió aquella noche mientras yo estaba buscando el significado de las palabras y su conexión con el Espíritu.

Yo me preguntaba, “¿Qué significa en realidad “contristar” al Espíritu?”

Lo que aprendí fue que el Espíritu Santo no es sólo un espíritu que puede tener forma. *El es tan real que se le puede resistir*. Muchos piensan que el Espíritu Santo es un viento. Pero no lo es. Eso es sólo una más en una larga lista de símbolos descriptivos usados para dar a conocer al Espíritu — aceite, agua, una paloma, una nube, luz, y

muchas otras más. Eso en realidad no quiere decir que El se parezca a estos símbolos.

El viento es invisible, pero tú no lo puedes resistir. La palabra *resistir* quiere decir oponerse. Tú no te puedes oponer al viento. Trata de pararte frente al viento, y éste pasará por tu lado. Sin embargo, te puedes oponer al Espíritu Santo. En realidad, puedes impedirle obrar. Esteban, en su discurso ante el Sanedrín, citó la historia de Moisés y dijo: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (Hechos 7:51).

Ellos se le opusieron y, desafortunadamente, tuvieron éxito. Recuerda esto: tú no puedes resistir el viento, el aceite, o a una paloma que se va volando, pero puedes *resistir* a una persona —y eso es lo que el Espíritu Santo es.

Entonces busqué el significado de las palabras *contristar* y *contristado* en el idioma griego. La raíz es la palabra *loopa*. Y aquí está lo que quiere decir: Sentir dolor corporal y mental. Significa sufrir angustia física y mental.

El Espíritu Santo es una persona, si no fuera así, Pablo no habría dicho: “No contristéis al Espíritu Santo” (Efesios. 4:30). El Espíritu Santo no sólo se duele. El dolor opera a nivel de las emociones. El se *contrista* y eso va mucho más profundo.

No sólo eso, además el Espíritu Santo puede ser *apagado*. La palabra significa hacer cesar. Pablo advirtió a la iglesia en Tesalónica, “No apaguéis al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19). Nosotros no podemos apagar al viento u otros de los símbolos. Pero tú puedes detener a una persona. Y eso es lo que el Espíritu Santo es.

Se hiere tan fácilmente

También tienes que darte cuenta de que el Espíritu Santo puede ser afligido y atormentado. Puede ser *enojado*. Isaías habló acerca de la bondad del Señor hacia Israel: “Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos” (Isaías 63:10). Es difícil de imaginarlo,

pero es verdad. El Espíritu Santo puede ser atormentado por los seres humanos.

En el idioma original, enojar lleva en sí el significado extenuar, molestar, aun afligir. Sólo una persona puede llegar a ser el blanco de tales tormentos.

A un viento fuerte no se puede aquietar, pero al Espíritu Santo sí: “Luego me llamó, y me habló diciendo: Mira, los que salieron ... hicieron reposar mi Espíritu” (Zacarías 6:8). El Espíritu Santo es una persona que responde a tus deseos. Tú le puedes decir que se esté quieto y El lo hará. Pero entonces corres el riesgo de contristarlo.

Tantas veces en reuniones públicas, yo he visto al Espíritu Santo a punto de hablar y entonces callarse por alguna manifestación carnal. En tales momentos sagrados he sentido que el Espíritu Santo se retira.

El Espíritu Santo no es uno que pelea, El es uno que ama. Si lo resistes, El se va. No es como Satanás, que la Biblia dice que “huirá” de ti cuando lo resistas. El Espíritu Santo no huirá en temor, sino que se irá de tu presencia con el corazón herido. Si es contristado, gentilmente se retirará. Si es apagado, silenciosamente se irá. Qué trágico es aun pensar que los humanos pudieran enojar o intentar acallar a una persona tan amante. Pero lo hacen. Los hijos de Israel lo hicieron. Y hoy, cuando todavía El está anhelando nuestro amor y comunión, lo herimos con nuestra ignorancia y rebelión.

Todavía puedo oír a Kathryn Khulman en Pittsburgh llorando con tal agonía: “¡Por favor! No lo hieran. El es todo lo que yo tengo.”



Viento para tu barco

“Si ves a un borracho en el mismo lado del camino, cruza al otro lado”. Ese es el consejo que mi padre le dio a los niños Hinn cuando yo estaba creciendo en la Tierra Santa.

Cada mañana mis hermanos y hermanas iban conmigo al colegio católico. Y de seguro que eso ocurrió —más de una vez. Casi por instinto, sin una palabra, recordábamos el consejo de papá y cruzábamos al otro lado de la calle hasta que pasábamos al borracho.

¿Cómo sabíamos que él estaba ebrio? Bueno, no íbamos a él y le decíamos: “Señor, ¿está usted borracho?” O “¡Déjenos oler su aliento!” Por supuesto que no. Aun siendo niños sabíamos que él estaba embriagado. Todo en él nos lo decía —la manera como se movía, su mirada, su ropa sucia. Como dicen en algunos lugares, él estaba con “tres tablas bajo el agua”.

La verdad sobre su comportamiento inoportuno era simplemente esto: El estaba controlado por el poder malo. Se había rendido a la influencia mala.

El apóstol Pablo no pudo haber sido más directo cuando dijo: “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay

disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18). Qué contraste entre una vida licenciosa y una vida correcta. La embriaguez, advierte Pablo, trae acciones impías. Pero si un hombre o una mujer puede ser controlado por el alcohol, ¿cuánto más puede el Espíritu Santo controlar a un hombre o a una mujer?

¿Es difícil determinar quién está en control? No. Cada día encuentras personas cuyas mentes y corazones están a la distancia de años luz de Dios. Es obvio. Tú los oyes en su lenguaje. Los ves en sus acciones. Es como si Satanás mismo estuviera guiando cada movimiento de sus vidas.

LA VIDA LLENA DEL ESPIRITU

¿Pero qué de una persona que ha tenido un encuentro con el Espíritu Santo? ¿Cuáles son las señales externas de una vida llena del Espíritu? Hay muchas, y la transformación es asombrosa. Va más allá de lo que pueda explicarse. De repente “las manifestaciones” positivas comienzan a multiplicarse a cada paso.

Después de decir: “Sed llenos del Espíritu”, Pablo describe cuatro resultados diferentes que puedes esperar. Es como sembrar semillas en la tierra del Espíritu y cosechar una cosecha celestial.

Tú cambiarás

La primera manifestación que puedes esperar de una vida llena del Espíritu es ésta: *tu conversación será diferente*. El apóstol dijo: “Hablando entre vosotros con salmos” (Efesios 5:19). ¿Te puedes imaginar qué increíble sería el mundo si nuestra conversación se asemejara a lo que leemos en los salmos?

Un estudio reciente mostró que, de todas las palabras en nuestro idioma, la que se usaba más a menudo era “yo”. Pero el cristiano guiado por el Espíritu tiene un vocabulario nuevo. No es egocéntrico. Es Dios-céntrico. De repente te

hallas diciendo: “Alabad a Dios” (Salmo 150:1) y, “Todo lo que respira alabe a Jehová” (v. 6).

Aquí está la segunda señal que Pablo dice que debemos esperar: *Tendrás un nuevo cántico*. El dice que estarás “cantando y haciendo melodía en tu corazón al Señor” (Efesios 5:19). Es mucho más que una nueva canción —es un cambio que se lleva a cabo en tu corazón. Cuando hayas sido transformado en tu interior, una melodía fluirá. Es una reacción espontánea. Yo no soy cantante, pero he tenido una canción en mis labios desde el momento que me encontré con el Espíritu Santo.

La tercera manifestación es que *comenzarás a dar gracias*: “Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (v. 20). De repente comenzarás a darle gracias a El por todo. Tú reconoces que el dador de todo don sabe exactamente lo que necesitas. El resultado es una transformación de tu actitud. No importa lo que suceda, dirás: “Gracias”.

La cuarta señal obvia es que *serás un siervo*. Pablo dice: “Someteos unos a otros en el temor de Dios” (v. 21). Eso es lo que “honrar unos a los otros en amor” significa. Tu corazón anhela ayudar a la gente. El Espíritu Santo te lleva al lugar donde dirás: “¡Sólo dímelo —yo lo haré!”

¿Qué quiere decir ser “lleno del Espíritu?” Algunos piensan que es exactamente lo mismo que manejar un automóvil a una estación de servicio y llenar el tanque de gasolina. Pero no es así.

En mi púlpito tengo una botella de aceite. La uso, tal como la Escritura me dirige, para ungir a aquellos que vienen por sanidad. Es un pequeño recipiente simple, y está lleno de aceite de oliva. Pero cuando yo lo uso todo, se acaba. La botella no se llena otra vez a sí misma.

Las palabras “sed llenos”, en Efesios, no tienen ninguna conexión con una botella o vasija al llenarse. El tiempo presente del griego se usa para decir que la llenura del Espíritu no es una experiencia de una sola vez. Es una experiencia *continua*.

¿Has pasado un día en un bote de velas? Es emocionante. ¿Qué le pasa al bote cuando las velas se llenan de viento? Comienza a moverse. Eso es lo que

Pablo te está diciendo. El desea que tú estés lleno, no como un recipiente que no tiene acción sino como las velas del barco que continúa llenándose con el viento. Vez tras vez. El desea que te muevas adelante con la interminable brisa del Espíritu llenando las velas de tu bote espiritual.

“¿Quién te crees que eres?”

Estar lleno del Espíritu Santo causa acción. Ocurre en tu conversación, en tu corazón, en tu actitud, y en tu actividad. ¡Que cambio! Ahora tus palabras alientan, hay armonía en tu corazón, le das gracias al Señor, y verdadera y humildemente sirves a la gente.

¿Cómo puede un hombre o mujer que está lleno del Espíritu usar lenguaje profano? ¿Cómo puede él o ella tener un corazón lleno de celos, amargura, y crítica? Una persona llena del Espíritu no dice: “¿Quién eres tú para decirme lo que yo tengo que hacer?” O, “¿Cómo puede Dios tratarme así?” Estas son señales de una persona ego-céntrica que está “vacía del Espíritu” no “llena de Espíritu”.

Cuando Cristo regresó al Padre, El no esperaba que pudieras vivir la vida cristiana por ti mismo. ¡La ayuda venía en camino! Después de todo, no es *tu* poder o *tu* fuerza lo que es importante: “No con ejército ni con fuerza sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

Es por el Espíritu que puedes glorificar a Jesús. Es por el Espíritu que tu corazón está lleno de cántico. Es por el Espíritu que puedes decir: “Jesús, te doy gracias por todo”. Y es por el Espíritu que recibes poder para decir: “Te perdono”.

¿Cómo es el amor de Dios “derramado en nuestros corazones”? Por medio del Espíritu Santo.

Tú nunca has visto el viento, pero ciertamente has visto sus efectos. El árbol se mece. La bandera ondea. Y el barco comienza a moverse. ¡Oh, la fuerza del viento!

No tienes que ver al Espíritu Santo para saber que El vive. Tú puedes *sentir* la evidencia en el poder que El te da. Una vez que El te haya llenado, buscar confirmación es un ejercicio inútil. Un hombre una vez me preguntó:

“Benny, dime. ¿Estoy yo lleno del Espíritu?”

Yo le dije: “Hermano, si tú no lo sabes, entonces *no* lo estás!” No tienes que preguntar, cuando ves los resultados. Aquellos que cuestionan su llenura, nunca la han recibido.

Comienza con la salvación

Tú puedes preguntar: “¿Cómo me lleno del Espíritu Santo? ¿Si hablo en lenguas, es esa la señal?”

El Espíritu Santo está presente desde el momento que le pides al Señor Jesucristo que perdone tus pecados y limpie tu corazón. Si no crees eso, no entiendes la Trinidad. Como le escribió Pablo a Tito: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:5-7).

Pero ahora estamos hablando acerca de la llenura del Espíritu Santo, con la evidencia que ha sido experimentada por literalmente cientos de millones de personas en todo el mundo. Las estadísticas son asombrosas. Yo sé que a algunos todavía les gusta discutir el punto, pero un *hombre con una experiencia nunca está a la merced de un hombre con un argumento.*

Nunca olvidaré los primeros días después que nací de nuevo. Yo era como un niño —y tú sabes lo que se dice acerca de los bebés—. Ellos siempre se están cayendo, llorando, y pidiendo ayuda. Ese era yo. De hecho, compartí con un hombre en la iglesia la misma duda que he oído muchas veces desde entonces. Dije: “Oh, yo estoy destruido”.

El preguntó, “¿Qué te pasa?”

Yo dije, “No estoy seguro de si he sido llenado con el Espíritu”. No lo estaba.

Así que él dijo: “Benny, ¿tú lo pediste?”

Contesté: “Sí, señor”.

El dijo: "Eso es todo lo que necesitabas hacer".

Bueno, tú ves, yo era un bebé en Cristo. Yo no sabía lo que sé ahora. Verdaderamente no sabía lo que buscaba, pero oí a alguien decir: "Si hablas en lenguas, eso es todo lo que necesitas".

Como aprendí más tarde, hablar en lenguas es sólo *uno* de los dones. No son los dones lo que tú necesitas, sino al *dador*. Pablo le escribió a la iglesia en Roma: "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Romanos 11:29). Los dones nunca se van, pero el que da el poder se puede alejar —y se alejará si el dador es desatendido y contristado.

Nunca olvides lo que le pasó al rey Saúl. El Señor dijo: "Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis palabras" (1 Samuel 15:11). Y al David ser ungido por Samuel para ser el nuevo rey, "el Espíritu de Jehová se apartó de Saúl" (1 Samuel 16:14).

RENDICION

¿Has reparado tus velas?

Puede que preguntes: "¿Cómo acercarme al Espíritu?"
¿Cómo puedo prepararme para recibirlo?"

Quizás yo deba hacerte una o dos preguntas. ¿Está tu barco listo para navegar? ¿Es apto para el mar? ¿Has reparado las velas? ¿Están ellas listas para recibir el viento del Espíritu cuando El comience a soplar en ti?

Es como prepararse para el matrimonio. Pasas tiempo en planes y preparación para ese momento en que te has de parar frente al altar. Entonces haces un voto "para tener y cuidar desde este día en adelante". Tú, en realidad, te *das* a tu cónyuge. Es un acto sin egoísmo, de amor y rendición. Y desde ese momento en adelante, un vínculo único de comunión es creado y es conocido sólo por el esposo y la esposa.

Pero, ¿qué pasa cuando tú vuelves a tomar una parte de ti mismo que fue comprometida en matrimonio? "¿No

puedes tener eso! ¡Eso es mío!" ¿Y qué si tu cónyuge dice lo mismo? Crearía una barrera en vuestra relación. La unión comenzaría a desmoronarse. La comunión comenzaría a titubear. Sólo la rendición completa trae comunión total. Produce amor y comprensión.

Hay sólo una manera de restaurar las relaciones rotas. Como la vela en el barco, tú no puedes permanecer tenso y cerrado. Todo lo opuesto, tienes que ser flexible y *ceder* —en realidad, rendirte a una nueva llenura de amor.

En el momento que te rindas al Señor, El te llenará de Su Espíritu. No tienes que rogar por la llenura. Y no requiere un cubo de lágrimas. Todo lo que se necesita es una rendición total a Cristo y el deseo de abrazar Su precioso Espíritu Santo.

La rendición total trae llenura total, y sumisión total trae comunión total. Pero como en el matrimonio, tienes que trabajar en eso cada día: "Jesús, yo te amo"; "Padre Dios, yo te adoro"; "precioso Espíritu Santo, anhele tu comunión". Si descuidas la comunicación solo un día, la próxima vez será un poco más difícil.

Como cuchillo afilado

¿Qué pasa en un matrimonio cuando un cónyuge no hace caso del otro? Después de un corto tiempo comienza la amargura a entrar en el corazón. Las palabras comienzan a cortar como un cuchillo afilado. Pronto la hostilidad se vuelve ira, celos, y aun peor. Para muchos el resultado es separación, divorcio, y odio. Pero la ruptura se puede reparar fácilmente. Todo lo que necesita es una rendición fresca que viene del alma misma. Y la renovación del voto de "amarás, honrarás, y cuidarás".

Lo mismo sucederá si descuidas al Señor. Sentirás amargura e ira. De repente te hallarás fuera de la comunión con el Señor. Eso fue lo que les pasó a los hijos de Israel en el desierto. Ellos comenzaron a quejarse: "¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada?" (Números 14:2-3). Y el Señor les dijo a Moisés y Aarón: "¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí?" (v. 27).

Los hijos de Israel dejaron de decir: “El Señor es Dios”, para quejarse: “¿No sería mejor regresar a Egipto?” ¿Qué causó el cambio? Ellos dejaron de buscarlo, y sus corazones se endurecieron. Y antes de entender lo que estaba pasando, lo habían dejado.

No dejes pasar un día sin una rendición fresca al Señor. Pablo escribió: “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va gastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Corintios 4:16). La rendición tiene que ser continua, un interminable vaciarse de uno mismo ante el Señor. Y cuando lo hayas hecho un hábito, comenzarás a experimentar la unión perfecta, comunión perfecta, entendimiento perfecto, y amor perfecto.

Yo creo que es la voluntad de Dios para ti que seas *continuamente llenado* del Espíritu Santo. Casi con el mismo aliento con el que Pablo dijo: “Sed llenos del Espíritu”, dijo: “No seáis insensatos, no entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (Efesios 5:17). Pablo no deja duda de que es la voluntad del Padre que el Espíritu Santo permanezca en cada creyente. Es la voluntad de Dios para cada madre, para cada padre, para cada joven —y para ti.

Descanse, descanse

En una iglesia cerca de Toronto recuerdo haber visto a un hombre que oraba para recibir la llenura del Espíritu. Nunca olvidaré su rostro —agotado y tenso. El estaba realmente rogando e implorando por un encuentro con el Espíritu Santo.

Yo me le acerqué y le dije: “Joven, no vas a recibir nada implorando. Sólo descansa. Es tan fácil cuando te rindes”. Eso fue lo que hizo. Fue hermoso. Una sonrisa se vio en su rostro al comenzar a orar en un lenguaje celestial.

¿Cómo te rindes tú? Nunca lo lograrás si tú “te esfuerzas”. Es como aprender a nadar. Si luchas por nadar comienzas a hundirte, y puede que aun te ahogues. Es por eso que el instructor de natación primero enseña al niño a relajarse y aprender a flotar. El nadar viene de modo natural cuando no luchas.

Y así es con la rendición —viene instintivamente a un corazón que se suelta. Cuando tú hallaste a tu cónyuge para la vida, “no trataste” de enamorarte. Es algo que está o no está ahí. Tú no tienes que esforzarte en ello, porque el amor se rinde.

Cuando Jesús es tu Señor, cuando lo amas con todo tu corazón, no es difícil rendirte a El. Es lo mismo con el Espíritu Santo. Cada día cuando te presentas a El, El te vuelve a llenar. Permaneces fresco como una flor en el sol de la mañana. El continúa dándote vida —y las flores no parecen marchitarse nunca.

No puedo decirte cómo has de acercarte a El, pero aquí está lo que yo hago. Cuantas veces entro en mi cuarto, cierro la puerta, y sólo permanezco de pie con mis manos levantadas hacia el cielo. El sabe que yo lo amo; Yo sé que El me ama. Y estoy esperando con los brazos abiertos para recibirlo.

Hubo un tiempo, años atrás, cuando yo dudaba de Su amor. Nunca, nunca olvidaré eso. Fue durante un tiempo en que yo estaba teniendo tremendas luchas con mi familia. Mis padres no habían nacido de nuevo, y había tal dolor en nuestra relación. Entonces una noche, en mi cuarto, yo miré al cielo y dije: “Jesús, yo sé que Tu dices en Tu Palabra que me amas... pero te suplico que me hagas un favor: *Dime* que me amas”. Y me fui a dormir.

A media noche me levantó una voz que sonaba como muchas aguas. Sólo la puedo describir como un sonido fuerte y grave. Luego una voz audible —que venía de un lugar indefinido, y sin embargo parecía que venía de todas partes a la vez— comenzó a hablar. Sobre el torrente de las aguas yo oí una voz tan clara como ninguna que jamás haya oído, que decía: ¡Te amo! ¡Te amo!“ Era la voz de Jesús. En ese momento las paredes de mi cuarto parecían estremecerse. Yo estaba asustado, porque la presencia del Señor era tan singular.

Pero desde aquel momento, nunca he cuestionado su amor. Yo creo que El nos da tales experiencias cuando las necesitamos —no cuando las deseamos.

Muchas veces estoy en mi cuarto y no digo una palabra. Guardo silencio completo. Estoy seguro de que tú

has experimentado ocasiones cuando no necesitabas decir palabra alguna para asegurar a alguien de tu amor. Hay ocasiones especiales entre dos personas que si sólo se hiciera un sonido, un momento inolvidable se perdería. El silencio es a menudo el mejor idioma.

Tantas veces he estado en mi cuarto y de repente las lágrimas han llenado mis ojos. Un afecto y belleza inexplicable saturan la atmósfera mientras El comienza a llenarme nuevamente. ¿Cómo pasó? ¿Qué hice yo? Realmente nada, sino estar en Su presencia con una rendición interior. Pero lo que comenzó en una quietud perfecta, continuó con adoración que yo no deseaba terminar.

Cuando te llenas del Espíritu de Dios continuamente, tu vida de oración adquiere una dimensión que nunca pensaste fuera posible. Para experimentar las brisas refrescantes del Espíritu que llenan tu corazón de alabanza, necesitas entender cómo acercarte al trono de Dios en oración.

Paso a paso

Hay siete pasos precisos en la oración.

El primer paso es *confesión*. Comienza por reconocer quién es Dios. Abraham lo llamó, "Jehová Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra" (Génesis 14:22). Empieza por declarar el poder del Todopoderoso. Elías comenzó su oración en el Monte Carmelo: "Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel" (1 Reyes 18:36). Si deseas que el fuego caiga, comienza confesando quién es Dios.

El siguiente nivel de oración es *súplica*. Simplemente, "sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios". Desafortunadamente, este es el paso donde muchos pasan demasiado tiempo. Su vida completa de oración parece estar concentrada en necesidades, y deseos. Por supuesto, tus problemas personales son dignos de la atención de Dios, pero cuando los has compartido, no es tiempo de decir "Amén". Lo mejor está todavía por venir.

El tercer paso —y uno que me gusta— es *adoración*.

Debe ser un tiempo de absoluta belleza y adoración. Amándolo, Adorándolo. Se puede comenzar con las palabras, "Jesús, yo te amo". De repente, sientes la presencia del Espíritu Santo, y dos horas más tarde miras al reloj y dices: "No puedo creer que el tiempo se haya ido tan rápido". Es tan real, tan vivo.

Cuarto, hay un tiempo de *intimidad*. Es demasiado amado, demasiado sagrado, demasiado hermoso para describirlo. Ha habido ocasiones cuando, profundo en la oración, he sentido como si alguien estuviera parado allí, pasando su mano por mi frente. Era como si el Señor me estuviera diciendo: "Gracias, estoy tan contento de estar contigo".

Recuerda, El Espíritu Santo nunca te presionará. El no pone demandas y estipulaciones en tu vida de oración. Pero si tú dices: "Ayúdame a orar", El está listo para responder.

Ha habido ocasiones en mi vida que, en este nivel, mi oración ha continuado por horas. Pero la intimidad no es el lugar para comenzar. Tampoco es posible correr a través de los primeros pasos para llegar a este punto.

El quinto nivel de oración es *intercesión*. Jesús dijo que el Espíritu nos rebelaría las cosas, y eso fue lo que me ocurrió a mí. Cuando invitas al Espíritu a que te ayude a orar, El no se concentra en tus necesidades y deseos egoístas. ¡No! El enfoque es hacia afuera. El ha puesto los nombres y rostros de individuos de mí de quienes yo no había pensado en años. Y he intercedido en oración por ellos.

Pero no creas que es un tiempo de gozo y adoración. Todo lo opuesto. La primera vez que me puse a interceder, no estaba seguro de que lo deseaba. La comunión se fue. La intimidad desapareció. En esas ocasiones he sentido dolor y agonía que es difícil de expresar. En realidad, he golpeado el piso con cada onza de mi fuerza mientras oraba por mi familia, por amigos, por ministros —aun por naciones.

Te advierto. Es imposible ponerse a interceder de momento. No viene instantáneamente, porque es una asociación con Dios que requiere una relación profunda e

intensamente personal. Ves, El Espíritu Santo guía tu vida de oración paso a paso. Conmigo no pasó el primer día, ni el segundo, ni el tercero. Pasaron por lo menos seis meses antes de estarme moviendo en las profundidades de la oración. La Escritura enseña que si somos fieles en las cosas pequeñas, Dios nos dará más. Eso es lo que El hace. El es el Padre perfecto. El maestro perfecto.

Pero lo que pasó después, bien valía la pena el dolor. El sexto paso en la oración es *acción de gracias*. Como escribió Pablo: "Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 15:17). Yo siempre paso tiempo dando gracias al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo.

Finalmente, el paso séptimo es *alabanza*. A veces yo canto. A veces hablo en lenguaje espiritual. Pero de lo profundo de mi ser irrumpo en alabanza total. Es la forma más pura de orar que yo haya experimentado.

Tu puedes preguntar: "Benny, siempre incluyes los siete pasos?" Mi contestación es "¡Si!" Y aquí está lo maravilloso del Espíritu: Si lo dejas obrar por medio de ti en oración, descubrirás que no estás haciendo mucho en la oración. El parece estarlo haciendo todo. Aun en la intercesión, tan doloroso como es, los brazos del Espíritu te están levantando, refrescándote instantáneamente cuando terminas de orar.

Pablo tenía razón cuando dijo: "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu" (Efesios 6:18). El sabía que había más de una clase de oración.

"¡El está aquí!"

No hay sustituto para la llenura del Espíritu que viene como resultado directo de tu vida de oración. Es el poder que afecta todo lo que hagas.

Recientemente fui invitado a hablar en Colombia, Suramérica. Fue una cruzada de tres días, y en la noche del segundo día, miércoles, yo estaba hablando sobre el Espíritu Santo. A mitad de mi mensaje sentí moverse el poder del Espíritu en el servicio. Sentí su presencia, paré la predicación, y le dije a la gente: "¡El está aquí!" Ministros en la plataforma y personas en la audiencia

sintieron lo mismo —fue como una ráfaga de viento que entró y circuló en aquel lugar.

Los allí presentes se pusieron de pie en una explosión espontánea de alabanza. Pero no estuvieron de pie por largo rato. Las personas comenzaron a caer al piso bajo el poder del Espíritu Santo. Fueron "tumbados" en el Espíritu.

Lo que pasó después fue exactamente lo que he visto repetidas veces en servicios en todo el mundo. La gente comenzó a recibir a Cristo como su Salvador personal, y comenzaron a ocurrir sanidades a través del auditorio.

Cuando yo hablo sobre el Espíritu Santo una unción extraordinaria sigue a la enseñanza. Siempre. Hay una manifestación increíble de la presencia de Dios —muy diferente de la de cualquiera otra ocasión. El milagro parece ser más intenso. Se salva un número mayor de personas que en otras reuniones. El toque de Dios en las vidas es más pronunciado.

En esos servicios el llamamiento al altar parecer ser tan fácil. No hay ruego ni súplica. Instantáneamente, las personas van al frente para salvación. Tal como lo prometió el Señor, El Espíritu atrae la gente a Cristo.

Después del servicio, la gente viene al frente a decir: "Esta fue la reunión más poderosa en que yo he estado". Es como si el Espíritu Santo hubiera honrado el servicio porque El era un huésped muy bienvenido.

Durante la misma cruzada, el pastor Colin, mi intérprete, vino a mí, después de una reunión de enseñanza sobre el Espíritu Santo que tuvimos esa mañana con casi dos mil predicadores. El comenzó a llorar. Entonces levantó la cabeza de sus manos y dijo con gran emoción: "Querido hermano, yo sé tan poco sobre el Espíritu Santo. Siento que estoy en kindergarten". El fue afectado con la realidad del mensaje.

En otras ocasiones he visto a un intérprete parar en medio de mi mensaje y comenzar a llorar incontrolablemente. Eso es el poder del Espíritu.

Lo que pasa en un servicio te puede pasar a ti ahí mismo donde estás. Es por eso que te estoy pidiendo que te rindas totalmente al Espíritu. Comenzarás a entender lo que Pablo quiere decir cuando dice: "Sed llenos del Espíritu

... hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando gracias por todo al Dios y Padre". Y sabrás por qué él dice: "Someteos los unos a los otros" (Efesios 5:18-21).

Un segundo viento

Estás listo para que la brisa celestial de Dios llene tus velas? Eso comienza con la salvación, cuando confiesas tus pecados y dedicas tu vida para seguir a Jesús como Señor y Salvador. Aun Cristo habla acerca del viento cuando habla acerca de la redención. El le dijo a Nicodemo, un miembro del Sanedrín judío: "No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Juan 3:7-8).

Así como la salvación se describe como un viento, el Espíritu Santo se describe como un segundo viento —un viento de poder. En el día de pentecostés, "de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados" (Hechos 2:2). El viento del Espíritu está soplando, y es poderoso. Es un poder que pone tu vida en acción.

Es hora de echar a navegar tu barco. Levanta la vela, y comienza a llenarte —llenura continua— con el viento del Espíritu Santo.



Una entrada poderosa

¿Cómo podía ser? Yo le había dado mi vida al Señor, y estaba luchando por vivir la vida cristiana.

Cuando pienso en lo que me está pasando ahora, parece imposible. En febrero de 1972, después de la experiencia del "nuevo nacimiento", yo sabía que mi corazón había sido limpiado, pero las dificultades que enfrentaba eran innumerables. Había conflictos en el hogar, indecisiones acerca de mi futuro, y una estimación propia tan baja como el piso debajo de mis pies.

¡Oh, cómo yo luchaba con mi vida! Era aun difícil en ocasiones darle todo mi amor al Señor. Yo tenía tantas preguntas urgentes. Entonces dos semanas después fui llenado del Espíritu. Esperaba el cielo en la tierra desde aquel momento en adelante. Pero no sucedió así. Mis luchas día a día continuaban.

Ciertamente había grandes momentos de gozo y entusiasmo. Y yo no hubiera cambiado mi experiencia espiritual por todo el petróleo en Arabia Saudita. Pero muy profundo adentro me roía una pregunta que me perseguía mes tras mes. "¿Es eso todo lo que hay?" —me preguntaba. La pregunta no se iba. "¿No tiene el Señor algo más para mí?"

Entonces, a media noche, una noche fría de diciembre, alrededor de dos años después que conocí a Cristo, sucedió. Estando en mi cama en Toronto, el Espíritu Santo entró poderosamente en mi cuarto. Yo lo sentí como una descarga eléctrica y una manta tibia a la vez.

Me tomó dos días para darme cuenta del significado de lo que había pasado. *¡Mi lucha había terminado!* Había encontrado la simplicidad de la vida cristiana —una relación personal con el Espíritu Santo.

Hoy, mi corazón todavía está apesadumbrado, pero por una razón enteramente diferente. Estoy profundamente angustiado porque millones de cristianos nunca han recibido ni siquiera una pizca de lo que Dios tiene para ellos. Se están perdiendo la mejor parte. Y nunca sabrán cuán maravilloso realmente es el caminar con Cristo, hasta que descubren la tercera persona de la Trinidad. *El es el que nos ayuda en la lucha.*

NO MAS LUCHAS

Desde el momento en que el Espíritu Santo vino a mi vida, no tuve que batallar más contra mis adversarios. Ellos todavía estaban allí, pero la pelea y la preocupación parecían desvanecerse. Lo que me pasó fue lo mismo que le fue dicho a Israel siglos atrás por medio del profeta Ezequiel. Cuando vivían en un tiempo de agitación política, les fue dicho por el Señor: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:26-27).

¡Todavía hoy existe el problema! Millones de personas están luchando diariamente por guardar las leyes de Dios, y están perdiendo la guerra porque no entienden el plan de batalla del Padre. Su estrategia no podría ser más concisa: *“Pondré mi Espíritu dentro de vosotros”*, dice el

Señor. ¿Y por qué es ese su plan? El desea *hacer* que de lo profundo de tu corazón —andéis en estatutos. El desea hacer *fácil* el guardar Sus leyes.

¿Encuentras difícil guardar los mandamientos de Dios? No te sientas del todo sólo. Es totalmente imposible triunfar por ti mismo, y Dios no espera que lo hagas. ¡Necesitas ayuda! Pero, ¿a quién vas a recurrir? Dios el Padre está en el cielo y también Dios el Hijo. Tu necesitas un amigo aquí y ahora mismo, y la persona de la Trinidad que está morando en la tierra es el Espíritu Santo. El es a quien tú necesitas desesperadamente conocer.

Si haces una encuesta y le preguntas a la gente qué es lo que más desean de Dios, la contestación más probable sería: “Yo deseo que Dios se agrade de mí”. Y eso es lo que Dios le prometió al profeta Ezequiel. Dios le dijo: “Ni esconderé más de ellos mi rostro; porque habré derramado de mi Espíritu sobre la casa de Israel” (Ezequiel 39:29).

Desde el momento en que el Espíritu Santo viene a ser parte de tu vida, Dios comenzará a mirar en tu dirección. Su rostro comenzará a brillar sobre ti. El gran deseo del Padre es que tú lo recibas, que seas lleno de El, y tengas comunión con El. Eso lo hace feliz.

Comienza a leer el libro de los Hechos, y conocerás lo que Dios había planeado. Los apóstoles tenían una tremenda relación con el Espíritu Santo y la evidencia está escrita en cada página. Pero quizás lo más inspirador es que los “hechos” continúan realizándose —aun hoy. Si la obra milagrosa del Espíritu Santo estuviera toda escrita, no habría una biblioteca lo suficiente grande para contener los volúmenes.

Lo que pasó en el Aposento Alto no debió haber sido sorpresa. Antes de ascender al cielo, Jesús mismo le dijo a Sus seguidores que no salieran de Jerusalén, sino que “esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:4-5).

Cristo aun describió cómo sería y cómo cambiaría sus vidas: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jeru-

salén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (v. 8).

LA LLEGADA DEL ESPIRITU

Un viento recio

Tan real como la venida de Jesús a la tierra, así fue la venida del Espíritu Santo. Tal como los profetas predijeron la venida del Mesías, así también profetizaron la del Espíritu. Cientos de años antes de Cristo, Dios le dijo a Joel:

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. (Joel 2:28-29)

El Espíritu Santo vino. Y ¡qué entrada tan poderosa! El sonido de un viento estruendoso. Lenguas de fuego. Una demostración del poder de Dios. ¡Su llegada a la tierra no fue menos que espectacular!

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. (Hechos 2:1-4)

Fue exactamente como lo había profetizado Isaías: “En lengua de tartamudos, y en extraña lengua hablará...” (Isaías 28:11).

Ahora bien, cuando Jesús nació, el momento se caracterizó por paz y quietud. Fue una hermosa noche en Belén, tan clara que los pastores no tuvieron dificultad de llegar al pesebre. ¡Qué contraste con el ruido poderoso que acompañó la llegada del Espíritu Santo! Creó tal clamor en Jerusalén que “hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos” (Hechos 2:6).

Yo solía pensar que la frase “hecho este estruendo” quería decir que alguien estaba corriendo alrededor de la ciudad diciendo: “¡Vengan a ver lo que está pasando!” Pero ese no fue el caso. El estruendo que ocurrió se escuchó en toda la ciudad. Tú ves, “Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo” (v. 5). ¿Te puedes imaginar lo que pensaron?

La Palabra dice que cuando ellos oyeron el estruendo corrieron al lugar asombrados “porque cada uno les oía hablar en su propia lengua” (v. 6).

Totalmente maravillados preguntaron: “¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” (vv. 7-8). Y cuando los oyeron declarar las maravillas de Dios en su propia lengua, se preguntaban unos a otros: “¿Qué quiere decir esto?” (v. 12).

¿Por qué 120?

Su estruendosa venida no fue planeada para un templo hecho de piedras. En vez de eso, El Espíritu Santo vino sobre 120 creyentes que vinieron a ser el nuevo templo de Dios.

¿Recuerdas que cuando Salomón terminó su templo, tenía “ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas” (2 Crónicas 5:12)? La Escritura dice que “la casa se llenó de una nube, la casa de Jehová. Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube, porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios” (vv. 13-14).

Sucedió otra vez en el Aposento Alto. Ciento veinte se reunieron y el Espíritu del Señor llenó el templo. ¿Por qué ciento veinte? Es el número que cierra la edad de la

carne y abre la edad del Espíritu. En Génesis, donde Noé estuvo construyendo el arca por 120 años, terminó la era de la carne. Dios dijo: "No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años" (Génesis 6:3).

Es precisamente por este propósito que el Señor reunió los 120 en Pentecostés. Para que Dios el Espíritu Santo pudiera actuar entre las naciones. *Esto marcó el principio de la edad del Espíritu.*

¡Los observadores no podían entender qué estaba pasando! Algunos se burlaron diciendo: "Están llenos de mosto" (Hechos 2:13). Pero Pedro "poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel" (vv.14-16).

Los 120 fueron llenos del Espíritu a tal grado, que podían actuar en su propio poder. El Espíritu era tan poderoso que El tomó control sobre las acciones de los creyentes. El estaba en acción, cambiando su lenguaje, sus emociones y su comportamiento. Lo que Jerusalén presenció no fue embriaguez, sino el gozo increíble que viene cuando el Espíritu toma control. Yo mismo he sido acusado de algunas cosas.

Qué transformación en el tímido Pedro. Sacó lo de "predicador" que había en él, cuando él "alzó su voz" y les habló con denuedo a la creciente multitud. Pero, ¿quién tú crees que le dio a él las palabras? El mensaje cautivador fue el del Espíritu Santo. "Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo" (1 Tesalonicenses 1:5). Así es. El evangelio es predicado por el Espíritu Santo. El es el que hace la obra.

Ahora observa lo que comenzó a pasar de repente en el libro de los Hechos. *El Espíritu Santo les da tremenda autoridad a aquellos que lo han recibido.* Eran las tres de la tarde cuando Pedro y Juan fueron al templo, y "era traído un hombre cojo de nacimiento, a quien ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que

pidiese limosna de los que entraban en el templo" (Hechos 3:2).

Volviéndose al mendigo, "Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos" (v. 4). Es maravilloso ver a un hombre completamente entregado al Espíritu Santo. Pedro estaba lleno de un denuedo y poder que él nunca había conocido, mientras miraba profundamente en el alma de este pobre hombre —a través de sus ojos.

El mendigo sabía que Pedro y Juan no estaban jugando. Un denuedo santo había sido conferido a los apóstoles. Cuando Pedro dijo, "Míranos", el hombre inmediatamente "les estuvo atento, esperando recibir de ellos algo" (v. 5).

Entonces Pedro dijo: "No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (v. 6). "Y tomándole por la mano derecha lo levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos; y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando y alabando a Dios" (vv. 7-8).

¿Te puedes imaginar la consternación que hubo en el templo? El que había sido cojo hizo una entrada poderosa por sí mismo. Ellos lo reconocieron inmediatamente y "se llenaron de asombro y espanto por lo que le había sucedido" (v. 10).

No una experiencia de "ayer"

El poder y autoridad que los apóstoles recibieron comenzó a tocar las vidas a cada paso. Su ministerio fue seguido por "muchas señales y prodigios en el pueblo" (Hechos 5:12). ¿Y cuál fue el resultado? "Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres" (v. 14). *Las señales que siguieron a la venida del Espíritu Santo guio a la gente directamente a Cristo.* Eso es un hecho importante que hay que recordar.

Lo que pasó en el Aposento Alto no fue una experiencia de sólo una vez; tampoco una nota marginal de la historia. Los creyentes llenos del Espíritu establecieron una relación incesante con el Espíritu Santo. Ellos *continuaron* llenándose. Cuando llamaron a Pedro ante el

Sanedrín por la sanidad del cojo, ellos le preguntaron, “¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?” Pedro estaba “lleno del Espíritu Santo”, cuando les habló (Hechos 4:7-8). No en tiempo pasado, sino *presente*. La palabra “lleno” se aplica a los apóstoles en aquel mismo momento.

Veza tras veza en la Escritura, cuando se presentan a los seguidores de Cristo como “lentos del Espíritu”, se refiere a una llenura nueva, no algo que pasó ayer o el mes pasado.

Pedro estaba tan lleno del Espíritu en el templo que tenía autoridad sobre sus críticos. Con mucha firmeza, dijo: “Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel: Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste haya sido sanado, sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano” (Hechos 4:8-10).

¿Te das cuenta de que el poder del Espíritu puede llenarte de tal manera que no le temas absolutamente a nadie? Es posible establecer tal comunión con El, que aun el dirigirse al líder de una nación no causa ningún temor. El Espíritu levanta tu cabeza, cuadra tus hombros, y te infunde una confianza inesperada.

Cuando viajé al Vaticano en Roma para conocer al papa, pensé que me pondría nervioso. Pero no sucedió así, porque yo estaba lleno del Espíritu. Y allí entre los líderes del Vaticano sentí hambre de las cosas del Espíritu.

Pedro el valeroso

Pedro estaba enfrentándose a algo más que los sacerdotes del templo. El estaba en realidad en contra del gobierno de Israel. De hecho, la noche antes que le permitieran hablar con los sacerdotes, él y Juan fueron puestos en la cárcel. Pero cuando él habló, las palabras fueron efectivas. El les dijo que el Señor era “la piedra reprobada por vosotros los

edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo” (Hechos 4:11). Fue una cita directa del Salmo 118:22.

¿Era éste el mismo Pedro que, pocas semanas antes, en el mismo lugar, ante la misma gente, se había intimidado por las palabras sarcásticas de una muchacha y había negado a su Maestro? Ahora él estaba allí, lleno del Espíritu, totalmente sin temor, desafiando a los asesinos de Jesús.

Ya no era Pedro el tímido. Era Pedro el valeroso. ¡Qué cambio hizo el Espíritu!

Tan grande era esta comunión con el Espíritu Santo, que Pedro directamente retó a Ananías. Le dijo: “Ananías, ¿por qué lleno Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo? (Hechos 5:3). Las palabras de Pedro y las acciones de Dios eran tan contundentes, que “vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron” (v. 5).

SU PROXIMIDAD A NOSOTROS

Yo puedo decirte por experiencia personal que llega un momento cuando la comunión con el Espíritu viene a ser tan real, tan profunda, y tan grande que tus palabras y acciones se conforman a *Sus* palabras y acciones. Cuando tú sabes, por ejemplo, que El ha sido contristado, puedes hablar valientemente por El, sabiendo que El está fluyendo a través de ti en todo momento. Estarás tan cerca de El que, de veras, lo sentirás respondiendo a lo que has dicho.

Yo creo que el día está llegando cuando los hombres y las mujeres vendrán a estar tan cerca del Espíritu de Dios, que veremos mucho más que sanidades y milagros. Veremos como el Espíritu dispersa a los que se atreven a pelear contra El.

Nunca olvides a Ananías. El “calló y expiró” (Hechos 5:5). Y nunca olvides a Giezi. El mintió a Eliseo acerca de los regalos que Naamán le trajo. Naamán fue sanado, pero el Espíritu guió a Eliseo a decir: “La lepra de Naamán se te pegará a ti, y a tu descendencia para siempre”

(2 Reyes 5:27). Y eso fue exactamente lo que pasó.

Jesús hizo una declaración bien poderosa cuando dijo: "Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos" (Juan 20:21-23). Este tiene que haber sido un pensamiento serio y no para ser tomado a la ligera por los apóstoles.

El rostro de un ángel

Pedro estaba tan cerca del Espíritu que le dijo a sus acusadores, "Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen" (Hechos 5:32).

El Espíritu Santo poseía a Esteban de tal manera que cuando fue llevado ante los sacerdotes, "todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel" (Hechos 6:15). Pero, oh, las palabras que habló. "¡Duros de cerviz ... de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros" (Hechos 7:51). ¿Por qué él dijo eso? Por aquello de lo cual él estaba lleno: "Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios" (v.55).

La presencia del Espíritu llegó a ser tan poderosa en la vida de Esteban que él pudo mirar al cielo y ver la gloria de Dios. El aun tomó las emociones y atributos del Espíritu cuando era apedreado. Esteban dijo: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (Hechos 7:60). ¿Te puedes imaginar tal reacción? El no le dijo a Dios, "Júzgalos. Mátalos". El Espíritu Santo hizo la diferencia.

Yo estoy convencido de que hay un momento en la relación con el Espíritu cuando la unción viene tan fuerte sobre uno —Su presencia está tan cerca— que puedes mirar al cielo y ver una visión de Dios. Tan real El ha llegado a ser.

Saulo, durante su drámatica conversión, tuvo una

experiencia de primera mano con el poder maravilloso del Espíritu Santo. Yendo de camino a Damasco, respirando muertes y amenazas contra los seguidores de Cristo, "repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues?" (Hechos 9:3-4).

El estaba temblando y temeroso, "¿Quién eres, Señor?", preguntó Saulo. Y el Señor le dijo: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues.... Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer" (Hechos 9:5-6). Los hombres que viajaban con Saulo se quedaron atónitos y mudos. Saulo quedó ciego debido a la experiencia por tres días, antes que Dios lo sanara y él fuera "lleno del Espíritu" (v. 17).

De nuevo el Espíritu hizo una entrada poderosa. El transformó a Saulo el antagonista en Pablo el apóstol. De hecho, el efecto se sintió a través de la tierra. "Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo" (Hechos 9:31).

Yo no puedo menos que imaginarme qué pasaría si cada ministro en la tierra cayera postrado y buscara una relación personal con el Espíritu Santo. ¡Hablar de avivamiento! Yo creo que revolucionaría de tal manera la vida de la iglesia que los edificios no podrían de momento dar cabida a la gente.

Gracias a Dios por los pastores que están "vivos" en el Espíritu, pero he escuchado a algunos ministros que, sinceramente, ¡harían mejor de funerarios! Una comunión continua con el Espíritu hace la diferencia. La gente está hambrienta de una realidad que sólo el Espíritu Santo hace posible.

El nunca deja de obrar

Desde el día de pentecostés el Espíritu comenzó Su obra en la tierra, y ésta nunca ha parado. ¡Nunca! Es increíble cómo El intervino en la vida de Pedro. Mientras oraba en

la azotea de una casa, Dios le dio una visión, “y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende, y no dudes ir con ellos, porque yo los he enviado” (Hechos 10:19-20).

Los tres hombres de los cuales el Espíritu le habló fueron enviados por un hombre temeroso de Dios llamado Cornelio, un centurión en la compañía la Italiana. También él tuvo una visión: “Este vio claramente ... que un ángel de Dios entraba donde él estaba, y le decía.... Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro” (Hechos 10:3, 5). Pero no era el ángel el que hablaba. Era el Espíritu Santo hablando *mediante* el ángel. ¿Recuerdas? “Dijo el Espíritu ... yo los he enviado” (vv. 19-20).

El Espíritu Santo es una persona activa. El nunca cesa de obrar. El aun enviará un ángel a ti si es eso lo que tú necesitas. Lo que pasa en la tierra es la obra del *Espíritu*. El es el representante del Padre y del Hijo.

En la casa de Cornelio, Pedro predicó la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Y “mientras aún hablaba Pedro estas palabras, El Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso” (Hechos 10:44). Los creyentes que habían venido con él, “se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios” (vv. 45-46). Nunca olvides que *la Palabra viene primero*. El mensaje de Cristo tiene la preeminencia. El evangelio es el fundamento para todo lo que Dios el Espíritu Santo fue enviado a hacer.

El Espíritu está interesado en tu vida —aun en tu futuro. El desea guiarte, protegerte, aun advertirte de lo que está por venir. Tú preguntas: “¿Puede el Espíritu Santo profetizar acerca de cosas por venir?” Mira lo que pasó cuando Bernabé fue a la gran ciudad de Antioquía. Como medio millón de personas vivían allí en aquel tiempo. Por un año entero Bernabé y Saulo enseñaron a mucha gente en aquella iglesia creciente.

En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio. Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea.
(Hechos 11:27-29)

¡Cuán cerca estaba el Espíritu Santo en sus vidas diarias! El reveló que una sequía se aproximaba y así les permitió que se prepararan para el hambre que de hecho vino. El Espíritu es una *persona*, y El está profundamente interesado en la *gente*. El sabe lo que está pasando en tu vida y tiene gran interés en ti.

El Espíritu y el mago

¿No es tiempo de que dejes al Espíritu ordenar tus pasos? ¿Por qué planear tu propio curso cuando El conoce cada pulgada del camino que tienes por delante, cada curva peligrosa, cada hoyo? Eso fue lo que los cristianos aprendieron en Antioquía. “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2) Ellos respondieron inmediatamente: Y, entonces, “enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre” (v. 4)

Los discípulos estaban haciendo la obra del Padre, pero, ¿quién los envió? Ellos recibieron instrucciones directas del Espíritu. Y durante su viaje el Espíritu Santo nunca dejó de obrar. Aun les dio poder sobre un falso profeta.

Elimas era un hechicero y mago judío. El trató de detener lo que el poder de Dios estaba haciendo en Chipre. Pero “Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos, dijo: ¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?” (Hechos 13:9-10).

¡Qué acusación! De hecho, el Espíritu se encontraba tan poderosamente en Pablo que le dijo al mago que se quedaría ciego. Y así fue. Pero como un resultado directo la gente comenzó a volverse a Cristo, “Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia” (Hechos 13:49). “Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (v. 52).

Tú preguntas: “¿Debo dejar al Espíritu Santo hacer todas las decisiones? Después de todo, ¿no me dio Dios una mente mía propia?” Por supuesto que sí. Pero lo que tiene lógica para ti debe tener lógica también para el Espíritu. El concilio de la iglesia en Jerusalén escribió: “Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros...” (Hechos 15:28). Cuando algo está bien será confirmado por el Espíritu Santo, y tú sabrás qué dirección tomar.

El mensaje y el Mensajero

Si el Espíritu fue tan necesario para Cristo, también tiene que ser lo mismo para ti. Jesús nació del Espíritu, fue ungido por el Espíritu, echó fuera demonios por el Espíritu, recibió Su plenitud por el Espíritu, e hizo milagros por el Espíritu. Y fue por el Espíritu Santo que El enseñó, dio mandamientos, dio poder y gobernó la iglesia, se ofreció a Sí mismo en la cruz, y fue resucitado.

“¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14). El mismo Espíritu que fue esencial para la obra terrenal de Cristo, es necesaria para ti. El es indispensable.

Tu experiencia de salvación se basa en Cristo, la cruz, y tu confesión. ¿Pero cómo recibiste la *realidad* de tu regeneración? ¿Cómo *sabes* que tu corazón ha sido limpiado? Eso, amigo mío, es la obra del Espíritu Santo. Es el Espíritu del Señor quien pone el mensaje en tu misma alma. Tu no puedes encontrar palabras adecuadas para describirlo o explicarlo, pero sabes que es tan válido como la vida misma.

Si esa realidad es tan fuerte, tan profunda, y tan personal, entonces ¿cuán real es el que la da? Es una pregunta significativa. ¿Cuán real tiene que ser el mensajero si el mensaje es tan real?

El Espíritu Santo anhela una relación personal continua contigo. El desea hacer una entrada —*una entrada poderosa*— en tu vida.



Lugar para el Espíritu

Por generaciones, se ha guiado a la gente a creer que el Espíritu no es una persona. De millones de voces, millones de palabras escritas, y una actitud que ha permeado la fe cristiana, hemos sido programados para pensar del Espíritu Santo como *algo* más bien que como *alguien*.

Oí un coro recientemente que decía, “¡Dame más de ti!” Y yo pensé: “Vaya, eso no es bíblico”. Tú no puedes tomar una parte de El. El es una persona. No lo puedes partir en pedacitos, un brazo esta semana y una pierna la próxima. No es, “Dame más de Ti”. Es exactamente lo opuesto. Tú debes clamar al Espíritu: “Por favor, toma más de *mí*”. El no se rinde a ti. ¡No! Tú te rindes a El.

UN LUGAR PARA EL

Sin duda, el mensaje más descuidado de la iglesia hoy es que *el Espíritu Santo es real y tenemos que hacer un lugar para El*.

Triste, ¿no? Ministros del evangelio por miles no comprenden la obra del Espíritu en el planeta tierra. Me temo que han estado programados, también. De la escuela dominical al seminario, han sido guiados a creer que el Espíritu es un miembro menor de la Deidad que vino en pentecostés y ha estado flotando en las nubes desde entonces. Algunos evitan pronunciar Su nombre para que la gente no los confundan con uno de esos fanáticos carismáticos.

Fue la intención de Dios que la iglesia fuera viva y vibrante. Antes de regresar al cielo, Jesús pronunció las inolvidables palabras: “Y estas señales seguirán a los que creen...” (Marcos 16:17). Quizás la pregunta más desconcertante que yo tengo como ministro es ésta: *Si el Espíritu Santo fue enviado para dar poder a los cristianos para que vivan una vida victoriosa, ¿por qué hay tantos desanimados y derrotados?*

Cuando yo era un evangelista, iba a una iglesia, conducía una campaña, oraba por las necesidades de la gente, y regresaba a mi casa. Realmente no sabía lo que estaba pasando en la vida diaria de la gente. Pero ahora que soy pastor, mi perspectiva ha cambiado totalmente. Y estoy molesto por lo que veo.

Ahora me doy cuenta de que muchas más personas tienen mayores problemas de lo que jamás soñé posible. Que tantos creyentes están descorazonados, y deprimidos, al borde de la bancarrota espiritual es casi inimaginable. Repetidamente veo pequeños problemas entrar en la vida de la gente y de repente emergen como Goliat, o el monte Everest.

“Padre Dios” —pregunto—, “¿dónde está la victoria? ¿Dónde está el gozo?”

La semana pasada nuestra congregación experimentó un derramamiento poderoso del Espíritu el domingo en la noche. Al ministrar a la gente, yo sentí una unción extraordinaria. De regreso al hogar iba gritando, “¡Aleluya!”. Le dije a mi esposa Suzanne, “¡Qué gran servicio! ¿No es maravilloso lo que Dios está haciendo aquí?” Pero acabando de entrar por la puerta de nuestra casa, sonó el teléfono. Y por los próximos treinta minutos oí la triste

historia de un hombre que había estado en ese servicio. El lloraba y lloraba mientras me decía: “Yo no tengo a quién ir”.

¿Quién tiene el poder?

¿Qué está mal? ¿Por qué es que la iglesia primitiva tenía tal poder y nosotros tenemos tan poco? Con una palabra mandaban a salir a los demonios, y nosotros nos vemos tan temerosos y alarmados. Sólo mencionar demonios, y los cristianos hacen una retirada de cien yardas. Muchos pastores ni aun hablan de ellos, como si ignorando el tema los echaran fuera.

Es difícil de entender. En lugar de predicar a la gente que pueden ser libres, muchos ministros mantienen un silencio dejando a la gente en cautividad. En vez de obedecer las palabras de Cristo: “Echarán fuera demonios” (Marcos 16:17), le dicen a su gente que lo que está realmente pasando no existe —que todo está en sus mentes. Y la gente murmura: “Señor, no puedo encontrar una respuesta. ¡No puedo encontrar ayuda!”

¿Nos sorprende que algunos cultistas tienen más poder que algunos cristianos? ¿Deberíamos sorprendernos cuando los seguidores satánicos demuestran más de lo sobrenatural que muchos seguidores de Cristo? ¿Cómo es posible? Si Dios es omnipotente y Satanás tiene sólo una pequeña fracción de poder, ¿cómo un discípulo del diablo puede obrar con autoridad?

Realmente es muy simple. Una persona que usa cien por ciento de una fracción muy pequeña tiene más poder que alguien que puede tocar la energía del universo pero ni siquiera lo intenta. Me molesto profundamente cuando pienso acerca de un pecador que recibe más de Satanás que lo que un creyente que no pide de Dios, puede recibir.

Es tiempo que empieces a ejercitar el poder del Todopoderoso. Tú necesitas saber que Dios es más grande que cualquier demonio y que sólo una palabra de Jesús destruye al diablo. Solo uno de Sus ángeles puede atar a Satanás en el abismo (Apocalipsis 20:1-3). Dios no es débil —Su pueblo sí lo es.

Aquí está la única conclusión a que he podido llegar. *La razón de que la iglesia y tantas personas en ella hayan sido derrotadas es que han ignorado la persona más poderosa en el universo —El Espíritu Santo.* De nuevo, “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6). Y las próximas palabras son igualmente emocionantes: “¿Quién eres tú, oh gran monte? ... serás reducido a llanura” (v. 7).

Tú necesitas más que un tractor para nivelar los montones de roca que están delante de ti. Es una montaña gigante de hostilidad y temor. Y la excavación que necesitas es sólo posible a través de un poder de energía del Espíritu Santo.

Real, no fingida

Dios, a través de Su Palabra, da una receta para romper el yugo de la cautividad. El sabe exactamente lo que se necesita para levantar tu carga pesada. Se llama *unción*:

Acontecerá en aquel tiempo que su carga será quitada de tu hombro, y su yugo de tu cerviz, y el yugo se pudrirá a causa de la unción. (Isaías 10:27).

Así como Dios quitó la carga de Israel, también removerá el yugo de ti. Después de todo, Satanás es el traicionero que ha puesto ese yugo pesado sobre ti. Pero Jesús, que declara que el yugo será destruido, dijo: “Mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:30).

El yugo opresor puede ser roto por el Espíritu. Pero no sólo por el momento. No es una solución temporera. El se queda contigo, para continuar levantando la carga y guiándote en una senda nueva. El apóstol Juan, hablando del Espíritu, escribió: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él” (1 Juan 2:27).

No se necesita un doctorado en divinidad para poder discernir quién tiene la unción y quién no la tiene. Un pecador no regenerado que ve la televisión durante el domingo en la mañana conoce el toque del Espíritu cuando lo ve. Lo reconoce porque, como el diamante es extraño para él.

No hay nada más trágico que gente que no tiene la unción trate de producirla. Tratan de forzarla, pero el toque del Señor no está allí. Cuántas veces has viajado para oír a un gran predicador o maestro de Biblia, sólo para encontrar que esa persona es sólo un caparazón vacío, que no hay nada más que conocimiento adentro. Lleno de datos e información pero absolutamente sin vida.

Nunca olvidaré lo que pasó en una conferencia a la que asistí en la costa oeste. En una de las reuniones de la tarde, un joven fue presentado para cantar. Con una voz tremenda, bien entrenada, cantó *¡El Rey ya viene!* Toda la gente se alegró, y le dieron un gran aplauso cuando terminó.

Yo no sé cómo pasó, pero en el servicio de la noche una señora cantó exactamente la misma canción. Franca-mente, no parecía una cantante, su voz era un poco nasal, y algunas de las notas estaban fuera de tono. Pero ella tenía algo más, que cubría esas deficiencias mil veces. Cuando llegó al segundo coro, la gente estaba de pie. Sus manos estaban levantadas al cielo. El poder en aquel lugar era eléctrico. Y no terminó cuando ella finalizó de cantar. Alabamos al Señor y volvimos a alabarlo. Luego comenzamos a aplaudir —por largo rato. Pero no estábamos aplaudiendo a la cantante. Estábamos aplaudiendo al Dador de la canción.

¿Qué hizo la diferencia? Amigo, *¡fue la unción!* Fue el poder del Espíritu en la vida de aquella mujer.

Durante mi ministerio en Canadá, éramos uno de los grupos auspiciadores de la cruzada de Billy Graham. En su preparación las reuniones eran organizadas como nada que yo hubiera visto. Y los mismos servicios eran “flojos” comparados con lo que yo estaba acostumbrado a ver. Pero cuando Graham comenzó a hablar, hubo un inconfundible toque del Espíritu en su mensaje. El contenido era Cristo,

pero yo podía decir que estaba en la presencia de un hombre que tenía una relación personal profunda con el Espíritu.

Palabras que asombraron a la sinagoga

Desde la creación, la gente ha estado fascinada con la unción. Se han maravillado con ella, la han manifestado, y aun imitado. Pero la verdadera unción siempre ha sido —y todavía lo es— una función de Dios el Espíritu Santo.

¿Cuál es su propósito? Para que puedas proclamar el mensaje con poder.

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro... (Isaías 61:1-2).

Pero esas no son sólo las palabras de un profeta del Antiguo Testamento. Jesús las citó a una audiencia pasmada en la sinagoga en Nazaret (Lucas 4:18-19).

Nunca debes olvidar que para entender al Espíritu Santo tienes que saber que El es Dios. Esa descripción te puede parecer extraña, pero es tan básica como la misma Palabra. El era el poder de la creación. ¿Recuerdas las palabras en el libro de Job? “El Espíritu de Dios me hizo, Y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4).

Mientras Dios el Padre estaba en el cielo en el trono de gloria diciendo: “Hagamos al hombre”, el Espíritu Santo estaba haciendo Su obra en la tierra. Aun el segundo versículo dice eso en la creación “El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2). Y el Salmista, hablando de las criaturas en la tierra, escribió: “Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra” (Salmo 104:30).

CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Si deseas que la unción del Espíritu llegue a ser evidente en tu vida, comienza con un entendimiento de quién El es, cómo El opera, y cómo puedes entrar en Su comunión. El Espíritu Santo fue enviado no sólo para hacerte sentir bien. Ciertamente El hará eso, pero El es mucho más. El tiene igualdad en la Deidad y merece nuestra adoración como Dios el Padre y Dios el Hijo. Pero eso es sólo el comienzo. Tu crecimiento espiritual no es diferente del de un árbol de roble gigante. Tiene que ser alimentado y nutrido.

¿Qué hago después?

Recientemente un hombre me dijo: “Benny, quiero darte las gracias por presentarme al Espíritu Santo en 1978”.

Yo le dije: “Magnífico. Dime, ¿qué ha pasado desde entonces?”

Su rostro palideció al decir: “Bueno, nada realmente. Yo sólo recuerdo cómo era cuando lo conocí”.

“¿Por qué crees que no ha pasado nada?” —le pregunté.

Nunca olvido su respuesta: “Pienso que yo no sabía qué hacer”.

Quizás he esperado que cada persona que ha sido presentada al Espíritu responda como lo hice yo. Yo literalmente me encerré con la Palabra y el Espíritu y absorbí como una esponja lo que El tenía que ofrecerme. Llevó tiempo, cientos y cientos de horas con el precioso Espíritu Santo.

Me doy cuenta de que para mucha gente es casi imposible encontrar el tiempo para escudriñar y escudriñar las Escrituras. Pero al leer este libro estás recibiendo en una manera concisa lo que le tomó al Espíritu años compartir conmigo. Pero hay una cosa que yo no puedo hacer por ti. No puedo poner una venda sobre tu cabeza y poner una unción sobre ti. Eso sólo viene con un encuentro personal profundo, privado, con el Espíritu. Y eso continúa y crece

con una amistad y comunión que solo tú puedes establecer.

Tu crecimiento en el Espíritu comenzará en el momento que comiences a ver que el Espíritu de Dios es verdaderamente Dios. No puedo repetirlo lo suficiente porque el cuadro mental de una personalidad débil ha sido metido en nuestra psiquis desde la infancia. Recuerdo haber visto un libro que decía, "El Espíritu Santo es un siervo para el Cuerpo de Cristo". Esa es la clase de error de que yo estoy hablando. El no es un siervo; El está en control. El es el líder del Cuerpo de Cristo.

Déjame compartir algo que he llegado a conocer. El Espíritu Santo no sólo es Dios; es también el Padre del Señor Jesucristo. Antes que digas: "Ahora aguántate ahí, Benedictus, déjame señalarte la Palabra.

Tu dices: "Yo pensaba que Dios el Padre era el Padre de Jesús". Bueno, tienes razón, pero estás también equivocado. Déjame mostrarte por qué. En el primer capítulo de los Evangelios se nos dice que el Espíritu Santo es el Padre de Jesús. "El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo" (Mateo 1:18).

Aun María estaba preocupada. Ella le dijo al ángel, "¿Cómo será esto, pues no conozco varón?" y "respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:34-35). Ahí lo tienes. El se llama Hijo de Dios, pero fue el Espíritu Santo quién vino sobre la madre de Cristo. Eso es la intimidad de la Trinidad —hijo de Dios el Padre e hijo de Dios el Espíritu en uno.

Aun los atributos de Jesús le fue dado por el Espíritu. Hablando del Cristo que vendría, Isaías escribió:

Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová (Isaías 11:1-2).

¿Quién es el Padre?

Jesucristo hombre fue engendrado del Espíritu. Y tal como los padres terrenales aman a su pequeño bebé, así el Espíritu Santo amaba al Señor. ¿Has visto tú a un padre orgulloso tomar en sus brazos a su hijo recién nacido apretarlo y amarlo? Yo creo que nosotros olvidamos que el Espíritu Santo tiene emociones también. El ama lo que ha creado; es por eso que desea poner sus brazos alrededor de ti.

¿Puedes ver a Dios el Padre en el cielo diciendo al Espíritu: "toma mi Hijo y hazlo carne" Fue el milagro de milagros. El Espíritu Santo tomó esa semilla divina y la puso dentro del cuerpo de María. Pero no solamente fue El el padre del Señor, El fue también el que lo ungió.

Imagínate, a Dios el Padre sentado en su trono en el cielo y a Jesús en la tierra sanando los enfermos y haciendo milagros. ¿Y qué del Espíritu Santo? El es el canal, el contacto entre ambas personalidades. Voy a ilustrarlo así: El Padre toma el teléfono (como si necesitara uno) y dice: "¿Espíritu Santo?"

"Sí, Señor" —dice el Espíritu al levantar el teléfono.

Dios dice: "Quiero que guíes a Jesús al desierto porque voy a enviar al diablo para que lo tienta".

El Espíritu dice: "Sí, Señor", y corre a Cristo. Jesús, ven conmigo" —le dice.

¿Ves cómo el Espíritu Santo viene a ser como el contacto entre ambas personalidades?

O imagínate esto: Jesús pasa por el lado de un hombre que está muy enfermo. De nuevo, el Padre levanta el teléfono y dice: "Espíritu Santo, ¡Detén a Jesús! Dile que se pare ahí mismo donde está".

El Espíritu dice: "Bien, Jesús, párate". Levanta el teléfono y dice: "Padre, ¿qué debe hacer El".

"Dile que sane a ese hombre" —dice la voz de Dios.

Jesús inmediatamente pone Sus manos sobre el hombre, el poder del Espíritu fluye a través de El, y el hombre milagrosamente se levanta.

Aquí está lo vital para que recuerdes —y cuando comprendas esto, se quitará el velo de tus ojos concerniente a la función del Espíritu Santo: Durante su estancia en la

tierra, *Jesús escogió ser no menos que un hombre en su totalidad.* Su “conocimiento revelado” no operaba sin la voz del Espíritu. Y El no se movía a menos que el Espíritu Santo se moviera con El.

¿Te has preguntado alguna vez por qué cuando Jesús pasaba, algunos no se sanaban? ¿Por qué El no oró por ellos? ¿Por qué El no los alcanzo y los tocó? Es porque el Padre no le ordenó al Espíritu Santo que guiara a Jesús a hacerlo. Cristo dijo: “que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago” (Juan 14:31). Jesús dependía del Espíritu; El era el cordón umbilical de Cristo al Padre.

¿Era Cristo capaz de pecar?

Aun antes que Cristo se enfrentara al Gólgota, El se ofreció a sí mismo al Padre por medio del Espíritu Santo. Comparando la sangre de Cristo al sacrificio de animales, en Hebreos dice: “cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14).

Si El no se hubiera ofrecido a Sí mismo mediante el Espíritu Santo, ¿hubiera sido aceptado por Dios el Padre? ¿Hubiera soportado los sufrimientos de la cruz? Si El no se hubiera presentado a sí mismo mediante el Espíritu Santo, Su sangre ¿hubiera permanecido pura e inmaculada?

Y déjame añadir esto: Si el Espíritu Santo no hubiera estado con Jesús, ¿hubiera pecado? Es posible que hubiese podido pecar. Fue el Espíritu Santo el poder que lo guardó puro. El no solo fue enviado del cielo, sino que fue llamado el Hijo del Hombre —y como tal, ¿no podía El pecar? El hecho que no lo hiciera no quiere decir que no *existiera* la posibilidad.

Si tú crees que Jesús no era capaz de pecar, entonces ¿por qué Satanás perdió su tiempo tentándole? El diablo sabía lo que estaba haciendo. Sin el Espíritu Santo Jesús jamás hubiera logrado completar Su obra.

Realmente Jesús se ofreció a Sí mismo mediante el Espíritu Santo para permanecer sin pecado. Aún dependió del Espíritu Santo para que lo levantara de las garras de la

muerte. ¿Recuerdas las palabras de Pablo? Cristo fue “declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4).

Fue a través del poder del Espíritu que Cristo fue levantado de los muertos. He aquí lo que dice la Escritura: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11) No sólo el Espíritu levantó a Cristo; ¡El es quién también te levantará a ti! Podemos poner nuestra esperanza en El.

El plan maestro de Dios

Aun después que El cambió el curso de la historia saliendo de la tumba vacía, Cristo continuó dependiendo del Espíritu. En realidad, El le dijo a los discípulos que no dejaran Jerusalén hasta que fueran investidos de poder de lo alto. El dijo que debían esperar la promesa del Padre, “la cual, les dijo oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:4-5).

Cristo estaba bajo el control de Dios cuando habló esas palabras. El estaba repitiendo lo que el Padre dijo del Espíritu Santo.

Tan dependiente era Cristo del Espíritu que El se volvió a El antes de dar direcciones a Sus seguidores. La Escritura dice: “que fue recibido arriba después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles” (Hechos 1:2).

¡No me interpretes mal! De ninguna manera estoy diciendo que la posición de Cristo es menos que la del Espíritu Santo, tampoco el Espíritu Santo es menos que Jesús. Hay igualdad absoluta en la Trinidad. Cada miembro tiene un propósito y características únicas.

Lo que yo quiero que tú sepas es que el Espíritu no es débil. No es inmaduro o incapaz de hablar por Sí mismo. El Espíritu Santo es perfecto, poderoso, y glorioso.

El Espíritu merece nuestra adoración. Debemos

poner en práctica lo que hemos estado cantando por generaciones: "A Dios el Padre celestial, al Hijo nuestro Redentor, al eternal Consolador unidos todos alabad, amén".

¿Cómo lo reconoces? Es tan simple como esa vocecita que oyes cuando estás a punto de quedarte dormido, la voz que te recuerda: "Tú no has orado hoy". O puede que El diga: "No has leído la Palabra hoy". Ese es el Espíritu hablando, luchando con tu alma. Ya tú lo conoces, pero El anhela que lo conozcas más.

El Señor predijo lo que te pasaría cuando hicieras un lugar para el Espíritu. El dijo, "El que cree en mí como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan 7:38). ¿Y qué era esa unción de la que hablaba El? "Esto dijo del Espíritu que habrían de recibir los que creyesen en él" (v. 39).

Dios tiene un plan maestro detallado para tu vida. Su unción y Su Espíritu están incluidos en el plan: "Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios. el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones" (2 Corintios 1:21-22).

¿Has hecho lugar para el Espíritu Santo? *Todo lo que El pide es un lugar en tu corazón.*



"Tan cerca como tu aliento"

“¿Por qué Dios no contesta mi oración?” “¿Por qué no puedo recibir mi liberación y mi sanidad?”

La respuesta a tus necesidades más urgentes está cerca —mucho más cerca de lo que jamás te hayas imaginado. Sólo una palabra, que salga de tu corazón, puede hacer que las nubes más oscuras de tu vida repentinamente desaparezcan. Es tiempo de dejar de pensar que Dios es un Espíritu inaccesible que reside a millones de millas de distancia. El Padre está tan cerca, que puedes hablar con El en cualquier momento, y Su Espíritu está tan cerca que te puede dar consuelo, paz, y dirección. Todo lo que tienes que hacer es pedir y confiar que El lo va a hacer.

Lo que yo he hallado en el Espíritu no es algún secreto envuelto en el misterio. Es tan real como la vida misma y está tan cerca como el latir de tu mismo corazón. Y es por eso que yo deseo compartirlo contigo.

LA OBRA DE LA DEIDAD

¿“Debilidad?” o “voluntad”?

Comencemos con este hecho acerca de la Deidad: Lo que

es cierto de uno no necesariamente se aplica a los tres. A veces son diferentes, aun en la manera en que Ellos se mueven y en la manera en que Ellos hablan. Ya hemos discutido el hecho de que los miembros de la Deidad son personas distintas —sin embargo, los tres son Uno. Pero en cuanto a lo que respecta a la relación y comunicación personal con “Dios”, un entendimiento del Padre, del Hijo, y del Espíritu es esencial.

Cada vez que tú veas a Dios obrar, lo ves como un Dios. Pero comienzas a ver alguna distinción en la manera que piensan y actúan la personas de la Deidad.

Por ejemplo, cuando el pueblo judío bajo el Antiguo Pacto voluntariamente y a sabiendas pecó delante del Padre, ¿recuerdas lo que pasó? La Escritura dice que fueron muertos o castigados.

Pero Cristo el Hijo trató de otra manera con aquellos que deliberada y voluntariamente pecaron. Por ejemplo: Considera a los fariseos. ¿Los mató Cristo? ¡No! El los *reprendió*.

Tú dices, “Benny, yo siempre creí que Cristo perdonó a todos.” La Escritura no dice si Jesús perdonó a los fariseos por sus pecados o no. Sin embargo, El perdonó al criminal en la cruz cuando clamó de corazón, “¡Acuérdate de mí cuando vinieres en tu reino!

No malentiendas. Dios el Padre *perdonó*, pero también mató o castigó a aquellos que rehusaron cesar de rebelarse contra El. Dios el Hijo, sin embargo, respondió de otra manera. En vez de matar o juzgar al pecador voluntario, El simplemente lo *reprendió*.

Tú preguntas: “¿Pero qué sobre el Espíritu Santo? ¿Cuál es su respuesta a una persona que a sabiendas, deliberadamente peca?” El reacciona totalmente diferente que el Padre y que el Hijo. El Espíritu no los quita o reprende — *El los convence de culpa* y retira el poder de Su presencia.

¿A quién debo recurrir?

La Trinidad, como hemos visto, se compone de tres personas distintas y únicas. Pero necesitas entender Su

Unidad. —que son Uno. Es esencial que reconozcas que la Unidad que lo abraza todo, de la que estamos hablando, está conectada a la *obra* de la Deidad.

La Palabra expresa claramente que hay diferencias —o diversidades— de administración en la Deidad, aunque Ellos son uno. Nota cómo lo explicó Pablo a la iglesia en Corinto: “Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo, Y hay diversidad de operaciones, pero Dios que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Corintios 12:5-6). Y entonces él escribe: “Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho”(v. 7).

Pablo estaba presentando la obra de la Deidad. El explicó que el Señor Jesús es el administrador, el Padre es el operador, y el Espíritu Santo es el manifestador. Ahora, esa es una de las pocas veces en la Palabra donde Jesús se menciona primero y el Padre segundo en el orden de reconocimiento.

Pero vamos a ponerlos de nuevo en el orden “usual” de la Escritura. ¿Cuál es la obra principal del Padre? El *opera*. ¿Y qué sobre el Hijo? El *administra* la operación del Padre. Y el Espíritu Santo *manifiesta* la administración de esa operación.

Si tú necesitas vida, ¿a quién te vuelves? Tu miras al Padre porque El es el dador de toda buena dádiva y don perfecto. Tú dices: “Benny, yo pensaba que mirábamos a Jesús”. No. La fuente es el Padre. Pero el *dador* de esa fuente es Cristo. Y el poder de la fuente es el Espíritu Santo.

Así que, cuando tú necesitas vida, esto es lo que sucede. Miras a Dios el Padre y dices: “Padre, ¡dame vida!” O sanidad. O liberación“. Tú ves, Dios es la fuente de eso.

Jesús dijo: Pedid “al Padre en mi nombre”. Aun cuando te acercas a Dios mediante Su Hijo, todavía es al Padre a quien le pides el don. Y tu petición va *mediante* el Hijo al Padre.

¿Cómo viene ese don? Digamos que tu petición es por sanidad. Dios el Padre —recuerda ahora que Dios existe en tres personas— mira a Dios el Hijo y dice, “Sánalo, por favor”

Cristo da la sanidad. ¿Por qué? Porque ese es la

función del administrador. La misma palabra *administrar* quiere decir ministrar o servir. Así que el Padre entrega la sanidad al Hijo, y el Hijo te la transfiere a ti.

¿Puedes verte a tí mismo extendiéndote para recibir la sanidad y hallando que por alguna razón está fuera de tu alcance? Extiendes los brazos hasta donde puedes, pero el don parece más allá de tu alcance. Tan cerca que está y, sin embargo, tan lejos que parece. ¿Qué ha pasado? ¿Qué falta? Es aquí donde la obra del Espíritu Santo entra en la escena. El se presenta a Sí mismo para manifestar la sanidad que fue provista por Dios y transferida por Su Hijo. *Es el Espíritu quien completa el proceso de tu sanidad.*

El está a tu lado

Comenzó en Pentecostés. El Espíritu Santo descendió del cielo para manifestar la obra de la Deidad. ¿Y exactamente dónde está el Espíritu hoy? ¿Dónde El hace su residencia? El Espíritu no está al lado de Jesús como mucha gente bien intencionada cree. Y El no está al lado del Padre. El fue dado a ti y a mí como el *Consolador* “el que está a nuestro lado”.

El Espíritu Santo es tu ayudador. Sí, El es tu asistente para ayudarte a recibir la vida, la sanidad, o la liberación que tú desesperadamente necesitas.

A menudo alguien pregunta: “Benny, ¿a quién debo orar?” Mi respuesta es: “Por favor, no confunda el asunto. Tú oras al Padre”.

“Pero”, dice el interesado, “tú nos dijiste que tenemos que orar al Espíritu”.

Yo tengo que decirle: “Hay una enorme diferencia entre hablar y orar. Hasta ahora yo nunca he orado al Espíritu Santo”. ¿Sabes el significado de la palabra *oración*? Oración quiere decir petición. En otras palabras, tú vienes con tu necesidad buscando una respuesta. Vienes buscando y esperas recibir. Tú nunca recurres al Espíritu —El te *ayuda* a recurrir.

Hasta este día nunca he dicho, “Espíritu Santo, dame”. Pero no puedo contar las veces que he dicho, “¡Precioso Espíritu Santo, ayúdame a pedir!”

¿Estás comenzando a darte cuenta de que tu respuesta está tan cerca como tu aliento? Sólo una palabra, que espera ser pronunciada. Puede ser un problema físico que te ha atormentado por años. O puede ser un hábito que parece imposible de romper. La respuesta que necesitas está al alcance de tu mano.

¿No es tiempo de que te vuelvas al Espíritu de Dios y le digas: “Espíritu Santo, Tú eres mi ayudador. Te necesito. ¿Me ayudas ahora?” En el mismo momento que digas esas palabras de corazón, el Espíritu Santo pondrá Su mano sobre ti y algo maravilloso pasará. De repente te encontrarás a ti mismo verdaderamente “en el Espíritu” —Absorto en Su presencia y en Su persona.

Tres palabritas

Cuando el Padre te da algo, viene *del* Padre. Y cuando el Hijo te da algo, generalmente se describe como *mediante* Jesús. Pero cuando el Espíritu Santo provee, es dado *en* El. Del, mediante, en —sólo tres palabritas, pero son fuertes y poderosas.

Al tú leer la Palabra de Dios, el efecto es impactante. Cuando ves que se habla del Padre, es en términos del “amor de Dios”, “el poder de Dios”, “la gracia de Dios”. Así se presenta a Dios vez tras vez.

¿Pero cómo se presenta a Cristo? A menudo la Escritura nos enseña que “alabamos mediante el Hijo”, “recibimos mediante el Hijo”, y así sucesivamente.

Cuando se habla del Espíritu Santo, sin embargo, la terminología cambia. Se usa la palabra *en*. “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). Y: “Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu” (v. 25) (Versión Reina Valera antigua).

Como Cristo le dijo a la mujer samaritana en el pozo: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23). Aquí, la palabra *en* simplemente quiere decir “de acuerdo con”. En otras palabras, Cristo dijo que el Padre busca que aquellos que le adoren estén de acuerdo con el Espíritu.

¿Estás tú andando de acuerdo con el Espíritu? ¿Estás viviendo de acuerdo con el Espíritu? Alcanzar esa relación no es difícil. Es tan simple como decir al Gran Ayudador: “¡Ayúdame!” Así es como el Espíritu de Dios te tocará y ciertamente te asistirá cuando te dispongas a recibir lo que Dios desea que tengas.

Lo que es importante en todo esto es que te des cuenta de que la Trinidad está, en efecto, obrando al unísono para lograr una meta —satisfacer tu necesidad. Ellos son Padre, Hijo, y Espíritu Santo, pero son Uno. Ellos son un equipo de personas, unidas en una naturaleza trabajando juntas en completo acuerdo y eterna armonía.

UNA RELACION “DE PACTO”

Es porque el Espíritu Santo está aquí en la tierra y a tu lado que retienes la sanidad o liberación que has recibido. Es por eso que Jesús pudo regresar al cielo, y aun así tu puedes retener en la tierra el don que El te ha dado. Si deseas saber cómo mantener una relación íntima con el Espíritu Santo, escucha las palabras del gran profeta Hageo: “Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis” (Hageo 2:5).

Cuando le pides al Hijo de Dios que venga a tu corazón, estás haciendo un pacto personal con Dios. Y no es una conversación unilateral. Dios también hace un acuerdo o un “pacto” contigo. Así es como El ha obrado siempre.

El Padre inició pactos con Adán, Noé, Abraham, Isaac, David, y muchos otros. Pero tal como Dios buscó entrar en acuerdo, también la humanidad buscó a Dios. Eso es lo que descubrimos con Jacob, Josué, Salomón, y los israelitas.

Cuando los israelitas confesaron sus pecados a Dios, dijeron:

Ahora pues, Dios nuestro, Dios grande, fuerte temible, que guardas el pacto y la misericordia... estamos en grande angustia (Nehemías 9:32, 37).

Entonces Nehemías le dijo al Señor,

A causa pues de todo eso, nosotros hacemos fiel alianza, y la escribimos, signada de nuestros príncipes, de nuestros Levitas y de nuestros sacerdotes. (v. 38 Antigua versión).

Este pacto fue firmado por no menos de ochenta y cuatro líderes quienes se comprometieron “bajo pena de maldición, y bajo juramento, guardar y cumplir los mandamientos, ordenanzas y estatutos que Dios nos dio por medio de su siervo Moisés” (10:29, B.D).

Los pactos con Dios se ratificaban por una variedad de acciones que incluían quedarse (Esdras 10:14), quitarse el zapato (Rut 4:7-11), comer juntos (Génesis 26:30), erigir un monumento (Génesis 31:45-53), y hacer un juramento (Josué 2:12-14).

Quizás el pacto más importante de todos es el que Dios hizo contigo mediante Su Hijo cuando El “resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo ... por la sangre del pacto eterno” (Hebreos 13:20).

¡Una palabra de advertencia!

Pero tal como Dios tiene un pacto concerniente a tu salvación, tú puedes hacer un voto o un juramento con Dios que trate con tus necesidades personales. Yo he hecho varios compromisos con Dios, y yo creo que Dios reconoce la sinceridad de un compromiso cuando declaras categóricamente lo que estás dispuesto a hacer en respuesta a Sus bendiciones.

Un hecho es obvio: el Antiguo Testamento está lleno de pactos que agradan a Dios. ¿Y por qué es eso importante para ti? Porque Dios obra por pactos y mediante pactos, y tú puedes entrar en un pacto con El concerniente a

cualquier necesidad especial. Encontrarás que el Padre está más que dispuesto a guardar Su palabra.

Yo he llegado a creer que el Espíritu Santo entra en tu vida como el resultado del pacto eterno que Dios hizo contigo concerniente a tu salvación. El es el mensajero de Dios —y de Cristo— para ti desde ese momento en adelante. Y ese acuerdo es para tomarlo en serio. ¡Recuerda lo que le pasó a Sansón! Dalila, después de lograr que le afeitaran la cabeza mientras él dormía, grito: “¡Sansón, los filisteos sobre ti!” Al despertar él de su sueño, se dijo: “Esta vez saldré como las otras y me escaparé. Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él” (Jueces 16:20). Quien se había apartado era el mismo “Espíritu de Jehová” que “vino sobre él” anteriormente (Jueces 15:14).

¿Puedes imaginar que estuvieras en esa situación? Tú piensas que estás lleno, pero no lo estás. Crees que estás ungido, pero el Espíritu se ha ido. Sansón estaba totalmente ignorante de que él había traicionado su llamamiento y su pacto con Dios. El creía que todavía tenía fuerza, pero el Espíritu se había ido de su vida.

La misma cosa le pasó a Saúl. El Señor rechazó a Saúl como rey porque “se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis palabras” (1 Samuel 15:11). No sólo el Espíritu dejó al rey, sino que algo mucho peor ocurrió: “El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (1 Samuel 16:14).

El vacío se llenará

¿Sabes tú que cada inconverso es influenciado grandemente por los demonios? Esto es estremecedor, pero eso es lo que la Escritura dice: “Y él os dió vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:1-2).

Tú dices: “¡Pero eso nunca podría pasarme a mí! Yo estoy lleno del Espíritu Santo”. Eso puede ser cierto, pero

si por alguna razón la presencia del Espíritu Santo te deja, se crea un vacío y eso es exactamente lo que Satanás está buscando. Entonces su *influencia* se convierte en *opresión*.

A nadie le gusta hablar de demonios. Los predicadores no hablan acerca de ellos. Los cristianos no le dan atención al asunto. Y los inconversos borran el horrible tópico de sus mentes. Es como un político que evade los tópicos de las drogas y el crimen, pensando de que de alguna manera desaparecerán. Pero Cristo habló del asunto sin temor. El habló de cómo los demonios están ansiosos de invadir tu vida.

Jesús le dijo a los fariseos: “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero” (Mateo 12: 43-45). Escucha atentamente lo que el Señor dice después: “Y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero” (v. 45).

El plan de ataque de Satanás es este: Cada demonio que ha salido volverá a hacer una visita —para ver si la oportunidad todavía está disponible. Y si se le da una oportunidad él llevará otros con él. Es una situación aterradora, pero tú puedes evitarla estando completamente lleno del Espíritu y nunca romper tu pacto con Dios.

¿Recuerdas la historia de los discípulos que fracasaron en el intento de sanar a un niño? Fue mientras Cristo estaba en el Monte de la Transfiguración en estado glorificado. Y cuando el Maestro bajó del monte, el padre del niño dijo: “Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua. Y lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar” (Mateo 17:15-16).

Pero se necesitaba más que una sanidad física. Cristo dijo: “Traédmelo acá. Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora” (vv. 17-18).

El Señor no sólo quiere remover a Satanás y sus

demonios de tu vida —aquellas cosas que son una barrera a tu sanidad y liberación— pero El desea llenar ese vacío. Es por eso que El envió al Consolador. El desea que tú seas *lleno* del Espíritu.

Ahora mismo, el Espíritu está en la tierra. De hecho, El está esperando pacientemente por tu invitación.

Todo lo que se necesita es sólo una palabra, aun un susurro: “¡Espíritu Santo, por favor ayúdame!”

La respuesta que anhelas está tan cerca de ti como tu respiración.



***“¿Por qué
estás
llorando?”***

“Benny, es perdonable la blasfemia contra el Padre?” me preguntó un cristiano nuevo recientemente.

“Sí”, contesté.

“¿Qué de la blasfemia contra el Hijo?”

“Esa puede ser perdonada también”, dije yo.

“Entonces, ¿puedes decirme por qué la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada?”

LIBERTAD DEL TEMOR

Para muchas personas el tema es inquietante. Pero el Espíritu me ha dado libertad del temor de cometer “el pecado imperdonable”. El me abrió el entendimiento con tal revelación que ya no me preocupa el asunto.

“El estaba llorando silenciosamente”

En el invierno de 1974 Dios abrió mis ojos a una tremenda verdad concerniente a la naturaleza del Espíritu Santo y por qué el Padre y el Hijo dieron la “última” advertencia a aquellos que blasfemaran al Espíritu.

Yo estaba en oración cuando de repente supe que el Espíritu de Dios estaba en mi cuarto, y sentí que Él estaba llorando. Yo sé que esto suena raro, y tengo que confesar que no lo entiendo completamente. Pero sí recuerdo que yo estaba de rodillas cuando sentí Su presencia y percibí que Él estaba llorando silenciosamente.

Tú dices, “Bueno, cómo sabías que era el Espíritu?” Para mí, cuestionar la realidad de ese momento sería como cuestionar mi salvación; tan real como ésta fue esa experiencia. Yo no puedo explicarla o comprenderla, pero sé que sucedió.

La experiencia fue tan real, que efectivamente volví mi rostro hacia la izquierda y dije: “Espíritu del Señor, por qué estás llorando?”

No hubo respuesta. Y en ese momento las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Con mis ojos humedecidos, le pregunté otra vez: “Espíritu del Señor, ¿por qué estás llorando?”

Entonces todo mi ser comenzó a llorar. Ya no eran solo lágrimas; la realidad de lo que sentí era tan grande que comencé a gemir. El sentimiento venía de muy dentro. Era como si yo estuviera quebrantado de corazón —como una persona que acaba de perder un hijo o una hija.

El gemir profundo no cesaba. Yo estaba llorando en la noche y no pude dormir. Y continuó, no por horas sino por días. Esto no fue planeado y en verdad, yo no podía entender por qué las lágrimas eran tan incontrolables. La experiencia duró por más de tres semanas.

La carga se hizo cada vez más pesada. Yo sentía como si alguien hubiera tomado una carga de mil libras, la hubiera ligado apretadamente a mi espalda, puesto llave a las ligaduras, y me hubiera dejado solo para que luchara. De todos modos, sentía como que yo estaba sobrecargado con una carga pesada y opresiva de dolor. Esa es la única manera de describirla —una carga de dolor.

Paseándome por la habitación

Me sentía como el salmista cuando escribió:

*Me he consumido a fuerza de gemir;
Todas las noches inundo de llanto mi lecho,
Riego mi cama con mis lágrimas.*

(Salmos 6:6)

Allí estaba yo, afligido sin saber por qué, paseándome por la habitación buscando una razón.

Alcé mi vista y dije: “Señor, ¿por qué?”. Yo oré que me librara de este peso inexplicable sobre mis hombros. En ese momento el Dios omnipotente transformó esa carga de dolor en una carga por las almas perdidas que jamás había conocido antes.

Lo que comenzó por preguntarle al Espíritu Santo, “¿Por qué estás llorando?” terminó con una carga que transformó mi vida; una carga por los perdidos que nunca me ha dejado —ni una vez— hasta este día.

Yo salí de aquella experiencia (aunque todavía no la entiendo completamente) convencido de que el Espíritu Santo se aflige por el mundo. Estoy completamente persuadido de que con lágrimas Él busca siervos que lleven el amor de Dios. Yo creo que el Espíritu del corazón del Padre se está quebrantando por las necesidades de la humanidad. Quizás en aquellas semanas Él me permitió tener sólo un vislumbre de Su agonía por los perdidos.

No había duda de lo que sería el futuro de Benny Hinn. Yo sabía que *tenía* que predicar el mensaje del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Y no he dejado de hacerlo desde entonces.

El Espíritu es tan especial que cuando Él encuentra una persona que Él pueda usar, le permite sentir el palpitar de Su corazón. Cuando tú hayas sentido el dolor que el Espíritu Santo siente, ese sentir se adhiere a tu conciencia y nunca te deja. No solamente ves las necesidades de la humanidad; tú *sientes* aquellas necesidades desesperadas como nunca antes.

Pero yo creo que había otra razón para que Dios me permitiera pasar por aquella lección. Aquello abrió mis ojos al porqué el Espíritu Santo es un miembro de la Trinidad y, sin embargo, es diferente del Padre y del Hijo. Y me hizo posible juntar las piezas del rompecabezas llamado “el pecado imperdonable”.

Insulto y calumnia

¿Qué dice la Escritura exactamente?

Jesús, hablando a los fariseos, dijo: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama. Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mateo 12:30-31). Luego, haciéndolo aun más claro, dijo: “A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (v. 32).

¿Que abarca la palabra *blasfemia*? La palabra tiene diferentes significados que incluyen:

Hablar mal de

Burlarse (o escarnecer)

Injuriar, denigrar, criticar, o hablar irrespetuosamente de

Difamar —herir con palabras

Calumniar —o acusar falsamente

Insultar

Algunos pueden preguntar: “¿Cómo uno difama al Espíritu Santo?” o ¿Cómo lo “insultas”? Es un acto *voluntario*.

El libro de Hebreos habla directamente sobre el asunto:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de

devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (Hebreos 10:26-29).

A esas palabras sigue este serio recordatorio: “Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (vv. 30-31).

Qué diferencia

¿Por qué no hay perdón para la blasfemia contra el Espíritu Santo? A través de las páginas de este libro he compartido contigo de la Escritura que hay una particularidad —una *diferencia*— en el Espíritu Santo. El no es más alto ni más bajo que el Padre o el Hijo, pero tenemos que llegar a conocer Sus características.

El Dios todopoderoso, el Padre, es el gran Dios del cielo y tiene que ser adorado, alabado, glorificado, magnificado, y ensalzado. Jesús, Su Hijo, es el Señor de la gloria, a quien aun los ángeles temen mirar. Sin embargo, amigo mío, yo entiendo que el Espíritu Santo tiene la capacidad de sentir las emociones humanas —aun dolor, aflicción y angustia— con una intensidad que El solo conoce.

Tú dices: “¿Quieres decir que el Espíritu Santo puede sentir un dolor de corazón en una manera diferente que el Padre y el Hijo?” La Escritura no dice: “No contristéis al Padre o al Hijo”. Siempre es: “No contristéis al Espíritu”. ¿Por qué? Yo creo que es porque El es tocado en una manera profunda e intensa que en algo difiere de lo que experimentan los otros miembros de la Deidad.

El solo hecho de que Jesús dijera que “alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado” indica que el Espíritu Santo puede llegar a herirse.

¿Por qué del Padre se dijo que “hicieron enojar su

santo espíritu?” En otras palabras, el Espíritu de Dios fue afligido o atormentado. Y la Escritura dice que “por lo cual se les volvió enemigo y él mismo peleó contra ellos” (Isaías 63:10). ¿Por qué el Espíritu parece ser tan protegido? Quizás sea porque Dios el Padre sabe cuán tierno el Espíritu es. Es casi como si Dios el Padre dijera: “Si tú lo tocas, jamás te perdonaré”.

¿Por qué el Espíritu Santo está tan protegido por Cristo que Jesús decía: “Mi sangre limpiará todos los pecados menos ese?” El aun dijo: “Pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno” (Marcos 3:29). ¿Por qué? Repito, porque el Espíritu Santo es diferente y Su corazón puede ser tan fácilmente lastimado.

Pero, ¿puedo darte una palabra de consuelo? Antes de Jesús hablar de blasfemia, El hizo una declaración muy importante que debes de leer una vez más. El dijo: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:30).

Si tú estás trabajando para Cristo, no caes dentro de la categoría de Su advertencia. Cuando el Señor habló sobre el tópico de la blasfemia, hizo absolutamente claro que estaba amonestando a personas que no estaban trabajando con El.

Pregúntate, “¿Estoy con El?” Si la respuesta es sí, entonces pregúntate: “¿Estoy recogiendo almas para El?” Si la respuesta todavía es sí, puedes decir: “Entonces nunca blasfemaré al Espíritu”.

“¿Estás preocupado?”

Una adolescente vino a mí convencida de que ella había blasfemado contra el Espíritu Santo.

“¿Estás preocupada?” le pregunté.

“Sí”, dijo ella con una mirada turbada.

“Jovencita”, le dije, “el solo hecho de que estés preocupada quiere decir que tú no blasfemaste contra el Espíritu”.

Tú ves, la blasfemia es un acto de la voluntad que no acarrea preocupación.

La blasfemia es maldecir a Jesús y decir: “¡No me importa lo que El hizo!” Es decir: “¿A quién le importa lo precioso que la sangre es? La blasfemia es despreciar lo que Dios hizo y hacerlo voluntariamente.

Tú dices: “Bueno, Benny, ¿cómo yo sé que nunca cometeré ese pecado?” Tu no cometerás ese pecado mientras no *desees* cometerlo.

Mira atentamente lo que Cristo dijo. El dijo que cualquiera que “hable” contra el Espíritu no será perdonado. Esa palabra es vital para el mensaje de Cristo. Hablar indica un acto deliberado. Es más que un pensamiento ocioso. El cuerpo entero de uno llega a involucrarse en el acto de decir una palabra.

Si el espíritu es blasfemado, El es insultado por aquellos que han hecho la *decisión* de blasfemar. Es un acto de la voluntad, una decisión que uno tiene que ejecutar.

¿Dónde está Satanás en todo esto? De mi trato con la gente como ministro, yo sé como el diablo viene a la gente y trata de llenar sus mentes con pensamientos malos acerca del Espíritu Santo. ¿Esperarías tu nada menos de él? Quizás te ha pasado a ti.

¿Han entrado alguna vez pensamientos “impropios” a tu mente que deseas que nunca hubieran venido? ¿Quien lanzó hacia ti ese mal pensamiento? Por supuesto que fue Satanás. Pero, ¿dijiste tú ese pensamiento en voz alta? ¡No! La razón de que guardaras silencio es que no fue un pensamiento tuyo.

Es la persona que habla en contra del Espíritu Santo la que ha hecho la decisión de blasfemar. Es el que dice: “¡Yo voy a blasfemar, y no me importa lo que Dios piense!”

Saúl blasfemó al Espíritu cuando rechazó la palabra de Dios. Demas, uno de los compañeros de Pablo, blasfemó cuando le dio la espalda al evangelio y volvió a la lascivia de la carne. Pablo escribió: “Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica” (2 Timoteo 4:10).

No le permitas que te deje

Tú dices: “Nos has estado diciendo que no podemos

blasfemar. ¿Y qué de Saúl y Demas?” Mi punto es que tú no puedes blasfemar mientras decidas vivir para Jesús y permanecer con esa decisión.

El camino a la eternidad está cubierto de personas que empezaron con Cristo y terminaron con Satanás. Hay los que pasan al frente y le dan la mano al predicador como si eso les diera una clase de póliza de seguro que les garantiza una mansión en el cielo. Pero sus corazones no acompañaron a sus acciones. Pronto encuentras a esos mismos enamorados de la lascivia, el dinero o el brillo del mundo. Y dicen: “Dios, yo me voy”.

Puede que te preguntes: “¿Cómo sé que el Espíritu Santo está todavía conmigo? ¿Y cómo sabré si El se ha alejado y cuándo lo ha hecho?”

Es una táctica de Satanás: atacarte y llenar tu mente con estas palabras, “¡El Espíritu Santo te dejó. Se fue para siempre. Nunca lo volverás a tener!”

Pero no aceptes eso. Te diré cómo puedes saber si el Espíritu todavía está contigo. Esto ha sido una gran ayuda para mí y creo que lo será también para ti. Primero, la Escritura nos dice que el Espíritu Santo mora en cada creyente como consejero y fuente de paz. Segundo, *¿estás tú consciente de la presencia de Jesús en tu vida?* Entonces el Espíritu Santo no se ha ido. *¿Todavía oyes al Espíritu de Dios decir: “¡Ora!”* El no se ha ido. *¿A veces te sientes culpable por no leer la Palabra?”* El no se ha ido; en efecto, El te está trayendo convicción de pecado. *¿Al encontrarte con alguien has sentido la urgencia de hablarle acerca de Jesús?* El todavía está allí.

Jesús no estaba hablando palabras contradictorias cuando dijo que el Espíritu estará contigo para siempre. El estaba hablando del hecho de que la función del Espíritu es permanente —aun eterna. Tú ves, si lo blasfemas, el Espíritu se va. Pero si lo contristas, El no te deja. El se quedará, aun cuando tú lo hieras. Yo creo que los cristianos contristan el Espíritu cada día. Yo, por lo menos, soy culpable de ello.

Contristar al Espíritu Santo es el pecado de la iglesia. Es por eso que Pablo le dijo a la iglesia: “No contristéis el Espíritu Santo”. El no estaba dirigiendo esas palabras a los inconversos.

¿Qué si yo cayere?

Puedes preguntar: “¿Cómo lo contristamos?” Tú lo contristas cuando no perdonas. Lo contristas cuando dices algo feo o malo. Pero tu oración diaria debe ser: “Bendito Espíritu de Dios, por favor ayúdame hoy a no contristarte”.

¿Y qué si cayeres? El está más que dispuesto para oírte decir: “Por favor, perdóname”. Y El te perdonará y te limpiará setenta veces siete.

El Espíritu Santo es tan sensible que aun la más ligera herida le causará dolor. Y mientras más tiempo lo hayas conocido, más entenderás Sus sentimientos. Cuántas veces, con lágrimas, yo digo: “Espíritu Santo, siento mucho haberte causado angustia. Pero, por favor, por favor, quédate a mi lado”.

En ocasiones le he dicho: “Tu me puedes castigar, ¡pero no me sueltes!” Porque a quien el Señor castiga, es porque le ama. Es como decir, “Yo te amo”.

Yo creo que si una persona permanece en una actitud de indisposición a perdonar, el Espíritu del Señor permitirá que atormentadores entren en él. Es por eso que Cristo le dijo a Pedro cuando el discípulo preguntó: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?” (Mateo 18:21).

El Señor le contestó, “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (v. 22). Entonces el le dio la parábola del siervo no perdonador, que termina con la advertencia, “¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía” (vv. 33-34). Cristo concluyó la parábola diciendo: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (v. 35).

¿Quiere decir ésto que el Espíritu Santo se ha alejado permanentemente? No. Es sólo que Dios removerá Su mano de protección de aquellos que no perdonan.

Una persona que totalmente ha blasfemado al Espíritu Santo llega a estar llena de los demonios de Satanás. Pero si tú preguntas: “Benny, ¿tú crees que un demonio puede poseer a un cristiano que está lleno del

Espíritu Santo?” ¡Absolutamente no!

Yo sí creo, sin embargo, que una persona que ha hecho una confesión de fe en Cristo, pero no vive para el Señor —que vive sin perdonar— puede ser influenciada por demonios. Tales pueden ser hostigados y aun *oprimidos* por los poderes de las tinieblas, pero no poseídos.

Pedro, por ejemplo, dijo: “Señor, tú no vas a morir”. Y Jesús le dijo, “Quítate de delante de mí, Satanás”. Pedro no estaba poseído por Satanás. El sólo estaba influenciado. Hay una gran diferencia.

Jesús dijo, mediante el Espíritu, “Nunca os dejaré ni os desamparé” Y eso, mi amigo, son buenas noticias. Y como El permanece con nosotros, es más importante saber qué hará El por nosotros que lo que Satanás hará contra nosotros.

Tú no puedes hacerlo por ti mismo

Estoy seguro de que es tu mayor deseo amar a Dios con tu espíritu, alma, y cuerpo. Pero no importa cuán fuerte sea tu deseo, es absolutamente imposible lograr tu meta por ti mismo. Es imperativo que digas: “Espíritu Santo, te pido que me ayudes”.

Pablo le escribió a la iglesia en Roma: “La esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

Ciertamente, deseamos amar a Cristo, pero eso es imposible a menos que el Espíritu nos dé amor sobrenatural. ¿Y cómo lo recibes? Simplemente dices: “Espíritu de Dios, yo me rindo a ti”. Por ese solo hecho El inundará tu alma de amor por el Señor.

Mientras más profundamente conozcas al Espíritu Santo, más profundamente conocerás a Jesús. Es algo automático. ¿Por qué? Porque cuando el Espíritu está presente, Cristo es enaltecido. Jesús dijo: “¡El me glorificará!” El Señor nunca es echado a un lado, sino más bien es traído mucho más cerca.

Pablo escribió: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:1).

¿Entiendes tú lo que verdaderamente significa andar en el Espíritu? Cuando El dice: “Ora”, eso es lo que tú haces. Cuando El dice: “Testifica”, eso es lo que tú haces. De repente, estás andando en el Espíritu.

EL GOZO DE LA LIBERTAD EN EL ESPIRITU

Cuando se desobedece se siente condenación y luego culpa. Pero al obedecer Su llamado, conoces el gozo de la libertad en el Espíritu: “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 5:2). El dador de la ley en el Antiguo Pacto fue el Padre, pero el dador de la ley en el Nuevo Pacto es el Espíritu Santo. Jesús dio los mandamientos *mediante* el Espíritu (Hechos 1:2), igual que Dios una vez dio la ley *mediante* Moisés.

Siete revelaciones

¡Qué gozo da disertar sobre las victorias descritas por Pablo en Romanos 8! En efecto Pablo comparte siete revelaciones específicas en los primeros dieciséis versículos de esta carta.

Quizás en ninguna otra parte en la Escritura está la obra del Espíritu tan claramente definida.

1. *Hay poder sobre el pecado.* La primera revelación dice que la ley del Espíritu de vida le da a uno libertad del pecado y de la muerte (vv. 1-2). Tú tendrás dominio sobre el pecado.

2. *El cumplirá la ley.* “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (vv. 3-4).

Es el cumplimiento de la ley de Moisés lo que ha producido la libertad que ahora tenemos en el Espíritu.

3. *El te dará la mente de Dios.* “Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne, pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (vv. 5-8).

4. *El te dará justicia.* “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (vv. 9-10).

5. *El dará vida a tu cuerpo.* “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (v. 11).

Si sigues en los pasos del Espíritu Santo, andarás en salud. Tendrás un cuerpo vivificado. Como dijo el profeta Isaías: “Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Isaías 40:31). Mi amigo, tú no puedes renovar tus fuerzas sin el Espíritu Santo porque El es el que vivifica el cuerpo mortal.

6. *El traerá muerte al yo.* “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (vv. 12-14).

7. *El te dará testimonio de tu salvación.* “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (vv. 15-16).

En versículo tras versículo, Pablo te dice que es el Espíritu quien hace la obra del Padre y del Hijo. Y yo me emociono cada vez que leo estas gloriosas palabras: “Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”.

No es la intención de Dios que te apartes de la senda que El te ha trazado. El no te creó para verte caer. Es por eso que no debes llegar a estar indebidamente alarmado por la posibilidad de cometer el pecado imperdonable, la blasfemia contra el Espíritu Santo.

Tu amor por Cristo sobrepasa de tal manera a la influencia de Satanás, que la batalla ha sido ya ganada. El Espíritu Santo anhela que tú comiences una relación profunda personal con El.

Cuando mi alma clamaba con sollozos del corazón que parecían interminables, el Espíritu esperaba pacientemente. Su carga vino a ser mi carga, y esa experiencia me dio una pasión por las almas que nunca ha disminuido ni se ha apartado.

El estaba esperando para darme poder, plenitud, justicia, una vida guiada por el Espíritu, y mucho más.

Y ahora El está esperando por ti.



*El cielo
en la
tierra*

Mis primeros “sermones” en 1974 y a principios del 1975 no tenían mucho contenido. Eran básicamente mi testimonio de la obra del Espíritu —de cómo El se hizo tan real para mí. En aquellos días realmente yo no sabía mucho, y había tanto que aprender.

SIGUIENDO LA VOZ DEL ESPIRITU

Pero durante 1975 yo oí la inconfundible voz del Espíritu Santo que me decía que era tiempo de comenzar reuniones semanales en Toronto. El dijo: “Sígueme. Oye mi voz, y tú vas a llevar a muchos a Cristo”.

Así que comencé. Los lunes en la noche programamos una serie de servicios que continuarían por los próximos cinco años. Comenzamos en el auditorio de una escuela superior, y la congregación llegó a ser tan grande que tuvimos que mudarnos para un local más grande. Cientos y cientos de personas asistían.

Los servicios eran totalmente dirigidos por el Espíritu, y yo siempre seguía al pie de la letra Su voz. Algunos

fueron liberados de vicios graves. Familias que estaban divididas fueron restauradas. Teníamos “filas de sanidad” y oímos testimonios de milagros. Pero siempre, siempre, los servicios resultaban en la salvación de las almas.

Entonces algo sucedió. Las personas comenzaron a recibir milagros, liberación, y sanidades en sus asientos. No hubo necesidad de filas para “imposición de manos”. Dios comenzó a hacer Su obra a través de todo el auditorio —tan abundantemente que no había tiempo para escuchar todos los testimonios.

La prensa comenzó a interesarse. En la primera plana del *Toronto Star*, el *Toronto Globe and Mail*, y otros periódicos a través de Canadá tenían historias de las “Reuniones de milagros” que estábamos celebrando.

En diciembre de 1976 el *Globe and Mail* envió un reportero a una de las reuniones para describir con detalles lo que estaba pasando. El escribió sobre las sanidades y testimonios y terminó el artículo citándome: “Yo no estoy interesado en levantar a Benny Hinn. No lo estoy y nunca lo estaré. Jesús es el único ... que hay que levantar y exaltar. Yo deseo ver almas, almas, almas, almas, almas. Personas, ¿entienden eso?”

Bajo el titular, “¿Es efectiva la sanidad de fe?” el *Toronto Star* presentó un reportaje documental de cuatro casos de personas que habían sido sanadas en nuestros servicios. Hablaba acerca de un obrero de la planta de la GM en Oshawa que tenía cáncer en la garganta. “Esta semana, después del examen en la clínica del cáncer, se le dijo que no había indicios del cáncer”.

El relató la historia de un camionero de Beaverton: “Uno que no asistía a la iglesia, quien había sufrido de fallo del corazón y enfisema (una enfermedad de los pulmones) por siete años, fue persuadido por amistades a asistir a una cruzada de sanidad. ‘Yo fui al doctor tres días después, y me dijo que no podía hallar nada malo’, dijo él. ‘Dios tiene que haberlo hecho’”.

¿Y qué de sus doctores? El reportero citó a uno, que dijo: “Mira, están pasando más cosas en este mundo de las que sabemos”.

Las estaciones de televisión comenzaron a filmar

documentales acerca de lo que Dios estaba haciendo. La *Canadian Broadcasting Corporation (CBC)*, *Global TV*, y la inmensa estación independiente de Toronto, el Canal 9, presentaron programas. Nosotros teníamos nuestro propio programa semanal de televisión que se vio después de *60 Minutes*, en las horas de mayor audiencia, por año y medio.

Un taxi amarillo en Pittsburgh

Dejar la gran ciudad de Toronto en 1979 no fue fácil para mí. Fue donde yo fui salvo, sanado, y tocado por el poderoso Espíritu de Dios. La prensa no tenía nada sino buenas noticias que reportar acerca del ministerio. Pero de nuevo, yo prometí seguir la guianza del Espíritu Santo.

Yo sabía que El quería que yo edificara una iglesia y estableciera un ministerio internacional. El me había dicho esto años antes, en 1977. Recuerdo exactamente dónde sucedió. Yo estaba en Pittsburgh, viajando en un taxi amarillo cuando tuve una conversación con el Espíritu acerca de eso. Sobre el ministerio El dijo: “¡Conmoverá al mundo!”

Yo me preguntaba, “¿Dónde será? ¿Nueva York? ¿Los Angeles?” Pero sabes, el Espíritu tiene una forma maravillosa de guiar.

En julio de 1978 viajé a Orlando, Florida, para hablar por invitación del pastor Roy Harthern. El me habló de su hija, Suzanne, que estaba en el *Evangel College* en Springfield, Missouri. Como era soltera, abrí mis oídos.

Me invité a mí mismo a pasar Navidad con ellos, y Suzanne estaba en el hogar por los días festivos. La primera vez que la vi, el Señor me dijo: “Esa es tu esposa”. ¡Sólo así! Yo lo sentí. Y ella también.

Pero yo tenía que estar seguro así, que comencé a pedir a Dios “señales”. Le puse “vellones”. Y cada uno de ellos obtuvo una respuesta. Yo pensé: “¿Es esto sólo coincidencia, o Dios realmente desea que yo me case con esta joven?”

Entonces probé una última señal —una algo difícil.

Yo volaba desde San José, California, a Orlando el primero de enero de 1979. Hice un viaje rápido para hablar en un servicio de fin de año. En el avión hablé con Dios.

Le dije, “Si realmente ella va a ser mi esposa, que ella me diga cuando yo llegue: ‘Te hice un pastel de queso’” Esa era la prueba más difícil que se me podía ocurrir.

Suzanne me esperó en el aeropuerto de Orlando, y las primeras palabras que salieron de su boca fueron: “Benny, te hice un pastel de queso”. Luego me dijo: “No esperes demasiado. Nunca antes yo había hecho un pastel de queso”.

A las dos semanas nos comprometimos y nos casamos más tarde ese año.

Al pasar el tiempo, todas las señales indicaban a Orlando, Florida, como el lugar donde comenzaríamos un ministerio mundial. Con sólo un puñado de personas, el Centro Cristiano de Orlando comenzó en 1983. Ahora beneficia las vidas de miles de personas cada semana, más una audiencia nacional de televisión.

El no es un promotor

Sinceramente, yo no tenía idea de adónde el Espíritu guiaría mi vida cuando comencé mi relación con El. Todo lo que yo sabía era que El era real y deseaba mi amistad. El quería ser mi maestro y guía.

Pero esto es lo que he llegado a saber: El Espíritu Santo nunca se ensalza a Sí mismo; El enaltece a Jesús. El nunca creará el lugar de grandeza precisamente para Sí mismo; El le dará el honor al Señor.

También he aprendido que el Espíritu no es la fuente de los dones de Dios. El es el que te ayuda a *recibir* del dador, que es Dios el Padre. El es también el que te ayuda a *recibir* al Hijo de Dios como Salvador y Señor.

TU DEMANDA DEL ESPIRITU

¡Aun un inconverso siente el poder del Espíritu Santo! Yo he hablado a cientos de personas acerca de sus experiencias de conversión, y muchos me han dicho: “Algo estaba

sucediendo que yo no podía explicar. Yo me sentía incómodo acerca de las cosas que estaba haciendo”. Ese es el poder de convicción del Espíritu.

El Señor dijo: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre” (Génesis 6:3). Hay una “lucha” cuando el Espíritu Santo trata de hacerle saber a uno que necesita al Señor. Es por eso que las personas están tan inquietas en la presencia de Dios antes de ser salvas.

¡El Espíritu es en realidad un testigo de Jesús! “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). El propósito vital del Espíritu es guiar a la gente a Cristo.

El Espíritu redarguye y convence. Yo he conocido individuos que han salido de una reunión evangelística y se han sentido realmente “perseguidos” por el Espíritu Santo. Se sintieron miserables en su pecado. Continuamente sentían tensión en sus corazones. El Espíritu no los quería soltar hasta que estuvieran hechas las paces con Dios mediante Su Hijo.

El entrará en la mente y presentará la verdad de la Escritura, convenciendo de la validez del evangelio.

Y después que uno haya dado su corazón a Cristo, todavía El está ahí mismo, ayudándole a testificar para el Señor. El profeta Miqueas escribió:

Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová, y de juicio y de fuerza, para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado. (Miqueas 3:8)

El te da el poder para hablar. En realidad, es en vano intentar proclamar la Palabra de Dios sin el Espíritu Santo sobre ti.

“Ayúdame!”

Cuando tú dices: “Espíritu Santo, ayúdame a conocer a Jesús”, El no te va a desilusionar. El siempre está dispuesto a ayudar. Escucha lo que el salmista dice: “No

me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu” (Salmo 51:11). Luego, en el próximo respiro, dice: “Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente” (v. 12). El Espíritu Santo está dispuesto.

Cada vez que tú digas: “Ayúdame”, El dice: “Lo haré”.

Cuando dices: “Enseñame”, El dice: “Estoy listo”.

Y cuando dices: “Ayúdame a orar”, El dice: “Comencemos”.

El está ahí mismo, dándote el *deseo* de orar. El es la urgencia detrás del hambre de hablar al Padre y al Hijo. Pablo escribió estas palabras poderosas: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Cuando cantas, “El es Señor” y lo dices de corazón, es prueba de que el Espíritu Santo está dentro de ti. ¡El te está usando para proclamar que Jesucristo es Señor de todo el mundo!

En el momento que confieses la muerte, sepultura, y resurrección de Cristo, has pasado la prueba del Espíritu. La Escritura dice: “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4:2-3). El dice: “En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error” (v. 6).

Tu salvación está en el mismo corazón de la obra del Espíritu Santo. De hecho, es El realmente quien te adopta en la familia de Dios. Pablo escribe: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:14-15).

Y así es como tú lo expresas. Por El clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si

es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados (vv. 15-17).

Aceptados en adopción

El Espíritu te miró y vio en ti un huérfano. El dijo, “te adoptaré”. El es tu Padre. ¿Por qué? Porque El es el Espíritu del Padre. ¿Recuerdas la canción de Dottie Rambo, “Espíritu Santo, bienvenido en este lugar?” Ella fue inspirada a escribir, “Padre Omnipotente de gracia y amor”. Eso es lo que es el Espíritu.

Sin El es imposible acercarse al Padre. Pablo dice: “Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). ¿Por medio de quién? Por medio de Jesús, ambos judíos y gentiles pueden acercarse a Dios por el Espíritu Santo.

Pero aquí está la parte más emocionante de todas. *La Biblia dice que el Espíritu Santo se te ha dado como garantía de la vida eterna.* “Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Efesios 1:13-14).

No hay duda sobre esto. El Espíritu Santo te está preparando para el cielo. Si estás convencido de que El vive en ti, entonces nunca debes cuestionar que has nacido de nuevo. Nunca debes dudar que tu hogar es el cielo. Y nunca debes tener dudas de que tienes vida eterna.

Déjame ponerlo de esta manera: Si mañana por la mañana tú vas a una tienda y escoges alguna ropa y un par de zapatos pero no tienes todo el dinero, vas al departamento de “mercancía reservada” y pagas una parte del importe de la compra. Tú dices: “Yo la vendré a recoger la semana que viene”. Tu nombre está en la cuenta, y te llevas el recibo a la casa. Entonces la próxima semana recoges la posesión comprada.

Eso es exactamente lo que Jesús hizo cuando vino y dio su Espíritu Santo. La única diferencia es que El pagó el precio completo en el Calvario. Pero aquí está lo que El dijo: “Yo pagué por tu vida, pero también he dado un pago parcial que garantiza que es mía. El envió al Espíritu. Y si tú lo tienes, estás en camino de la gloria.

Cuando Cristo vuelva, El te va a recoger y te va a llevar al hogar. Esto merece gritarse. Tu eres una posesión comprada del Señor. Es por eso que le puedes decir a Satanás en su cara fea: “No me toques. ¡Soy posesión de Cristo!” Y no tengas miedo de hablar la Palabra. Resístelo, y él huirá de ti.

Tú tienes al Espíritu Santo. ¡Un “anticipo” de tu herencia! ¿Por qué El fue dado como pago inicial? Pablo dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gálatas 3:13). Y luego escribió esta verdad maravillosa: El nos redimió “para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu” (v. 14).

Porque Cristo llegó a ser maldición, El Espíritu fue dado como promesa.

Tú necesitas alguna ayuda

Desde el momento que aceptas a Jesús como Salvador, es el Espíritu que te da la voluntad, la fortaleza, y el deseo de obedecer a Dios y de vivir la vida cristiana. Sin El es imposible.

El apóstol Pedro nos dice: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Pedro 1:22).

La razón de que las personas —aun cristianos— fracasan es que ellos dependen de su propia fuerza. Tú no puedes obedecer a Dios diciendo: “Yo lo voy a hacer por mi mismo”. Cuántas veces has dicho: “Voy a orar”, pero no lo hiciste. O: “Leeré la Palabra”, pero te olvidaste. ¿Por qué? Porque estabas dependiendo de tu mente. Dependiste de la carne, y te fallará continuamente.

El te dará fuerza y vida, pero el Espíritu te dará algo que es de igual importancia: *El te dará descanso*. Isaías dijo:

El Espíritu de Jehová los pastoreó, como a una

bestia que desciende al valle; así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte nombre glorioso. (Isaías 63:14)

Poco después que yo comencé a predicar el evangelio, conocí a David DuPlessis. El era conocido como “el señor Pentecostés” como resultado de su presentación del Espíritu Santo a líderes mundiales religiosos. El era carismático antes que nadie supiera lo que la palabra significaba.

Yo estaba caminando por el mismo pasillo con este hombre ungido en una conferencia en Brockville, Ontario, cuando tuve el valor de pararlo y hacerle una pregunta. Nerviosamente yo le pregunté, “Dr. DuPlessis, ¿cómo puedo yo verdaderamente agradar a Dios?”

El anciano, que ahora está con Jesús, se paró, depositó su maletín en el piso, me puso un dedo en el pecho y me empujó contra la pared. Yo, ciertamente, no esperaba eso de un predicador delicado. Todo lo que yo había dicho fue: “¿Cómo puedo agradar a Dios?” y él me clavó en la pared. Entonces dijo dos palabras que nunca he olvidado. El dijo: “¡No trates!” Levantó su maletín y siguió por el pasillo.

Yo lo alcancé y le dije: “Dr. DuPlessis, yo no entiendo”.

El, calmadamente se volvió y dijo: “Joven, no es *tu* habilidad. Es *Su habilidad en ti*.” Entonces dijo: “Buenas noches”, y entró en su cuarto.

Al entrar en mi cuarto, todavía yo estaba confundido. Me acosté y pensé sobre esas palabras. “No es *tu* habilidad. Es *Su habilidad en ti*.”

En ese momento yo no sabía por qué orar, pero el Espíritu comenzó a abrirme la verdad de esas palabras. ¿Cómo puedo agradar a Dios? ¡Rindiéndome! Ni aun tratar. Fue como el señor Pentecostés dijo. El Espíritu Santo hará la obra. No es mi fuerza; es la Suya. De otra manera me gloriaría de mis propios logros.

El toque de Dios

Cuando veas a Cristo cara a cara, no dirás: “Señor, mira lo

que hice”. Dirás: “Señor, mira lo que hiciste con este hombre miserable”. Comienza a practicarlo. Abre tus brazos y di: “Espíritu del Dios viviente, yo deseo vivir para Jesús hoy. Te doy mi mente, mis emociones, mi voluntad, mi intelecto, mis labios, mi boca, mis oídos, y mis ojos —úsalos para la gloria de Dios.

Cuando me levanto y oro esa clase de oración, la unción me inunda como un océano en marea alta. En el momento que me rindo totalmente, Dios comienza a fluir a través de mi ministerio. Ninguna otra cosa lo hace.

Muchas veces me he preguntado por qué, en mis propias reuniones, el Espíritu me dirige tan a menudo a orar por sanidad. Y me he preguntado por qué mi ministerio ha estado acompañado de personas que caen bajo el poder del Espíritu Santo. Pero cuando miro los resultados de las reuniones, veo que cada manifestación del Espíritu tiene un propósito: para traer personas a Cristo.

Es una demostración de que Dios está vivo, que todavía se está “moviendo” en las vidas de la gente. Yo he visto a miles de personas realmente caer bajo el poder del Espíritu, y yo creo que sólo un pequeño toque del poder de Dios fue todo lo que sintieron. Pero demuestra la fortaleza maravillosa del Todopoderoso, y atrae a la gente al Salvador.

Ser sanado o aun “caer en el Espíritu” no es un prerrequisito para el cielo. Hay solamente una puerta —Cristo el Señor. Nunca quites tu atención del propósito del Espíritu en la tierra. El es el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo, guiando a la gente a confesar que Cristo es el Señor.

Desde que comencé mi ministerio nunca he cesado de maravillarme del poder del Espíritu Santo. El es delicado, pero es poderoso.

La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. (Isaías 40:7).

El Espíritu Santo no es una personalidad débil.

Como cristiano joven y un ministro nuevo, a menudo me paraba detrás y observaba al Señor obrar. Yo sabía que no era yo quien estaba tocando las vidas. Era la soberanía de Dios y la operación del Espíritu. Yo sólo observaba asombrado.

Pero no creo que nunca estuviera tan asustado en mi vida como en aquella noche de domingo en abril de 1975. Allí estaba yo en la plataforma de una pequeña iglesia pentecostal en la parte oeste de Toronto cuando mis padres —Costandi y Clemence—entraron por la puerta.

Mi corazón por poco se para, y podía sentir el sudor en mi frente. Mi peor pesadilla no hubiera podido igualar a esto. Yo estaba petrificado —demasiado asustado para reírme y demasiado sobresaltado para llorar.

¿Qué podrán ellos estar pensando?

Yo había estado predicando por cinco meses, pero mis padres ni siquiera lo sospechaban. La tensión en nuestra casa acerca del Señor estaba muy mal sin necesidad de que yo les diera esas noticias. Pero ellos vieron un anuncio que el pastor había puesto en el periódico y fueron a la pequeña iglesia.

Yo ni siquiera podía mirar en dirección de ellos. Pero el momento en que abrí mi boca para predicar, la unción del Espíritu Santo llenó el edificio. Era tan fuerte. Las palabras comenzaron a fluir de mí como un río. Yo me veía como si realmente estuviera “escuchando” lo que el Espíritu me dirigía a decir.

Cuando terminé mi mensaje, me sentí guiado a comenzar a ministrar a la gente que necesitaban sanidad. Pensé: “¿Qué mi mamá y mi papá estarán pensando de todo esto?” Luego ellos se pararon y se fueron por la puerta de atrás.

“Jim”, dije después del servicio, “¿tienes que orar!” Jim Poynter estaba conmigo en la plataforma aquella noche y sabía lo serio de la situación. Yo aun pensé pasar la noche en su casa para evadir la confrontación inevitable.

En vez de eso, me metí en mi automóvil y comencé a recorrer las calles de Toronto. Yo pensé: “Si llego a la casa

a medianoche, mi familia estará durmiendo”. Fue después de las dos de la mañana cuando silenciosamente me estacioné al frente de la casa y apagué el auto.

En puntillas y despacio abrí la puerta del frente. Al abrirla, me asomé con lo que vi. Allí frente a mí, sentados en el diván, estaban mi mamá y mi papá.

Me dio pánico cuando los vi entrar en la iglesia, pero esto era peor. Mis rodillas comenzaron a temblar, y busqué un lugar para sentarme.

Mi padre fue el primero en hablar y yo escuché con incredulidad.

“Hijo”, dijo suavemente, “¿cómo podemos llegar a ser como tú?”

¿Estaba yo oyendo lo que creía que estaba oyendo? ¿Era este el mismo hombre que había estado tan ofendido por mi conversión? El padre que me había prohibido terminantemente que el nombre de “Jesús” se mencionara en el hogar?

“Realmente queremos saber”, dijo él. “Dinos cómo podemos tener lo que tú tienes”.

Miré a mi querida madre y vi lágrimas que comenzaban a rodar por sus hermosas mejillas. Yo no podía contener el gozo de ese momento. Comencé a llorar. Y en la hora siguiente de aquella inolvidable noche, abrí la Escritura y guíé a mis padres al conocimiento salvador del Señor Jesucristo.

Mi papá dijo: “Benny, ¿tú sabes lo que me convenció?” El me dijo que cuando yo comencé a predicar, se volvió a mi mamá y le dijo, “Ese no es tu hijo. ¡Tu hijo no puede hablar! Su Dios tiene que ser real”. El no sabía que yo había sido totalmente sanado de la tartamudez.

La maravillosa conversión de mis padres le permitió al Señor realmente arrastrar al resto de la familia. Henry apareció y se entregó a Cristo. Mi hermanito Mike nació de nuevo. Entonces lo mismo pasó con Chris. Si usted ha oído sobre “ser salvo tú y tu casa” ¡este fue el caso!

El hogar de los Hinn se transformó en el “¡cielo en la tierra!” Y el cambio no fue pasajero. Fue una obra *permanente* del Espíritu. Hoy Chris, Willie, Henry, Sammy, y Mike están completamente envueltos en el

ministerio. Mary y Rose son cristianas consagradas que viven para el Señor. ¿Y Benny? Bueno, tú sabes lo que le ha sucedido a él.

Las primeras cosas primero

Tal como el Espíritu Santo tocó mi vida y atrajo a mis padres a Cristo, El desea lo mismo para ti. La obra más grande del Espíritu no es guiarte a algún éxtasis celestial en la tierra. Eso puede suceder, pero Su propósito es redargüir de pecado y guiar las personas a Jesús.

Mientras lees este libro te habrás dicho: “¡Eso es para mí! Yo deseo tener una relación personal emocionante con el Espíritu Santo!” ¿Pero estás dispuesto para esto? Lo que me pasó a mí la noche que el Espíritu entró en mi cuarto no fue el primer paso. Comenzó mucho antes. Tú tienes que poner primero las primeras cosas y poner el pie en cada peldaño de tu escalera espiritual.

Amigo, si nunca le has pedido a Cristo que venga a tu corazón, ahora es el tiempo. Es el paso más importante que jamás darás. Ahora mismo, di: “Jesús, confieso que soy pecador. Yo creo que Tú eres el Hijo de Dios y que Tu derramaste tu preciosa sangre en la cruz por mí. Perdona mis pecados. Limpia mi corazón de toda iniquidad. Te doy gracias por salvarme ahora. Amén”.

Si has dicho esa oración de corazón, estás listo para comenzar una vida nueva en el Espíritu. Y cada día al orar, leer la Palabra de Dios, y hablarle a otros de Su amor, sentirás la emocionante dirección de Dios.

He llegado a la conclusión de que yo dependo totalmente del Espíritu Santo. El es todo lo que tengo. El es todo lo que tú tienes. Jesús lo prometió y Dios lo envió para que tú tengas conocimiento, poder, comunión, y compañerismo. El te ungirá, te ayudará, te vivificará, te consolará, te dará descanso, te guiará, te ayudará a orar, y mucho más..

El está esperando para comenzar una relación contigo que cambiará tu vida para siempre. Pero de ti depende que lo invites.

Cuando el sol salga mañana, El estará ansioso de oírte decir, “Buenos días, *Espíritu Santo*”.